



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Licenciatura en Relaciones Internacionales

Tesina de grado

*“La instrumentalización del sectarismo en Irak por parte de actores
gubernamentales y no gubernamentales en el período 2006-2017”*

Alumna: Boris, Agustina

Legajo: B-2807/1

Director: Dr. Rubén Paredes Rodríguez

Rosario, 2023

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo representa el fin de una etapa que siempre recordaré con profundo cariño y nostalgia. El paso por mi querida Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales me transformó en una persona distinta, más autónoma, resiliente e instruida; en una versión propia que me enorgullece mucho más.

A causa de ello, siento la necesidad de homenajear en estas líneas a todos aquellos que de alguna u otra manera me acompañaron a lo largo de estos años, dejando su huella en mí. Por este motivo agradezco:

Al Dr. Rubén Paredes Rodríguez, quien ha sido mi mentor durante este proceso, y generosamente me ha brindado su tiempo y dedicación. Rubén supo transmitirme su pasión por la región de Medio Oriente y, junto al IREMAI, hizo de este proceso uno aún más placentero.

A mis amigos, cuya presencia y afecto los convirtió en una parte fundamental de este viaje. En más de una ocasión, sus palabras de aliento fueron el motor para no bajar los brazos.

A mi compañero de vida, Luciano, con quien tuve la suerte de crecer codo a codo, y sin quien no sería la que soy. Gracias a su cariño, escucha y apoyo constante nunca me sentí sola.

A mi familia, que me acompañó en cada paso, festejando cada materia aprobada y cada logro personal, como un triunfo colectivo. Agradezco a mis tíos -Pablo, Sandra y Norma- y a mis primos -Alfredo, Gianluca y Raúl-, por su amor, interés y cuidado constante. A mi extraordinaria abuela, Piery, quien me esperaba religiosamente, tras cada examen, con mi comida favorita para celebrar, sin saber que ella fue mi verdadera cábala todo este tiempo. A mi papá, Guillermo, por ser el mejor ejemplo de resiliencia, fortaleza y superación.

Finalmente, mi más profundo agradecimiento a mi mayor pilar: mi mamá, Gigliola. Ella siempre me alentó a perseguir mis objetivos, sin importar cuán lejanos o alocados parezcan. Me dio alas para volar y, al mismo tiempo, la certeza de que de que ella estará allí, para ayudarme a ponerme de pie si caigo. Gracias por creer en mí, incluso cuando yo no puedo hacerlo; gracias mamá por tu incondicionalidad.

RESUMEN

La presente tesina busca analizar el modo en qué distintos actores gubernamentales y no gubernamentales realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak y cuáles fueron sus consecuencias durante el período 2006-2017. Partiendo de esta base, se plantean tres objetivos específicos, íntimamente relacionados entre sí: en primer lugar, se propone identificar los actores que realizaron una instrumentalización del sectarismo en el período de estudio. En segundo lugar, se busca describir los sucesos que profundizaron las divisiones sectarias. Finalmente, se procede a analizar cuáles fueron las consecuencias de dicha instrumentalización, atendiendo a la realidad nacional iraquí y al contexto regional.

Palabras clave: Irak – instrumentalización - sectarismo

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	6
Marco teórico-conceptual.....	11
Marco Metodológico	14
CAPÍTULO 1	16
1.1 - El Gobierno Iraquí	16
1.1.1 Dimensión político-institucional	17
1.1.2 Dimensión socio-económica.....	23
1.1.3 Dimensión cultural-comunicacional.....	25
1.2 República Islámica de Irán.....	27
1.2.1 Injerencia iraní en la estructura militar iraquí	28
1.2.2 Injerencia iraní en la arena política iraquí	32
1.3 El Estado Islámico.....	35
1.3.1 Origen y evolución del Estado Islámico.....	35
1.3.2 Instrumentalización del sectarismo	38
1.4 Conclusiones parciales	43
CAPÍTULO 2	45
2.1 La ocupación y posterior retirada norteamericana	45
2.1.1 La ocupación norteamericana en Irak.....	46
2.1.2 La retirada norteamericana	49
2.2 Las elecciones parlamentarias de 2010	51
2.2.1 El escenario político camino a las elecciones.....	52
2.2.2 El bloqueo parlamentario.....	56
2.2.3 El fin del bloqueo y el surgimiento de un nuevo gobierno.....	58
2.3 La guerra en Siria	60

2.3.1 Origen y evolución del conflicto sirio	60
2.3.2 El legado de la guerra: el sectarismo transnacional.....	63
2.4 Conclusiones parciales	69
CAPÍTULO 3	71
3.1 Irak, un Estado Fallido	71
3.1.1 Imposibilidad de garantizar la seguridad interna y externa	73
3.1.2 Incremento de la violencia doméstica y consecuente aumento de los desplazados internos	77
3.1.3 Debilidad institucional y corrupción elevada	81
3.1.4 Crisis de legitimidad.....	85
3.1.5 Ausencia de identidad nacional	87
3.2 Conclusiones parciales	90
CONCLUSIONES.....	93
BIBLIOGRAFÍA.....	98

INTRODUCCIÓN

La rivalidad entre las dos grandes ramas del Islam -sunnitas y chiitas- surgió hacia el año 632 de nuestra era, tras la muerte del Profeta Mahoma. Inicialmente, se trató de una división enraizada en desacuerdos teleológicos, respecto a quién debería ser el sucesor del profeta Mahoma. Desde esa disputa, ambas comunidades evolucionaron como grupos distintos, con sus propias narrativas, símbolos, y concepciones religiosas. En palabras de Ricotta (2016), dicha división creó dos culturas distintas, basadas en una misma religión: el Islam.

En la contemporaneidad, esa gran fractura ha sido reproducida en el seno de los Estados de la región de Medio Oriente, siendo Irak un ejemplo emblemático. En efecto, autores como Fannar Haddad (2011) consideran que el sectarismo en Irak es un fenómeno moderno. Durante siglos, ambos grupos coexistieron a grosso modo pacíficamente. Luego, a lo largo del siglo XX y del siglo XXI, esa coexistencia se desvaneció, dando lugar a distintos episodios de competencia sectaria, rivalidad, e incluso guerra civil.

El preludeo histórico del sectarismo en Irak lo encontramos en las penetraciones europeas en la región de Medio Oriente, tras el colapso del Imperio Otomano. Dichas intervenciones desembocaron en la creación de nuevos Estados, entre ellos Irak. Las potencias europeas importaron al interior de esas nuevas entidades nociones de ciudadanía, nacionalismo, estatalidad, e identidad ajenas a la región. En una línea similar, el acuerdo imperial de Sykes-Picot trazó fronteras arbitrarias, uniendo y separando grupos etno-religiosos. (Mohammed Nuruzzaman, 2019). El resultado fue el surgimiento de Estados-Nación conformados por mosaicos de actores de la más variada composición étnica y religiosa, con concepciones de nacionalidad e identidad extrañas a la región.

Poco tiempo después, se instauró el mandato británico, el cual coadyuvó a la construcción del sectarismo iraquí. Dina Elrashidy (2016) afirma que las divisiones religiosas eran una categoría fundamental para el personal británico durante el período del mandato. En esos años, los cristianos y los judíos ocupaban el lugar privilegiado en la cosmovisión británica, seguidos por los sunnitas. En el último lugar, con una gran distancia respecto a los demás, se encontraban los chiitas. La autora considera que los británicos llevaron adelante una exclusión intencional

de la comunidad chiíta del poder. Fue la Corona Inglesa quién decidió reforzar los lazos sectarios en este período.

A partir de ese momento, se constituyó un discurso victimista por parte de los chiitas iraquíes. Ese relato se mantendría a lo largo del tiempo, generando un mayor sentido de pertenencia e identificación al interior del grupo. Quizás aún más importante, esa auto-percepción en carácter de víctimas permitiría la posterior explotación de esos sentimientos por parte de terceros actores, en su propio beneficio.

Un ejemplo ilustrativo de la instrumentalización de la sensación de abatimiento y relegación de los chiitas, lo encontramos en la República Islámica de Irán. Actores regionales como Arabia Saudita e Irán han intervenido en los países de confesión islámica de la región, avivando la violencia sectaria. Estas potencias regionales llevaron adelante proxy wars en los Estados de la región con el fin de alcanzar sus propios intereses. En líneas generales, Arabia Saudita ha actuado como protectora de las comunidades sunitas de Medio Oriente e Irán ha hecho lo propio con las comunidades chiitas.

En el esquema iraní, Irak es un actor de gran importancia por su mayoría chiita en términos demográficos. A la inversa, Irán ha tenido un rol fundamental en el recrudecimiento de las tensiones religiosas iraquíes. En particular, la Revolución Iraní de 1979 simbolizó un hito en las dinámicas sectarias de Irak, tensando aún más las relaciones entre la población chiita y el gobierno de signo sunita, encabezado por Saddam Hussein.

Desde la revolución, las conexiones de los chiitas árabes con la República Islámica de Irán aumentaron en número y en diversas formas. La intención del Ayatolá Jomeini de exportar la revolución aterró al gobierno iraquí. En esos momentos, Irán era percibido como una amenaza fundamental para Irak. Esto llevó a la exclusión y opresión de los chiitas del país por parte del gobierno, en tanto eran considerados aliados del régimen iraní.

El régimen baazista, como se conoció al gobierno encabezado por Saddam Hussein, instigó el sectarismo al discriminar y arremeter contra los chiitas. En la percepción de éstos, Hussein no era sólo un déspota o un autoritario, sino fundamentalmente un opresor de su identidad (Dina Elrashidy, 2016).

Esta exclusión a los chiitas en Irak se profundizó hacia 1980 con la guerra contra la República Islámica de Irán. Durante los años de contienda bélica, el gobierno de Hussein cuestionó la identidad iraquí y árabe de los chiitas, identificándolos como una amenaza para el Estado en su totalidad. Dichas percepciones dieron lugar a gran número de deportaciones de chiitas iraquíes, y un aumento de los refugiados de esta comunidad en Irán (Ricotta, 2016). El resultado fue, una vez más, un marcado aumento de la fractura sectaria en Irak.

Lógicamente, estos sucesos sólo servirían para acentuar más las relaciones entre los chiitas iraquíes e Irán en el futuro. El gobierno iraní instrumentalizó la agresión perpetrada por el régimen de Hussein contra los chiitas, para posicionarse como un “aliado natural” de dicho grupo. De tal forma, la influencia persa en Irak aumentaría significativamente en el porvenir, apoyada en la explotación de la identidad chiíta (Ricotta, 2016).

Posteriormente, Estados Unidos haría lo propio y contribuiría notablemente a la profundización de las divisiones sectarias, favoreciendo a uno u otro grupo, en su propio beneficio. La razón subyacente de las incursiones estadounidenses en la región se encuentra en sus propios intereses, fundamentalmente económicos y estratégicos.

La invasión norteamericana a Irak en el 2003, mediante la cual se derrocó al gobierno encabezado por Saddam Hussein, representó un punto de inflexión en las dinámicas sectarias del país. Tras la caída del régimen se generó un vacío de poder que profundizó el sectarismo. Ambos grupos quisieron mejorar su posición relativa en el nuevo gobierno en formación. Buscaron aumentar sus cuotas de poder y hacerse con el control del Estado. En palabras de Vali Nasr “Rather than viewing the fall of Saddam as an occasion to create a liberal democracy, therefore, many Iraqis viewed it as an opportunity to redress injustices in the distribution of power among the country’s major communities” (2006, pp.1).

El nuevo sistema de gobierno diseñado por Estados Unidos institucionalizó el sectarismo. Se instauró un sistema de cuotas, un mecanismo de reparto del poder que buscó dar representación y participación gubernamental a los principales grupos etno-sectarios del país: kurdos, suníes y chiíes. Desde entonces, las instituciones, los ministerios y los cargos del poder ejecutivo serían distribuidos a partir del principio de mayoría étnica, tratando de reflejar fielmente el mosaico de los principales actores del país. Siguiendo a Luomi (2008), el gobierno norteamericano creyó estar liberando a Irak, pero en realidad sólo liberó a los chiitas iraquíes.

Sin embargo, dichas expectativas no se materializaron en la realidad. En la práctica, el sistema de cuotas profundizó las divisiones entre sunitas y chiitas. Desde entonces, ningún gobierno o institución representaría a todos los iraquíes, sino tan sólo a un segmento (Dawood, 2016).

El resultado de la invasión norteamericana fue una inversión de la ecuación de poder prevaleciente hasta el momento. Los gobiernos posteriores, como el de Nouri-Al Maliki, llevaron adelante una instrumentalización del sectarismo para aumentar sus bases de poder. Los otrora marginados chiítas se encontraban ahora en una posición privilegiada (Luomi, 2008). Al contrario, los sunnitas se vieron excluidos sistemáticamente de todos los ámbitos del poder. La discriminación económica de la que empezaron a ser objeto los sunitas, incrementó la autopercepción en términos sectarios.

Además, la intervención resultó favorable a los intereses de Irán. La caída del gobierno de Hussein, pavimentó el camino para una mayor influencia de la República Islámica de Irán en Irak; dos Estados que ahora compartían la misma identidad religiosa. Desde la desbaazificación, Tehrán tuvo un rol fundamental en Irak: brindó ayuda financiera para construir la infraestructura; firmó acuerdos de cooperación en materia de seguridad y de comercio; etc. (Nasr, 2006). El objetivo iraní sería entonces mantener a los elementos baazistas fuera del poder Estado iraquí, algo que logró en gran medida.

En pocas palabras, la caída del régimen de Hussein fue uno de los sucesos que más profundizó el sectarismo iraquí, reforzando las identidades al interior de cada grupo y exacerbando las percepciones mutuas de amenaza. A partir de ese momento, la violencia sectaria sería una constante en Irak, un mal endémico que atravesaría a todos los gobiernos y todos los ámbitos del Estado.

Llegados a este punto, es posible afirmar que las tensiones entre las dos grandes ramas del islam son históricas y no son exclusivas de ningún Estado. A la luz de lo desarrollado en estas líneas, se observa que, en Irak, la rivalidad sectaria fue un fenómeno constante desde el surgimiento del Estado iraquí, que se ha acrecentado con el tiempo.

Como se señaló, a lo largo del siglo XX y XXI un conjunto de sucesos generaron una exacerbación del sectarismo en el seno de Irak. Las divisiones sectarias fueron aprovechadas

por distintos actores, en todas las épocas, en su propio beneficio. Estos actores aumentaron las percepciones de amenaza entre sunitas y chiitas, e instigaron la violencia sectaria.

Con el correr de los años la violencia sectaria aumentaría hasta lograr su punto cúlmine en el 2006. En ese año, el país se vio envuelto en una guerra civil, o más bien, en una guerra sectaria tras el bombardeo del santuario sagrado chiita “Al-Askari”, en Samarra. Sin una correcta comprensión de los eventos previos que avivaron los conflictos entre las dos ramas del Islam, resulta difícil lograr un entendimiento del auge de la violencia posterior, correspondiente al período bajo análisis del presente trabajo.

Habiendo repasado dichos eventos brevemente en éstas páginas, la *pregunta general* que se plantea es: ¿De qué manera distintos actores gubernamentales y no gubernamentales realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak y cuáles fueron las consecuencias en el período 2006-2017?

A fin dar cuenta del interrogante central, se lo desglosa en las *preguntas específicas* que se proponen a continuación: ¿Quiénes fueron los actores que realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak en el período 2006-2017?; ¿Qué sucesos favorecieron la profundización de las divisiones sectarias en Irak en el período analizado?; ¿Cuáles fueron las consecuencias de la instrumentalización del sectarismo por parte de terceros actores?

La *hipótesis* que se sostiene en este trabajo es que distintos actores -como el propio gobierno iraquí, la República Islámica de Irán y el Estado Islámico- realizaron en el período 2006-2017 una instrumentalización del sectarismo en Irak, de manera directa o indirecta a través del uso de proxys, privilegiando una identidad sectaria en detrimento de otra. A tal efecto, recurrieron a acciones sectarias tales como: la exclusión sistemática de determinados grupos; la opresión y la discriminación basada en fundamentos religiosos; la promoción de sentimientos de mutua amenaza; y la incitación deliberada de la violencia entre ambas confesiones. Como resultado, Irak devino en un ‘Estado Fallido’, incapaz de cumplir las funciones que le competen y brindar un mínimo de bienes políticos a su población.

En función de ello, el *objetivo general* del presente trabajo es analizar el modo en qué distintos actores gubernamentales y no gubernamentales realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak y cuáles fueron sus consecuencias durante el período 2006-2017.

Para ello, como *objetivos específicos* se plantea: identificar los actores que realizaron una instrumentalización del sectarismo en el período de estudio; describir los sucesos que profundizaron las divisiones sectarias; analizar cuáles fueron las consecuencias de dicha instrumentalización, atendiendo a la realidad nacional iraquí y al contexto regional en el período 2006-2017.

Marco teórico-conceptual

Para la realización de la presente tesina se propone la construcción de un marco teórico-conceptual. En virtud del objeto de estudio, se debe comenzar por explicar qué se entiende aquí por sectarismo. Resulta de utilidad retomar la definición de Hernández de la Fuente (2012), quien lo define como una cierta visión del mundo excluyente y fundamentalista, que subraya la legitimidad única de las creencias de los miembros del grupo, y que aumenta en grado sumo la tensión con la sociedad circundante. En general, implica prácticas tales como: la exclusión, el apartamiento, el secretismo, la falta de participación y el mantenimiento de rituales exclusivos e identitarios.

En la actualidad, el término sectarismo tiene una connotación negativa. Acorde a Fannar Haddad (2011), el error está en los abordajes del fenómeno desde una lógica de suma cero, a través de pares dicotómicos: sectario-malo; no sectario-bueno. Contrariamente a esta tendencia, Haddad propone abordar al sectarismo a través de los distintos niveles de radicalización que éste fenómeno puede revestir.

El primer nivel -y el más extremo- es el sectarismo agresivo (*aggressive sectarianism*), que se caracteriza por la perpetración de ataques simbólicos o físicos a otras sectas. En un nivel intermedio se encuentra el sectarismo asertivo (*assertive sectarianism*), en el que se busca exhibir los complejos simbólicos de la secta a través de la palabra, la escritura, las celebraciones y otras formas de expresión, sin atacar al “Otro”. La frontera divisoria entre el formato agresivo y el asertivo se encuentra en el modo de exhibición de la identidad sectaria, según se realice de manera provocadora y peyorativa, o pacífica. Finalmente, Haddad identifica una tercera categoría de sectarismo: el pasivo (*passive sectarianism*). Esta última versión, se asemeja al sectarismo activo pero hace exhibiciones de la propia identidad de manera más tímida y con menor frecuencia.

En el presente trabajo, se abordará el concepto de sectarismo vinculado a las dos principales ramas del Islam -chiitas y sunnitas- presentes en Irak. Se analizará la manera en la que la división sectaria se conjuga con otros elementos presentes en el contexto sociopolítico iraquí, tales como: la competencia política, la discriminación económica, la segregación social y las relaciones de poder. Es decir, se abordará la instrumentalización del sectarismo con fines políticos.

En palabras de Ricotta (2016): (...) “The sectarian tensions in the region are not merely a product of the religious doctrinal differences between Sunni and Shi’a. Rather, sectarianism exists when an individual’s religious sect becomes a matter of political organization and competition for resources rather than personal faith”.

A su vez, desagregar el fenómeno en distintos niveles, como lo hace Haddad (2011), permite comprender el grado de radicalización que revistió el sectarismo en Irak en los últimos años. Siguiendo la tipología del autor, aquí se plantea que el escenario iraquí se condice con el modelo de “aggressive sectarianism”. Esto se observa en los distintos episodios de violencia ocurridos entre ambas sectas, siendo el ejemplo más representativo el bombardeo por parte de los sunnitas del santuario sagrado chiita “Al-Askari”.

El concepto de sectarismo puede ser incluido en otro concepto más abarcativo -e igualmente útil a los fines analíticos-: la noción de ‘identidad’. Lejos de existir un consenso sobre su definición, se trata de un concepto polisémico. En la presente tesina, se aborda el concepto de identidad desde una perspectiva relacional. Para ello, resulta funcional retomar la definición de Michael Barnett (1999) quien considera que las identidades no son personales o psicológicas, sino fundamentalmente sociales y relacionales, definidas por la interacción del actor con y en la relación con otros. En palabras del autor: “an identity is the understanding of oneself in relationship to others” (1999, pp.9).

Abdelal, Herrera y Johnston (2009) proponen una noción amplia del concepto de identidad. Consideran que las identidades sociales pueden tomar cuatro formas, que no son mutuamente excluyentes. Se trata de cuatro dimensiones que componen a toda identidad: normas constructivas; propósitos sociales; modelos cognitivos y comparaciones relacionales. Este último modelo entiende a la identidad como relacional, de manera similar a la perspectiva de

Barnett (1999). Con el prototipo de “comparaciones sociales” los autores proponen que la identidad de un grupo se define en relación y en contraposición a un “Otro”.

Un abordaje relacional de la identidad se presenta como la alternativa más adecuada para el escenario iraquí. Los chiitas y los sunitas reforzaron su identidad a través de la mutua diferenciación. Los unos se auto-perciben en contraposición a los otros. En efecto, en aquellos momentos donde los conflictos entre ambas sectas alcanzaron sus puntos más álgidos, se fortalecieron los lazos al interior de cada grupo.

La presente investigación busca analizar de qué manera distintos actores han instrumentalizado dichas identidades, y en particular el sectarismo. Por esta razón, debemos también aclarar qué entendemos por “instrumentalización”. Se trata de un concepto que no ha sido definido específicamente en relación al contexto en el que se utiliza en el presente trabajo. Sin embargo, acorde al Diccionario de la Real Academia Española, instrumentalizar es utilizar algo o alguien como un instrumento para conseguir un fin. De adaptar el concepto al fenómeno aquí abordado, podríamos decir que la instrumentalización alude a la práctica de utilizar y/o manipular las divisiones (sectarias) presentes en una sociedad, con miras a conseguir un beneficio.

Dicha instrumentalización del sectarismo será analizada a partir del accionar de tres actores: el gobierno iraquí, la República Islámica de Irán y el Estado Islámico. En base a las diversas formas de abordar a éste último actor, resulta conveniente aclarar cómo se lo entiende a los fines de la presente investigación. Para ello, retomaremos a Alberto Priego Moreno quien define al Estado Islámico (EI) de la siguiente manera:

Actor no estatal, con estructura paraestatal y con vocación transnacional. Su complejidad es muy grande ya que no es un Estado, aunque lo pretenda y sus tentáculos se extienden más allá de las fronteras de Siria y de Irak. No es una red terrorista internacional como lo era Al-Qaeda, sino más bien una escisión de ésta que se ha hecho fuerte en un territorio amplio: un territorio que se extiende entre Siria e Irak. El Estado Islámico, en suma, es algo aparentemente nuevo (2014, pp. 491).

De modo que, si bien el Estado Islámico posee distintas características que podrían llevar a definirlo como un protoestado, en la práctica -y acorde a la perspectiva adoptada en la presente tesina- no lo es. Aún más, es posible afirmar que su naturaleza es la de un actor no estatal en

tanto no ha obtenido el reconocimiento de ningún Estado del mundo de acuerdo al Derecho Internacional Público.

Marco Metodológico

La temática de la presente tesina se enmarca en el campo de las Ciencias Sociales, en la disciplina de las Relaciones Internacionales. Debido a los objetivos de la investigación, se plantea una metodología cualitativa con carácter descriptivo y analítico.

La información ha sido recabada fundamentalmente a través de la lectura y el análisis de fuentes bibliográficas. Entre ellas se destacan: artículos de revistas académicas e informes de think tanks; libros o capítulos de éstos, como así también notas de medios de comunicación locales, regionales o internacionales. Adicionalmente, en menor medida, se apelará a fuentes primarias como entrevistas, cartas etc.

Las fuentes consultadas son en su mayoría de origen occidental. Sin embargo, se incluyen muchas que son propias de la región de Medio Oriente. El material en general se encuentra en distintos idiomas tales como el árabe, inglés, español o francés.

Como se indicó, el objetivo de la tesina es analizar el modo en qué distintos actores gubernamentales y no gubernamentales realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak. El análisis se limita a las dos principales ramas del Islam: chiitas y sunitas. Los kurdos, que representan el tercer actor más importante en términos demográficos en Irak, quedan por fuera del alcance de la presente investigación. El motivo se fundamenta en que un análisis de la cuestión kurda requeriría de una investigación extensiva, que excede los objetivos de este trabajo. De modo que, cualquier mención a la población kurda de Irak será meramente en el contexto de clarificar algún aspecto particular de las divisiones sectarias en el país.

Temporalmente, esta investigación se centra en el período 2006-2017. La elección del lapso temporal se fundamenta en que permite observar dos de las mayores expresiones de violencia sectaria en Irak: la guerra civil iraquí y la guerra contra Estado Islámico en Irak.

El recorte temporal parte del mes de febrero del 2006, fecha en la que tiene lugar el bombardeo al santuario chiita Al-Askari. A partir de ese suceso, comienza una espiral de violencia entre

los sunitas y los chiítas del país, que deriva en una guerra civil. Se trata de una de las mayores expresiones del sectarismo en Irak y como tal fue instrumentalizada por distintos actores en su propio beneficio.

El período finaliza en diciembre del 2017 tras la proclamación del Primer Ministro Iraquí Haider al Abadi de la derrota del Estado Islámico en Irak. Dicho pronunciamiento se dio tras la liberación de las últimas ciudades previamente tomadas por el grupo terrorista, a saber, Rawa, Al Rumana y Al Qaim. La extensión del período de análisis hacia fines del 2017 permite observar la instrumentalización del sectarismo que realizaron actores como el Estado Islámico o la República Islámica de Irán a lo largo del tiempo que duró la batalla contra el EI, y sus consecuencias.

La tesina se estructura en tres capítulos, en consonancia con los objetivos específicos que han sido mencionados anteriormente. En el primero de ellos identifica cuáles fueron los actores que realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak, y explica de qué manera lo hicieron. El segundo capítulo pasa revista a distintos sucesos que profundizaron las divisiones sectarias en el período analizado. El tercer y último capítulo analiza cuáles fueron las principales consecuencias de la instrumentalización del sectarismo en Irak en el período de estudio mencionado.

Finalmente, se expondrán a modo de conclusión, algunas consideraciones finales sobre los hallazgos de la investigación.

CAPÍTULO 1

A partir del 2006 las tensiones entre sunitas y chiitas iraquíes alcanzaron su punto más álgido. Este escenario de violencia sectaria fue visto por terceros actores como una oportunidad para aumentar sus cuotas de poder al interior de Irak, apoyándose en el sectarismo existente.

El presente capítulo busca identificar quienes han sido los actores que realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak. Se analizará cuáles han sido los objetivos que cada uno de esos actores perseguía al apoyarse en una u otra identidad sectaria, como también cuáles han sido las principales dimensiones de dicha instrumentalización en cada caso.

En consecuencia, se analizará el vínculo entre Irak y tres actores: i) el Gobierno Iraquí; ii) la República Islámica de Irán; iii) el Estado Islámico. El capítulo se encuentra organizado en tres apartados, cada uno correspondiente a un actor. Hacia el final, se realiza un balance preliminar con los hallazgos recabados hasta este punto

1.1 - El Gobierno Iraquí

Durante el gobierno encabezado por Saddam Hussein, el aparato estatal estuvo en manos de la minoría sunnita del país. Tras la invasión norteamericana y la consecuente caída del régimen baazista en el 2003, surgió en Irak un vacío de poder que fue visto por los distintos grupos etno-sectarios como una oportunidad para aumentar sus cuotas de influencia al interior del país.

El resultado fue una alteración de la ecuación previa, en tanto los otrora marginados chiítas pasaron a encabezar los distintos gobiernos que se sucedieron tras el 2003. De manera inversa, los sunnitas perdieron su antigua posición privilegiada, y fueron sistemáticamente excluidos de los distintos ámbitos de poder por parte de los nuevos gobiernos.

A partir de ese momento, comenzó un proceso marcado por la construcción chiíta del Estado, cuya contracara fue el rechazo sunnita a dicho proyecto. Este rechazo reviste la forma de un espectro, que incluye distintas modalidades de oposición al orden post-2003, oscilando entre la aceptación a regañadientes y la violencia (Haddad, 2016).

Una vez en el poder, los gobiernos iraquíes post-Hussein llevaron adelante una instrumentalización del sectarismo para mantener su posición, esfumando toda posibilidad de lograr la unidad iraquí. Dicha instrumentalización consistió en un conjunto de acciones y políticas discriminatorias hacia la población sunnita del país, que profundizó la fractura sectaria. El objetivo detrás de dicha instrumentalización ha sido mantener el control del Estado y sus recursos en manos de los chiítas. Desde entonces, el sistema político iraquí sería incapaz de lograr la inclusión social que caracteriza a los sistemas democráticos.

A los fines prácticos, es posible distinguir tres grandes dimensiones a través de las cuales el gobierno iraquí realizó una instrumentalización del sectarismo: una dimensión político-institucional, una socio-económica, y una cultural-comunicacional, vinculada al soft power.

1.1.1 Dimensión político-institucional

La división entre sunitas y chiitas se cimentó inicialmente en desacuerdos teológicos y doctrinales. Sin embargo, tal como se mencionó en la introducción, la expresión moderna del sectarismo se vincula a elementos políticos, a la competencia por el poder, los recursos y el status (Al-Qarawee 2014). Precisamente, tras la invasión norteamericana las relaciones políticas fueron atravesadas por la competencia entre sunitas y chiitas, en tanto cada grupo buscó adquirir mayores cuotas de poder dentro del aparato estatal, en detrimento de la comunidad rival. En palabras de Daoud (2016) “As a result, political activity struggles to be purely political” (pp.2).

Una vez en el poder, los gobiernos chiítas se vieron beneficiados por el sistema político-institucional que emergió tras la caída del régimen baazista, conformado por, al menos, tres elementos: la Constitución del 2005, el “Muhasasa ta’ifia” y la Des-baazificación.

La Constitución iraquí fue aprobada tras un referéndum popular en el 2005, con el apoyo de la coalición chiíta y los partidos kurdos, pese al contundente rechazo expresado por la población sunnita del país. La norma suprema define a Irak como un Estado federal, con un sistema de gobierno republicano, representativo, parlamentario y democrático.

La mayor parte de los sunnitas consideran que la constitución disminuye sus derechos y debilita a su comunidad, otorgando mayor poder a la comunidad mayoritaria: los chiítas. Además, los sunnitas se oponían a la constitución porque implicaba otorgar mayor autonomía a las distintas provincias del país. En su perspectiva, un aumento del federalismo sería funcional a los intereses chiitas y kurdos de hacerse con una mayor parte de los ingresos petroleros de Irak. Dicha posición se contraponía al principal objetivo de los kurdos: que Irak sea definido como un Estado federal; lo cual consiguieron gracias al apoyo chiíta (Beehner, 2005).

La Constitución contiene un preámbulo y una serie de artículos que profundizan el sectarismo. El preámbulo es de naturaleza sectaria, en tanto enfatiza el carácter islámico del país, haciendo énfasis en las diferencias que dividen a los iraquíes, antes que en su unidad. El mismo comienza con las siguientes palabras: ‘we the people of Mesopotamia, [not Iraq] the homeland of the apostles and prophets, resting place of the virtuous imams, cradle of civilization, crafters of writing, and home of numeration...’. Posteriormente, el artículo 3 estipula que Irak es un país con múltiples nacionalidades, religiones y sectas, y es parte del mundo islámico (Jawad, 2013).

Más allá de la mención en el preámbulo, la Constitución menciona las distintas sectas en otras ocasiones. Un ejemplo es el Artículo 43, que se refiere en particular a las prácticas chiítas, puesto que afirma la libertad de practicar ritos religiosos, incluyendo las ceremonias chiitas. Esta cláusula implica que las instituciones estatales se paralizarán durante los días que duren dichos rituales o festividades (Jawad, 2013). En la práctica, ello condujo a que las celebraciones chiitas sean consideradas por los gobiernos posteriores al 2003 como celebraciones de la totalidad del Estado iraquí, lo cual fue visto por parte de los sunnitas como una práctica discriminatoria.

El artículo 92 también sería instrumentalizado por los gobiernos venideros. El mismo indica que se requiere una mayoría de dos tercios para la selección y designación de jueces de la Corte Federal. Ello ocasiona que la autoridad judicial sea una mera extensión del Poder Ejecutivo, y por ende profundiza las ventajas de la comunidad sectaria mayoritaria, los chiitas (Daoud, 2016).

Finalmente, cabe señalar que la constitución cuenta con dos artículos sobre el combate al terrorismo (artículo 7 y 2), cuya ambigüedad permitió que los gobiernos iraquíes perpetren acciones discriminatorias y atroces contra los sunnitas. La norma suprema indica que estos

artículos podrían ser utilizados para condenar a cualquiera que se opusiera al proceso político, lo cual fue utilizado como argumento para arremeter contra los sunnitas (Jawad, 2013).

Si bien la Constitución no estipula explícitamente que el poder debe ser distribuido acorde a las divisiones etno-sectarias, esto fue lo que sucedió en la práctica. La constitución fue implementada de manera tal que dio origen a un sistema consociativo, conocido como “Muhasasa ta’ifya” (nombramiento sectario). Se trata de un sistema de distribución de poder a partir de los principales grupos etno-sectarios del país -chiítas, kurdos y sunitas-, siguiendo un principio de representación proporcional. Con el Muhasasa, el sectarismo se volvió el principio organizacional del sistema político (Al-Shadeedi y Van Veen, 2020; Dodge, 2018).

De esta manera, los tres cargos políticos más importantes del país se dividieron entre las tres principales identidades etno-sectarias, correspondiéndole a los Kurdos el puesto de Presidente, a los chiítas el de Primer Ministro -cargo que ostenta el mayor poder-, y finalmente la Presidencia del Parlamento a los Sunitas.

De manera similar, los ministerios serían divididos utilizando la siguiente fórmula, de manera aproximada: 54% chiitas; 24% sunnitas; 18% kurdos; 4% otras minorías. En cuanto a los ministerios de mayor estatus y presupuesto, desde el 2006, producto de un “acuerdo de caballeros”, se determinó que, un sunnita controlaría el departamento de Defensa y un chiíta el Ministerio de Interior. El Ministerio de Finanzas y el de Relaciones Exteriores serían divididos entre chiitas y kurdos: si los kurdos ocupan el ministerio de finanzas, un chiita ocuparía el de Asuntos Exteriores, y viceversa. (Al-Shadeedi y Van Veen, 2020).

El tercer elemento que compone al sistema que emergió tras el 2003 es la des-baazificación. Se trató de una política implementada inicialmente por la Autoridad Provisional de la Coalición -CPA por sus siglas inglés-, y continuada por los gobiernos venideros. La des-baazificación surgió a partir de una orden emitida por Paul Bremer, administrador de la CPA durante su comienzo, con el objetivo de eliminar la influencia del Partido Baaz, antiguamente liderado por Hussein, en el país. Con este fin, se despidió a miembros de dicho partido de todos los niveles del estado. Así, la des-baazificación afectó a funcionarios civiles como también a profesores, académicos, abogados e ingenieros. Se estima que alrededor de 30.000 ex-baazistas fueron expulsados de distintos ministerios (Alaadin, 2017).

Puesto que los miembros del partido eran en su mayoría sunnitas, la des-baazificación le permitió a los gobiernos iraquíes entrantes no tener que lidiar con los reductos del viejo régimen y reducir la influencia de los sunnitas en el nuevo escenario político (Zinn, 2016). En efecto, se tornó una herramienta de discriminación hacia los sunnitas, que profundizó el sectarismo. Los sunnitas denunciaron que la ley de Des-baazificación era utilizada para silenciar toda oposición hacia la dominación chiita, pero ello no impidió que ésta continúe siendo aplicada (Jawad, 2013).

No obstante, dicha política no tuvo en cuenta el hecho que, durante el gobierno encabezado por Hussein, la pertenencia a su partido era un prerrequisito para obtener trabajo en el aparato estatal. De modo que, no todas aquellas personas que fueron despedidas eran efectivamente secundadores del régimen (Alaadin, 2017).

La primera orden emitida por Bremer, vinculada a la des-baazificación, fue acompañada por una segunda orden, cuyas consecuencias se harían sentir en el futuro. Esta segunda orden establecía la disolución de la totalidad de las entidades de defensa e inteligencia al interior del gobierno. Su consecuencia principal fue la desmantelación de las fuerzas militares iraquíes. En efecto, todos los oficiales militares que tenían un rango inferior al de coronel fueron expulsados, al igual que los cien mil miembros de las distintas agencias de inteligencia. De manera similar, cientos de soldados y oficiales perdieron sus trabajos (Alaadin, 2017; Zinn, 2016).

Las razones que impulsaron esta orden se vinculan a la des-baazificación: se buscó erradicar toda lealtad militar al régimen de Saddam Hussein, y establecer nuevas fuerzas afines al nuevo proceso político. Como se verá posteriormente, esta orden debilitó la capacidad militar iraquí, dejando al país indefenso frente a amenazas externas, como demostraría la llegada del Estado Islámico, tan sólo una década después.

Al ser los chiítas la comunidad mayoritaria, el grupo se vio beneficiado por este sistema y buscó mantenerlo vigente. Hubo una instrumentalización del sectarismo a través de la aplicación de dichos elementos jurídicos y políticos por parte del gobierno iraquí en el período bajo análisis (2006-2017), en diversas ocasiones. Los líderes chiítas hicieron uso de los elementos mencionados, con miras a mejorar la posición relativa de los chiítas en el país y excluir a los sunnitas del ámbito político-estatal.

Con la llegada de Nouri Al-Maliki al gobierno, en el 2006, estas tendencias se profundizaron. El nuevo Primer Ministro utilizó su poder para acentuar el sectarismo antes que para combatirlo y construir una identidad nacional. Durante su gobierno se realizó una instrumentalización del sectarismo, en la que no sólo se acentuaron las políticas pro-chiitas, sino también las pro-iraníes (Al-Qarawee, 2014).

Discursivamente, Al-Maliki culpó a las agendas externas del sectarismo en Irak y prometió erradicarlo. Sin embargo, en la práctica sus acciones tendieron a aumentar las fracturas existentes al interior de la sociedad iraquí.

En primer lugar, Al-Maliki colocó a allegados de su misma afiliación sectaria -chiitas- en posiciones clave del gobierno, otorgando mayor influencia a esta comunidad al interior de las instituciones estatales. Esto es particularmente evidente en el plano militar, dónde Al-Maliki no integró a los combatientes sunitas en las estructuras de seguridad del país. En consecuencia, las fuerzas iraquíes son casi en su totalidad chiitas, lo que denota que el sectarismo también atravesó la estructura militar. De hecho, los militares tienden a exhibir emblemas y rituales chiitas en zonas mayoritariamente sunitas a modo de provocación, profundizando la fractura sectaria (Al-Qarawee, 2014).

Desde la retirada de las tropas norteamericanas, durante su segundo gobierno, hacia el 2011, Al-Maliki comenzó un proceso de centralización del poder. El Primer Ministro acentuó los rasgos autoritarios y persiguió a sus rivales políticos, siendo los líderes sunitas el principal blanco de ataque (Boghani, 2014). Desde entonces, el Al-Maliki comenzó a enajenar a las facciones iraquíes que podían representar una amenaza a su poder, obligándolos a buscar soluciones por fuera del canal político.

Una de las tácticas utilizadas fue para excluir a los sunitas del proceso político fue acusarlos de terroristas. En diversas ocasiones se ha inculcado a los líderes sunitas de estar vinculados al terrorismo, proscribiéndolos de cualquier tipo de participación los procesos electorales. Particularmente, hubo una aplicación de la Ley Anti-Terrorismo para perseguir a los líderes de la “Association of Muslim Scholars”, cuerpo que agrupa la comunidades sunitas que buscan un nuevo sistema. Las acusaciones de terrorismo, también llevaron a un aumento de las

ejecuciones, convirtiendo esta práctica en una táctica electoral de algunos partidos para adquirir votos chiitas. (Al-Qarawee, 2014; Daoud, 2014).

A tan solo un día de la retirada norteamericana, el gobierno iraquí se encontró al borde de una crisis política tras la orden de arrestar al vicepresidente sunita. Tariq al-Hashimi fue acusado de liderar una escuadrón que asesinaba a oficiales de la policía y del gobierno (Healy, 2011). Esta situación no sólo causó rechazo al interior de la sociedad iraquí, fundamentalmente por parte de la población sunnita, sino también en Washington, dónde la administración Obama se mostró alarmada frente a la orden de arresto.

En esta misma línea, el gobierno iraquí realizó arrestos masivos de ciudadanos sunnitas, tras la salida de las fuerzas americanas de Irak. El principal blanco de ataque eran los ex-miembros del Partido Baaz, antiguamente liderado por Hussein. Los arrestos eran arbitrarios y no cumplían con el debido proceso. Muchos sunnitas pasaron años en prisiones sin tener derecho a un juicio. Estos hechos aumentaron los sentimientos de discriminación entre los sunnitas, quienes se percibían a sí mismos como ciudadanos de segunda categoría. (Boghani, 2014).

Junto a la sensación de exclusión, aumentó la sensación de amenaza permanente. Los sunnitas consideraban que su vida se encontraba en riesgo en todo momento, ante la posibilidad de ser catalogados como terroristas o baazistas. En palabras de Rafi Al-Essawi ministro de finanzas de Al-Maliki: “No Sunni was exempt. Maliki and the gangs of the militias of Maliki could arrest anyone.” (Boghani, 2013, pp.3).

Aún más, se registraron denuncias por parte de los prisioneros por haber recibido tratos abusivos y humillantes (Al-Qarawee, 2014). Los golpes, las mutilaciones, la privación de agua y alimento, eran prácticas comunes en las cárceles. En muchos casos, se buscaba que los detenidos confiesen crímenes serios o que incriminen a sus supuestos cómplices. En otros casos, la tortura era practicada sin un objetivo ulterior. En el caso de las mujeres sunnitas, estas han sido sometida a una práctica atroz adicional: los abusos sexuales y la violación (Al Jazeera, 2013).

Posteriormente, en el contexto de la lucha contra el Estado Islámico, el organismo Human Rights Watch (2014) denunció que las fuerzas de seguridad iraquíes y las milicias afiliadas al

gobierno ejecutaron al menos a 225 prisioneros iraquíes. La gran mayoría de las fuerzas de seguridad eran chiítas, mientras que la mayor parte de los prisioneros ejecutados eran sunnitas.

También hubo una aplicación selectiva de la des-baazificación, en tanto se aplicó menos estrictamente a los chiítas ex-baazistas -que luego declararon su lealtad a favor de Maliki- que a los sunnitas (Al-Qarawee, 2014).

Lo desarrollado en estas líneas denota que el sectarismo se encuentra arraigado en las reglas y en las prácticas del proceso político. El conjunto de las acciones desarrolladas por el gobierno iraquí condujo a la marginación de los sunnitas del Estado y de los distintos ámbitos de poder. Por esta razón, viéndose impedidos de participar del proceso político, los sunnitas buscaron resultados a través de canales más radicales, recurriendo a la violencia, y a soluciones anti-estatales, como lo fue la alianza con el Estado Islámico.

1.1.2 Dimensión socio-económica

La instrumentalización del sectarismo también tuvo una importante dimensión económico-social. El gobierno iraquí contribuyó a que la movilidad social y las posibilidades económicas sean mayores para los chiítas que para los sunnitas y otras minorías sectarias.

Puesto que el Estado es gobernado a través de una forma sectaria de reparto de poder, desarrollada en las líneas anteriores, el grupo que se hace con el manejo del gobierno, controla también la distribución de los recursos económicos. Esto resulta especialmente conflictivo en la industria de los hidrocarburos. Este sector es el motor de la economía iraquí. Los ingresos de las exportaciones de petróleo, constituyen entre un 60-70% del PBI del país y un 90% de los ingresos del gobierno (Rabushka, 2007). El país se ha tornado dependiente de las exportaciones del crudo para financiar las necesidades de los distintos sectores, tales como las militares, las de infraestructura, las de salud, etc. (MDPA, 2022).

Dicha dependencia ha resultado en una serie de consecuencias negativas para Irak. En primer lugar, el país no ha logrado diversificar sus fuentes de ingreso, por lo que se encuentra sujeto a los ciclos de auge y caída del petróleo. De modo que, su economía es vulnerable frente a factores sistémicos, ajenos al control estatal. En segundo lugar, el gobierno iraquí ha priorizado

la industria petrolera y ha relegado el resto de los sectores productivos, lo que explica el incipiente desarrollo de la industria privada. Ello representa un problema aún mayor, teniendo en cuenta que el sector petrolero emplea tan sólo a un 1% de la fuerza laboral del país.

La importancia de la industria petrolera generó otra consecuencia negativa, de gran importancia a los fines del presente trabajo: la existencia de una competencia entre los distintos grupos etno-sectarios por los ingresos petroleros. El control sobre el crudo representa una gran oportunidad económica, constituyéndose en un aspecto central de la disputa sectaria (Rabushka, 2007).

Los chiítas controlan las reservas de petróleo en el Sur, y los kurdos en el Norte. En el Oeste del país, donde los sunitas son la población mayoritaria, no existen grandes reservas de dicho recurso. El gobierno, de afiliación chiíta, ha sido reacio a distribuir la riqueza petrolera de manera equitativa entre los distintos grupos. Al encontrarse privados de la principal fuente de recursos, la situación económica de los sunitas ha sido inferior a la de los chiítas del país. Ello denota que los ingresos petroleros han sido instrumentalizados por el gobierno iraquí como una herramienta para profundizar el sectarismo (Rabushka, 2007).

Los ingresos provenientes de las exportaciones de petróleo, le permitieron a los gobiernos iraquíes ampliar las nóminas del gobierno. Acorde al Fondo Monetario Internacional, el empleo en el sector público se triplicó entre el 2004 y el 2013 -período coincidente con el gobierno de Al-Maliki- (Kullab. 2023). De hecho, el sector público es el principal empleador del país, brindando trabajo a alrededor de un 60% de la población iraquí en edad laboral.

Sin embargo, los cargos no son asignados en base a mérito o capacidad, ni son distribuidos equitativamente entre los grupos sectarios del país. Al contrario, hay una marcada mayoría de chiitas en los puestos públicos. El motivo es que estos cargos son vistos por parte del gobierno iraquí como una herramienta para mantenerse en el poder y ampliar la base electoral del gobierno de turno. La pertenencia sectaria funciona como un requisito implícito para acceder al empleo público, limitando las oportunidades económicas y de movilidad social de otras comunidades, como los sunitas (Bilgehan Özpek, 2014).

Esta práctica fue particularmente notoria durante el gobierno de Al-Maliki y terminó por constituirse en una estrategia de instrumentalización del sectarismo que mantendrían los gobiernos venideros, tales como el de Haider Al-Abadi. El conjunto de las políticas sectarias

desarrolladas por los gobiernos iraquíes, y el fracaso en la gobernanza económica, social y securitaria, generaron un aumento de la sunnificación. En otras palabras, las acciones del gobierno incrementaron la identificación sunnita, reforzando la identidad propia y la oposición al “Otro” sectario (Bamber, 2021).

Lo desarrollado en estas líneas denota que los sunitas se encuentran excluidos de las principales fuentes de riqueza y empleo del país. En consecuencia, experimentan una situación de inferioridad económica, que aumenta los sentimientos de resentimiento hacia el gobierno iraquí en particular, y la comunidad chiita en general.

1.1.3 Dimensión cultural-comunicacional

El gobierno iraquí ha desarrollado estrategias de soft power para profundizar la rivalidad entre sunitas y chiítas.

En Irak muchos espacios públicos son polarizados con representaciones o símbolos de figuras políticas y religiosas afines al partido dominante. Durante el reinado de Al-Maliki, aumentaron las exhibiciones de símbolos chiítas en espacios públicos. Además, se incorporaron eventos y fiestas chiítas al calendario nacional. El fin de este tipo de acciones es ligar la identidad estatal a la identidad chiita, intentar fusionarlas, siendo el efecto colateral el sofocamiento de la identidad sunita.

La instrumentalización del sectarismo encontró un canal propicio en los medios de comunicación. Los medios en Irak se encuentran polarizados por la afiliación sectaria. Ambas facciones poseen diarios, radios y canales de televisión propios. De esta manera, cada grupo convierte a los medios en su propia herramienta de propaganda para difundir sus mensajes con retórica sectaria. (Media diversity, 2013). Entre los medios de inclinación chiita se destacan: Iraqoyah TV; al-Adalah; al-Mada. Por su parte, los medios sunitas más relevantes son: Rafidayn TV; al-Muharrir (Al-Habahbeh, 2013; BBC, 2013).

Los gobiernos chiítas invirtieron grandes cantidades de recursos financieros para tener control de los principales medios, y de los mensajes que transmiten (Al-Qarawee, 2014). Aún más, durante uno de los momentos de auge de la violencia, hacia el 2013, Al-Maliki acusó a los

medios de haber exacerbado las tensiones sectarias en Irak. Bajo ese argumento, suspendió la licencia de aproximadamente 10 canales de televisión sunitas, y multó a otros tantos. Acorde al gobierno, dichos medios brindaban información falsa e incitaban ataques hacia las fuerzas de seguridad iraquíes. Al-Jazeera y Sharqiya son algunos de estos medios acusados de incitar la violencia sectaria (BBC, 2013). La decisión de suspender esas licencias sucedió durante una nueva ola de sectarismo, tras el asesinato de más de 120 personas en una semana.

El accionar del gobierno generó un nuevo malestar en la población sunita, dando lugar a episodios de protestas. Los sunitas consideraban que la suspensión y sanción de los medios de su inclinación sectaria era un nuevo acto de discriminación infundada por parte del gobierno iraquí. Los manifestantes reclamaron por la renuncia de Al-Maliki, pero lejos de obtener los resultados esperados, muchos de ellos fueron arrestados o acusados de terrorismo. (Solimani, 2013).

Cabe señalar que muchos de los medios chiítas reciben financiamiento y apoyo tecnológico del gobierno iraní. Esto se enmarca en la búsqueda de Teherán de difundir una narrativa antiestadounidense y antiisraelí en la región de Medio Oriente. La Unión de la Radio y Televisión Islámica -IRTVU, por sus siglas en inglés- ha funcionado como un paraguas para los medios de comunicación del “eje de la resistencia” en la región, y se ha alineado con el objetivo iraní de influir directamente en la opinión pública en el extranjero (Malik, 2021).

El gobierno iraquí permite la participación de Irán en los medios de inclinación chiíta, en tanto es funcional a sus propios objetivos. Se trata de una intervención fomentada por el propio gobierno, que se sustenta en el interés mutuo de mantener la dominación chiita en Irak en particular, y en la región de general.

De modo que, el gobierno iraquí ha empleado ‘poder blando’ para profundizar la fractura sectaria en Irak. El aumento de símbolos, mensajes y medios chiitas, y el silenciamiento de las expresiones de identidad sunnita, fueron herramientas utilizadas por los gobiernos iraquíes como un arma en el conflicto sectario.

Desde el gobierno se buscó crear y difundir un mensaje polarizador que sitúa al “Otro” sectario como una amenaza al Estado iraquí en su totalidad. En efecto, las identidades sectarias son constituídas en gran medida a partir de la oposición a un Otro sectario, a partir de la

diferenciación. Es decir, para la construcción de una identidad no es suficiente que exista un reconocimiento mutuo entre los miembros, sino que la definición de una identidad implica también la existencia y oposición a otros colectivos. En palabras de Tejerina y Garcia Martin (2018):

Hablar de la constitución de un nosotros no tiene sentido si no es en relación a la existencia de otros grupos, de un otros. La razón estriba en que para el mantenimiento de ese nosotros es fundamental el establecimiento de unos límites, de unas fronteras que constituyen la línea divisoria entre el interior y el exterior del grupo, el nosotros y los otros (pp.3).

De ahí que el gobierno Iraquí haya recurrido al soft power para difundir un mensaje polarizador de las identidades sectarias. Este mensaje le permitió localizar al enemigo en alguien externo, un Otro sectario, reforzando la identidad chiita y, por ende, su base de apoyo y poder.

1.2 República Islámica de Irán

Históricamente, Irak ha sido un actor relevante para Irán por motivos políticos, geoestratégicos, religiosos, e incluso económicos. Irán ha observado el desarrollo de los hechos en su país vecino desde cerca, interviniendo en múltiples ocasiones para obtener resultados favorables a sus propios objetivos de política exterior.

Desde la revolución de 1979, la República Islámica de Irán ha estado liderada por clérigos chiítas y a partir de ese momento, ha buscado posicionarse como el líder universal del chiísmo. Con el propósito de crear identidad chiita a nivel regional, Teherán comenzó a intervenir sistemáticamente en países de la zona. El país persa brindó asistencia a los grupos chiítas de dichos países para que obtengan y se mantengan en el poder (Cepoi y Lazar, 2013). En efecto, desde la revolución islámica, las conexiones de los chiítas árabes con Irán aumentaron en número y forma.

Por lo tanto, la relación bilateral ha estado profundamente signada por la dimensión religiosa, por la mayoría chiíta presente en ambos países y la influencia recíproca de las instituciones clericales. Concretamente, Irán e Irak representan el primer y el segundo país de mayor

población chiíta con un porcentaje, respectivamente, de alrededor del 90% y el 65% de musulmanes pertenecientes a dicha confesión (Ricotta, 2016).

El nexo chiíta le ha permitido a la República Islámica de Irán ejercer una gran influencia en Irak. Teherán se ha valido del conflicto existente entre sunnitas y chiítas en Bagdad, para aumentar sus cuotas de poder en éste país. Aún más, ha buscado profundizar las tensiones entre ambas ramas del Islam, para posicionarse como defensor de las comunidades chiítas -y por ende del gobierno- y así asegurar su influencia en los asuntos internos del país.

En pocas palabras, desde comienzos del presente siglo, la República Islámica de Irán ha realizado una instrumentalización del sectarismo en Irak, en favor de la comunidad chiíta. A continuación, se analizará de qué manera Irán operó dicha instrumentalización, principalmente a través de su injerencia en la dimensión militar y política.

1.2.1 Injerencia iraní en la estructura militar iraquí

En términos militares, la República Islámica de Irán realizó una instrumentalización del sectarismo apoyándose en terceros actores: las milicias chiítas iraquíes. El país persa les brindó asistencia económica, logística y militar (Guzansky, 2011).

Las Fuerzas Quds resultaron una herramienta útil para lograr la aproximación entre Irán y las milicias chiítas. Se trata de una rama paramilitar de élite de la Guardia Revolucionaria Islámica -IRGC por sus siglas en inglés-, cuyo objetivo principal es promover los intereses de Irán más allá de las fronteras nacionales. De modo que, dichas fuerzas operan como un instrumento de la política exterior iraní.

Tras el fin del gobierno encabezado por Saddam Hussein, en el 2003, las Fuerzas Quds participaron en la formación y el fortalecimiento de docenas de milicias chiítas en Irak. Con el tiempo, el mosaico de milicias vinculadas al gobierno de Teherán se incrementó, aumentando también la influencia del país en Irak.

Entre las milicias chiítas de mayor relevancia para el período bajo análisis se destaca la "Brigada Badr", luego rebautizada como "Organización Badr". Dicha milicia tuvo un rol activo

en la represión de grupos insurgentes sunitas, e incluso se encargó de la expulsión de esta comunidad de la provincia de Diyala, con miras a lograr una mayoría chiita en esa área geográfica (Akbarzadeh, 2017; Nader, 2015).

Simultáneamente a la caída del régimen baazista surge la milicia “Kataeb Hezbollah”, vinculada a los líderes políticos chiítas iraquíes, como también al gobierno iraní. Su objetivo principal consistió en hacer retroceder a las fuerzas norteamericanas presentes en Irak. Ello explica que haya sido incluida en la lista de organizaciones terroristas estadounidenses en el 2009 (Ladier y Fouladi, 2022).

Otra milicia es la denominada Asa’ib Ahl al-Haq (AAH), la cual combina los objetivos de las dos anteriores, a saber: doblegar a las milicias sunnitas y a las fuerzas de ocupación estadounidense en Irak. AAH ha contado con la transferencia de recursos financieros y el entrenamiento de las Fuerzas Quds. Esta milicia también fue catalogada como un grupo terrorista por parte de Estados Unidos, debido a que dicho país es uno de sus principales blancos de ataque (Ladier y Fouladi, 2022).

En el plano militar, la injerencia de Irán en Irak tuvo una evolución oscilante, vinculada a los ciclos de violencia sectaria. En los momentos de auge del sectarismo -como lo fue la guerra civil del 2005-2007-, Irán tuvo una pronunciada intervención en las dinámicas del país.

Tras el atentado a la mezquita chiíta de al-Askari en Samarra, hacia el 2006, se desató una guerra civil en Irak. Durante esos tiempos turbulentos, la República Islámica de Irán participó activamente en el conflicto interno desatado en el territorio de su país vecino, asistiendo a las milicias chiítas en su intento de doblegar a los insurgentes sunitas. La asistencia incluyó la provisión de armamento, el apoyo logístico, entrenamiento y el financiamiento (Cepoi y Lazar, 2013). Lejos de apaciguar el conflicto, la intervención iraní profundizó aún más la disputa sectaria, alejando toda posibilidad de conciliación entre las partes.

Una vez finalizada la guerra entre estos, con la disminución del conflicto sectario, la influencia iraní adoptó nuevas formas, menos ligadas a lo militar y más ligadas a lo económico, como también a dimensiones blandas tales como la política o la religiosa.

Sin embargo, en el 2014 se iniciaría un nuevo ciclo de violencia sectaria con la llegada del Estado Islámico -EI en adelante- a Irak. Las Fuerzas de Seguridad de Irak se encontraban debilitadas desde la invasión norteamericana en el 2003. De modo que, el EI rápidamente pudo superar la endeble resistencia ejercida por las fuerzas iraquíes. La ofensiva llegó a su auge en julio del 2014, cuando el EI logró tomar Mosul, la segunda ciudad más grande en Irak, y declaró la fundación del Califato.

Desde el comienzo, la República Islámica de Irán observó el avance del EI sobre Irak con preocupación. Ante todo, el temor se debía a que el grupo terrorista consideraba a Irán uno de sus rivales fundamentales, junto a Estados Unidos. Los chiítas, confesión predominante en Irán, eran considerados como apóstatas por el EI, y, por ende, blanco de sus ataques. Tras los distintos triunfos en territorio iraquí, el EI se encontraba a 50 millas de la frontera iraní, representando una amenaza a su seguridad nacional.

Por otra parte, la preocupación debe entenderse a la luz del objetivo iraní de evitar la balcanización de Irak. Desde comienzos del siglo Irán ha buscado preservar la integridad territorial iraquí. En su perspectiva, una partición del país generaría un cambio en las dinámicas de poder de la región y conduciría a que Irak deje de ser un país de mayoría chiíta, con un gobierno central afín a Irán. La consecuencia directa de ello sería una disminución de la influencia iraní y una región aún más hostil a sus intereses. Entonces, el objetivo de la República Islámica de Irán era claro: Daesh debía ser derrotado y la dominación chiíta en Irak debía ser protegida.

Ante el fracaso del Ejército Iraquí para frenar el avance del Estado Islámico, las milicias chiítas comenzaron a ser movilizadas. Estas fuerzas se fusionaron con miras a derrotar al grupo terrorista y crearon las “Fuerzas de Movilización Popular” - PMF por sus siglas en inglés- en el año 2014. El gran Ayatollah Ali-Sistani, un clérigo chiíta, emitió una fatwa (edicto religioso) llamando a todos los iraquíes, independientemente de su afiliación sectaria, a movilizarse en defensa de su país.

Sin embargo, pese a la retórica trans-sectaria de la convocatoria, la mayoría de las milicias en la PMF eran chiitas. Incluso, muchas de ellas se encontraban bajo el control de las Fuerzas Quds iraníes, siendo este el caso de la Organización Badr; Kataeb Hezbollah y Asa'ib Ahl al-Haq; etc. La tendencia pro-iraní de la PMF se veía reforzada por el hecho que su comandante,

Hadi Al Amiri, fue previamente miembro de las Fuerzas Quds. De modo que, la naturaleza sectaria de la PMF fue una consecuencia del gran apoyo iraní brindado al conjunto de milicias (Akbarzadeh, 2017; Ladier y Fouladi, 2022).

La República Islámica de Irán proveyó a estas milicias de recursos financieros, equipamiento, logística y entrenamiento, logrando un acercamiento mayor entre la PMF y Teherán. Irán también se apoyó en la comunidad de identidad chiita, en el sexo sectario para ganar más influencia en Irak. Así, las Fuerzas Quds, ingresaron a la guerra contra el Estado Islámico a través de las milicias chiitas (Ladier y Fouladi 2022). Se estima que hacia el 2014, el país persa gastó más de 1 billón en ayuda militar a Irak (Beck, 2016).

La PMF acentuó la división entre sunitas y chiitas en Irak. El conjunto de milicias replicaba la ideología iraní en las ciudades que atravesaba o liberaba, siendo esto particularmente notorio al sur del país, donde la población es prácticamente chiita en su totalidad. Un claro ejemplo de ello fue la denominación de calles de las ciudades en honor al Ayatollah Jomeini, fundador de la República Islámica de Irán. Además, ante el vacío de poder estatal, las milicias chiitas brindan seguridad a la población chiita y a sus lugares sagrados.

En resumen, con la participación iraní, la lucha contra el EI se percibió en términos de la disputa sectaria. Dado que las filas del grupo terrorista estaban compuestas por sunitas, se catalogó a todos aquellos que compartían dicha confesión como terroristas, y por ende, como amenazas. Las milicias chiitas, equipadas y financiadas por el gobierno iraní, perpetraron atrocidades contra las comunidades sunitas durante la guerra contra el EI (Esfandiary y Tabatabai , 2017).

Si bien lograron liberar a las ciudades de la dominación del EI, dichas fuerzas también atacaban y saqueaban a las comunidades sunitas que vivían allí. La violencia escaló a niveles preocupantes, al punto que Human Right Watch urgió al gobierno Iraquí a contener a la PMF y hacer responsables a quienes perpetraron dichos crímenes (Akbarzadeh, 2017). Así, la consecuencia de la guerra contra el Estado Islámico fue un aumento de la violencia sectaria, como también de la influencia de Irán en Irak.

De modo que, nuevamente, la República Islámica de Irán coadyuvó a profundizar la exclusión y la opresión a dicha rama del Islam. Aún más, Irán se convirtió en un poder sectario porque los actores no estatales a los que asistió eran casi exclusivamente chiitas (Akbarzadeh, 2017)

El país persa encontró en la guerra contra el terrorismo contexto ideal para instrumentalizar el sectarismo y aumentar su influencia en Irak. En palabras de Akbarzadeh (2017):

The battle of Mosul, however, does represent the pinnacle of sectarian tensions ignited by the PMF inside Iraq. For the Iranian regime, the PMF's participation in the Battle for Mosul was a "crucial step" in securing the Shia militias' future in Iraq (...) The PMF's contribution could give them a share of victory provide them with a pretext to justify their activities long after the defeat of ISIS. That would secure Iran's influence in Iraq that predominantly relies on those militias (pp.115).

1.2.2 Injerencia iraní en la arena política iraquí

La instrumentalización del sectarismo por parte de la República Islámica de Irán cuenta con una dimensión político-diplomática. Como se mencionó previamente, Teherán aspira a lograr una política pan-chiita que una a las distintas comunidades de esta confesión de la región. Por esta razón, Irak, al ser el segundo país de mayor población chiita, tiene un lugar fundamental en la estrategia iraní. El país persa percibe a Irak como una plataforma para proyectar su influencia en la región de Medio Oriente (Guzansky, 2011).

En términos políticos, Irán está interesado en mantener la dominación chiita en Irak y reducir el poder de los sunnitas en el seno del país. En esta misma línea, busca que Irak continúe siendo un régimen comunitarista y sectario, con un nacionalismo endeble, que le permita acrecentar sus márgenes de maniobra (Cepoi y Lazar, 2013).

En este sentido, el régimen sectario que se instauró luego del 2003 es funcional a los intereses iraníes. Como se desarrolló previamente, el sistema que emergió - el Muhasasa ta'ifia - privilegió la identidad sectaria sobre la nacional. En virtud de que la mayor parte de la población iraquí es de confesión chiita, el sistema de cuotas benefició a este grupo. Los chiitas obtuvieron aquellos cargos políticos de mayor importancia, como el de Primer Ministro o el Ministerio de Interior, y una mayor cantidad de asientos en el seno del Parlamento. Al contrario, la población sunnita perdería su histórico privilegiado acceso al gobierno, como también el nivel de renta económica que recibía. De ahí que Irán busque mantener este status quo, beneficioso para sus objetivos de empoderar a la comunidad chiíta y debilitar a la sunnita.

Qassem Suleimani, comandante de las Fuerzas Quds, tuvo un rol sustancial como defensor del sistema Muhasasa. En particular, buscó sostener dicho sistema cuando se encontró en crisis, durante la Batalla de Basra en el 2008 y posteriormente, con la ofensiva del EI (Dodge, 2018).

El fin del régimen baazista derivó en un escenario marcado por el vacío de poder y la disputa sectaria entre sunnitas y chiitas para mejorar su posición relativa. Con el fin de aumentar su propia influencia en el escenario iraquí en gestación, la República Islámica de Irán instrumentalizó dicha disputa sectaria, o más bien, la profundizó. Por esta razón, Irán buscó en primera instancia unir a las facciones políticas chiitas en Irak para aumentar su poder relativo frente a los sunnitas y a otras confesiones (Guzansky, 2011).

Con el apoyo iraní, los chiitas adquirieron una gran conciencia política y lograron asentarse políticamente. La población sunnita, por su parte, encontró dificultades para canalizar su identidad políticamente, y conformar partidos políticos de relevancia entre la comunidad. Aún más, a diferencia de los chiitas, los sunnitas no contaron con un liderazgo unificador, que posea el consenso suficiente para trasladar los intereses de toda la comunidad a la arena política (Shanahan, 2004).

Gran parte de las figuras políticas que asumieron cargos de relevancia en el escenario Post-Saddam tenían profundas conexiones con el gobierno iraní. Ello se debe a que, durante el gobierno de Hussein, Irán le otorgó asilo a muchos líderes de la oposición iraquí, que luego se encontrarán encabezando el nuevo gobierno. El Primer Ministro Ibrahim Al Ja'fari, quien asumió a través del Partido Dawa con las elecciones parlamentarias del 2005, se había refugiado durante veinte años de exilio en Irán. Al Ja'fari se vio obligado a retirarse en favor de Nuri-al Maliki, quien pertenecía al mismo partido y que, al igual que su predecesor, transitó parte de su exilio en Irán (Ladier y Fouladi 2022).

La República Islámica de Irán obtuvo múltiples concesiones por parte del gobierno de Al-Maliki, quien fue acusado en numerosas ocasiones de ser una extensión del gobierno iraní. Entre las prerrogativas más controversiales se encuentra la Ley 40 mediante las cuales integró a la PMF las fuerzas iraquíes, permitiendo la injerencia directa de Teherán.

En los países de población musulmana, la confesión de las élites políticas condiciona las alianzas internas e internacionales del país (Cepoi y Lazar, 2013). Por esta razón, la

conformación de un gobierno liderado por figuras chiitas, con vínculos preexistentes con el gobierno iraní, fue determinante para que este último aumentará su injerencia en Irak.

La República Islámica de Irán tejió una red de alianzas con el gobierno central iraquí y con actores políticos de confesión chiita. Más de una docena de partidos políticos iraquíes tienen un vínculo estrecho con el gobierno iraní, el cual le provee fondos y entrenamiento militar a los grupos paramilitares aliados con esos partidos. Entre estos se destacan: la Asamblea Islámica Suprema de Irak; el partido Dawa, el movimiento Sadrista, etc. La vinculación con los partidos políticos chiítas le permite a Irán perseguir sus objetivos nacionales en Irak. Irán utilizó dichos lazos para conseguir que los políticos iraquíes desarrollen políticas favorables a los objetivos iraníes (Cochrane Sullivan, 2009; Robinson, 2022).

En pocas palabras, al igual que en el plano militar, el poder político de Irán descansa en el uso de proxys, en este caso representados por actores o partidos políticos chiítas. Cooperó con estos actores para debilitar y excluir a los sunnitas de todos los ámbitos de poder.

A través del análisis realizado sobre la dimensión militar y política del vínculo es posible observar de qué manera realizó una instrumentalización del sectarismo. Si bien el aspecto político y el militar representan las aristas más relevantes del vínculo, éstas no constituyen los únicos medios mediante los cuales la República Islámica de Irán brindó apoyo a los chiitas, en detrimento de los sunnitas. Previamente -remitirse a la página 22- se desarrolló la influencia que ejerce Irán en los medios de comunicación iraquíes, denotando una injerencia de tipo cultural.

También es posible observar, una instrumentalización del sectarismo a partir de los lazos económicos entre ambos países. Un claro ejemplo, en este sentido, es la inversión iraní en la reconstrucción de ciudades sagradas para los chiitas en Irak. Las empresas estatales iraníes invierten alrededor de 20 millones de dólares por año en las ciudades de Najaf y Karbala, las cuales refugian muchos de los santuarios sagrados chiitas y acogen a miles de peregrinos iraníes cada año (Cochrane Sullivan, 2009). El efecto colateral, es una gran disparidad en términos de desarrollo e infraestructura entre las regiones chiitas, que cuentan con financiamiento iraní, y las sunnitas, lo que profundiza los sentimientos de discriminación de éstos últimos.

1.3 El Estado Islámico

Uno de los principales actores que ha instrumentalizado la disputa entre sunitas y chiítas en Irak ha sido el Estado Islámico. Como se mencionó en la introducción, el EI es un grupo no estatal, con una estructura paraestatal y con vocación transnacional. Por lo tanto, no es un Estado, aunque lo pretenda. Más bien, es una escisión de Al-Qaeda, que busca sembrar terror mediante el uso de la violencia extrema (Priego Moreno, 2014).

Previo a analizar de qué manera el EI realizó una instrumentalización del sectarismo, resulta necesario explicar cuál ha sido el origen del grupo y cómo ha evolucionado en el tiempo. Un breve repaso de la génesis del EI permite observar que el sectarismo fue el germen del grupo, es decir, el motor a partir del cual se originó

1.3.1 Origen y evolución del Estado Islámico

Los objetivos y el alcance del EI han variado en el tiempo. Es posible analizar el desarrollo del grupo a partir de las etapas señaladas por Priego Moreno (2014), a saber: iraquización, regionalización y mundialización.

El origen del EI se encuentra en un grupo yihadista denominado Jama'at al Tawhid wal Jihad, creado en 1999. El grupo fue liderado por el terrorista jordano Al-Zarqawi, y bajo su liderazgo logró gran notoriedad por sus ataques a las fuerzas de ocupación estadounidense en Irak. En efecto, Al-Zarqawi logró establecer una base de su grupo en la provincia kurda "Sulaymaniya", que fue uno de los primeros objetivos de la ofensiva estadounidense.

Al momento de la invasión norteamericana, Al-Zarqawi no era parte de Al-Qaeda. Este grupo desarrolló una actividad terrorista incipiente hacia fines del SXX en distintos países de la Península Arábiga y el Este de África, pero no en Irak. Sin embargo, la llegada de tropas norteamericanas acercó a Al-Zarqawi a Bin Laden, líder de dicha organización (Smith, 2007). Al Qaeda quería tener presencia en Irak y Al-Zarqawi necesitaba más recursos humanos y financieros. De esta manera, la alianza entre ambos se presentó como una oportunidad, propiciada por el desembarco de tropas estadounidenses.

De modo que, tras la invasión norteamericana Al-Zarqawi declaró la fidelidad de su grupo, Jama'at al Tawhid wal Jihad, a Bin Laden. Entonces, a partir de ese acercamiento se conformó Al Qaeda en Mesopotamia, también llamado Al-Qaeda en Irak (AQI). Hacia fines del 2005, AQI centraría sus esfuerzos en Bagdad, relegando sus pretensiones globales a un segundo plano. Priego Moreno (2014) denomina a este proceso como “iraquización”. En esta primera etapa, el objetivo principal era la expulsión de las tropas de ocupación norteamericanas de Irak, por lo cual el alcance de las actividades del grupo se limitaba geográficamente al territorio iraquí.

En octubre del 2006, la denominada Shura -Consejo de Consulta- de los Muyahidines anunció la creación del Estado Islámico de Iraq, (EII) a partir de la unión con otros grupos insurgentes sunitas. El grupo sería liderado por Abu Omar al-Bagdadi, quien se volvería una figura relevante más allá de las fronteras iraquíes.

Desde ese momento, el EII comenzó a reclutar sunitas iraquíes para unirse a las filas del grupo. En efecto, en octubre del 2006 los miembros de las tribus suníes realizaron el tradicional juramento árabe (Hif-al-Mutayabin) mediante el cual se produjo el juramento de expulsión de los chiíes de Irak (Priego Moreno, 2014). Desde entonces, el sectarismo iraquí estaría inextricablemente ligado al grupo terrorista. Sin embargo, es necesario aclarar, que, en este momento inicial, el EII no contaba con un apoyo extendido entre la comunidad sunita. Si bien muchos se unieron a sus filas, otra gran parte de la comunidad expresó su rechazo al grupo, por su carácter absolutista y su poca predisposición a satisfacer los reclamos y preferencias locales.

Hacia el 2011, Abu Bakar decidió extender las actividades del EII hacia otras zonas de la región de Medio Oriente. Siria se convirtió en la nueva pretensión territorial del grupo, particularmente apuntando a sus áreas de población mayoritariamente sunita. Las principales zonas de interés eran Raqqa, Idlib y las provincias de Aleppo. El contexto de protestas de la población siria contra Bassar Al Assad operó como el terreno propicio para el desembarco del EII, y de esta manera, en el 2013 el EI logró expandirse en Siria.

A partir de ese momento, comenzó la fase de “regionalización” y el grupo terrorista fue rebautizado como el Estado Islámico de Siria y el Levante. Al renombrar la organización el grupo buscó denotar el aumento de sus capacidades, como también la efectividad que alcanzó en la región (Zgryziewicz, 2015),

Posteriormente, las ambiciones del grupo se trasladaron a conquistar las ciudades situadas al norte de Irak. El objetivo central era Mosul, la segunda mayor ciudad del país y la capital informal del Irak sunita. El mensaje de la campaña era que los no-creyentes y los apóstatas que no emigren de la ciudad serían asesinados. Producto del temor que generó dicho mensaje, miles de iraquíes huyeron y la resistencia que enfrentó el EI fue menor de la esperada. Las fuerzas armadas iraquíes se encontraban disminuidas desde la invasión norteamericana, por lo que su débil resistencia fue rápidamente superada por el grupo.

Finalmente, en junio del 2014, tras la caída de Mosul y durante la primera noche de Ramadán, el portavoz de la organización –Shaykh Abu Mohammad al Adnani al Shami–, declaró el establecimiento del Califato. El entonces Estado Islámico de Siria y el Levante comenzó a referirse a sí mismo como Estado Islámico a secas. El EI pidió la lealtad de todos los musulmanes al nuevo Califa, Abu Bakr al-Baghdadi, alegando una conexión directa con el Profeta. (Zgryziewicz, 2015).

Desde entonces, comenzó la fase de “mundialización” y el EI se convirtió en una amenaza mundial. Sus objetivos también se volvieron globales y sus blancos de ataque se multiplicaron.

En este sentido, resulta necesario señalar que el EI identifica una pluralidad de enemigos, que deben ser combatidos en pos de preservar el Islam. Entre estos enemigos se encuentran: los gobiernos occidentales extranjeros; los gobiernos regionales aliados a los primeros; los chiitas -denominados despectivamente rawafidh-; los líderes suníes que cooperan con el gobierno central -tyrants-; aquellos que abandonaron el Islam; etc. (Houda Abadi, 2016).

La identificación de enemigos es una parte fundamental en la estrategia del EI. Los movimientos sociales, entre los cuales se encuentran las organizaciones terroristas, siempre reaccionan contra algo. Crean su identidad a partir de la oposición, de la resistencia, identificando un “Otro” que funciona como barrera a la identidad propia y que, por ende, debe ser eliminado (Mousavi, 2020).

Ello le permite al EI posicionar a sus líderes y miembros como los únicos que siguen la verdadera interpretación y práctica del Islam, aquella de los tiempos del profeta Muhammad. Esta autopercepción en calidad de “protector del Islam” es utilizada como justificación para las

acciones que el grupo emprende contra los enemigos mencionados, que buscan corromper la religión (Houda Abadi, 2016).

Con miras a lograr sus objetivos y disminuir a sus enemigos, el EI recurrió a distintas formas de violencia, utilizadas con un propósito político-ideológico. Los secuestros, asesinatos, y los ataques, fueron algunas de las prácticas más comunes. Sin embargo, además de la violencia física, la de índole psicológica ejerció un rol fundamental. El EI buscó infundir terror en los países que penetraba y en particular en la mente de sus enemigos (Saduzadeh y Sardania, 2017).

1.3.2 Instrumentalización del sectarismo

En base a lo desarrollado en estas líneas se observa que el origen del Estado Islámico se encuentra ligado al sectarismo iraquí. Como se mencionó en diversas ocasiones, Irak contiene un mosaico de actores etno-sectarios, entre quienes se destacan los kurdos, los chiitas y los sunnitas. El gobierno iraquí surgido tras la invasión norteamericana, instauró una dominación chiita, marginando y oprimiendo a la comunidad sunnita. En efecto, previo a la llegada del EI, las instituciones estatales tales como las fuerzas armadas o la policía iraquí, no cumplían la función de mantener la ley y proteger a la totalidad de la población. El Estado no atendía las preocupaciones de la comunidad sunnita, postergando su seguridad y sus necesidades.

El Estado Islámico se valió de las tensiones sectarias preexistentes, de los sentimientos de frustración de los sunnitas hacia el gobierno iraquí, para lograr instalarse en el territorio iraquí. Acorde a Bamber (2021) las crecientes políticas sectarias del Primer Ministro Nouri Al-Maliki fueron uno de los principales factores que posibilitaron el asentamiento y fortalecimiento del Estado islámico.

Como se indicó previamente, Al-Maliki conformó un gobierno chiita y excluyó a la población sunnita del sistema político, militar y socio-económico. El Primer Ministro impidió a los miembros de dicha comunidad ingresar al proceso electoral, alejándolos de cualquier tipo de participación política. Esta práctica se reforzó durante su segundo gobierno, cuando aumentó sus rasgos autoritarios, con miras a debilitar a todos sus oponentes, especialmente a los sunnitas. A causa de ello, los sunnitas perdieron toda expectativa de lograr un cambio a través del canal político y comenzaron a buscar alternativas más radicales, tales como el apoyo al EI.

Aún más, durante su gobierno, los sunnitas fueron objeto de abusos de las milicias y fuerzas policiales. Las encarcelaciones arbitrarias y los abusos de autoridad se tornaron prácticas cotidianas para dicha comunidad (Bamber, 2021). En pocas palabras, bajo el liderazgo chiita, los sunnitas vivían en un estado de alarma e inseguridad constante.

Tras la toma de Mosul por parte del Estado Islámico, en el 2014, se volvió evidente que el reinado de Al-Maliki había llegado a su fin. El Primer Ministro se vio forzado a renunciar y asumió en su lugar Haider al-Abadi. El nuevo líder no pudo convencer a los sunnitas de que podía ofrecer algo distinto a su predecesor. De hecho, la debilidad del gobierno de Abadi le permitió a Al-Maliki continuar ejerciendo el poder en Irak. El otrora Primer Ministro continuó ejerciendo influencia sobre las milicias, el poder judicial y la policía iraquí. (Mansour, 2016). Como resultado, durante el reinado de Abadi se mantuvo la desconfianza y la oposición de la población sunnita hacia el gobierno central.

El conjunto de estas prácticas sectarias generó un aumento de los sentimientos de frustración e indignación de la población sunnita iraquí tanto hacia el gobierno, como hacia los chiitas. Aquellos, se auto percibían como víctimas de un gobierno chiita, que lejos de garantizarles seguridad, era la primera causa de su malestar.

Este contexto le permitió al EI presentarse como el protector de las comunidades sunnitas. A los ojos de dicha población, el grupo era el único actor capaz de resguardarlos frente al propio Estado y a los continuos abusos de la autoridades chiitas (Bamber, 2021).

En efecto, el EI ofreció una versión alternativa de gobernanza a las comunidades sunnitas. Asumió funciones que el gobierno iraquí era incapaz de cumplir para con dicha comunidad e inicialmente lo hizo de manera efectiva. En primer lugar, el EI posicionó bajo su paraguas a las provincias de mayoría sunnita, brindándoles seguridad e impidiendo la continuación de los saqueos y ataques que solían sufrir en manos de las milicias chiitas.

Más allá de la seguridad, el EI se involucró en el plano socio-económico. Estableció una serie de instituciones económicas y sociales a lo largo del territorio iraquí, entre las que se destacan ministerios (dawaween) de servicios públicos, tales como electricidad, educación y salud. De esta manera, el EI logró imitar la función de los Estados-Nación contemporáneos y cubrir el

vacío de autoridad generado por el descuido del gobierno iraquí de las áreas sunitas (Bamber, 2021).

Al margen de las ventajas materiales que el EI brindaba a los sunnitas, ambos compartían un enemigo común: los chiítas. En la perspectiva del EI, los chiitas eran apóstatas, y por lo tanto uno de los principales blancos de ataque. Esto se observa en la carta del padre fundador del EI, Abu Musab al-Zarqawi, a Osama Bin Laden, donde se refiere a los chiítas de la siguiente manera:

[They are] the insurmountable obstacle, the lurking snake, the crafty and malicious scorpion, the spying enemy, and the penetrating venom. We here are entering a battle on two levels. One, evident and open, is with an attacking enemy and patent infidelity. [Another is] a difficult, fierce battle with a crafty enemy who wears the garb of a friend, manifests agreement, and calls for comradeship, but harbors ill will and twists up peaks and crests (?). Theirs is the legacy of the Batini bands that traversed the history of Islam and left scars on its face that time cannot erase. The unhurried observer and inquiring onlooker will realize that Shi`ism is the looming danger and the true challenge. "They are the enemy. Beware of them. Fight them. By God, they lie." History's message is validated by the testimony of the current situation, which informs most clearly that Shi`ism is a religion that has nothing in common with Islam except in the way that Jews have something in common with Christians under the banner of the People of the Book. (Al-Zarqawi, 2004).

Ambos elementos -la función de gobierno alternativo ejercida por el EI y el rival común- operaron como un polo de atracción para los sunnitas. Apelando a la marginación y la opresión de dicha comunidad, el EI logró reclutar miembros y nuevos apoyos al interior de dicha comunidad. Así incorporó en sus filas a miles de sunnitas iraquíes que mantenían sentimientos de frustración y rechazo respecto del gobierno chiita de Irak (Ashour, 2015; Mousavi, 2020).

Un factor adicional que le garantizó al EI el apoyo de los sunnitas fue la ausencia de instancias de representación relevantes entre los sunnitas. Dicha comunidad carece de partidos políticos o liderazgos que aglutinan a una mayoría y que puedan movilizar sus intereses en la arena política. La fragmentación partidaria y la crisis de representación, junto a las acciones del gobierno para impedir la participación política del grupo, llevó a que los sunnitas desestimen las soluciones políticas y respalden alternativas anti-estatales como lo es el EI. En palabras de Luizard (2022):

For more than a decade, Sunnis have suffered from exclusion and a serious crisis of representation that has prevented them from looking to the future. Hit by heavy measures, by foreign occupation and by the political ascendancy of the Shiites, the Sunnis have ended up turning to Daesh to give substance to their collective response (pp.1).

De esta manera, el EI instrumentalizó de manera exitosa las divisiones sectarias, como también las disputas al interior de la comunidad sunnita. Ello le permitió aumentar sus fuerzas e incorporar individuos, de identidad sunnita, que implican más recursos humanos para desarrollar sus actividades y afrontar la endeble resistencia de las fuerzas iraquíes.

Además, el EI logró cooptar a miembros de tribus sunnitas, descontentos con el gobierno central y desilusionados con sus propios líderes (sheikhs). Los gobiernos que sobrevivieron tras el fin del régimen baazista se rehusaron a brindar tierras y armas a las tribus, tal como lo hacía Hussein. Por su parte, los sheikhs tampoco pudieron proveer a sus propias tribus de estos recursos sin el apoyo del gobierno.

El EI se valió de dicho vacío para incorporar miembros de las tribus a sus filas. Les otorgó las armas, los recursos y las tierras que no podían obtener mediante otros medios. El resultado, siguiendo a Mansour (2016) ha sido que:

Today, there is not one tribe that does not have or has not had members affiliated with or supportive of the Islamic State. Many tribes have been split into pro- and anti-Daesh memberships (pp.20).

Los medios y las redes sociales se constituyeron en componentes centrales en dicha estrategia de cooptación de nuevos miembros. El uso de las redes sociales traspasa fronteras y permite llegar a personas de distintas latitudes, de manera masiva e inmediata. Esto se tornó en una gran ventaja para los yihadistas a la hora de reclutar nuevos seguidores y conseguir apoyos (Houda Abadi, 2016; Saduzadeh y Sardania, 2017).

Las redes sociales e Internet tuvieron otra función fundamental en la estrategia del EI: la construcción y movilización de identidades. El intercambio de comunicación e ideas que tiene lugar en el ciberespacio permitió al grupo crear una identidad entre sus miembros, una nueva

narrativa de sí mismos, más allá de su verdadera identidad en el mundo físico Saduzadeh y Sardania, 2017).

Es necesario señalar que muchos líderes religiosos locales manifestaron su apoyo hacia el EI, indicando que el Califato establecido era legítimo y que, por lo tanto, era una obligación religiosa (fard al-ayn) jurar lealtad y obedecer al califa. El pronunciamiento de los líderes religiosos a favor del grupo fue un factor adicional a la hora de engrosar las filas de éste último con iraquíes sunitas.

En pocas palabras, el Estado Islámico instrumentalizó el sectarismo para asentarse y expandirse en Irak, con el apoyo de miles de sunitas. El hecho que las filas del grupo hayan estado conformadas en gran medida por sunitas, profundizó el sectarismo en Irak. Tras la llegada del EI, el gobierno iraquí acentuó la tendencia a catalogar a los sunitas como terroristas. El gobierno utilizó dichas alegaciones de conexión con el EI para perseguir, arrestar y excluir a los sunnitas de todos los ámbitos de poder. La consecuencia principal fue la imposibilidad de lograr un compromiso entre dicha comunidad y el gobierno central.

Además, las mismas bases ideológicas del Estado Islámico, que se tradujeron a su accionar, aumentaron la división entre sunitas y chiitas. Al identificar a éstos últimos como enemigos y apóstatas, el grupo incentivó a un aumento de la violencia entre ambas sectas. Las atrocidades que cada grupo perpetró respecto al otro, derivaron en una dificultad aún mayor para pensar en una aproximación entre ambas sectas.

La irreconciliabilidad entre ambas comunidades es funcional a los propósitos del Estado Islámico. La continuidad de la violencia sectaria le permitió al EI mantener su narrativa de protector de los sunitas. Además, en tanto los chiitas continúen siendo identificados como el enemigo común -tanto para el EI como para los sunitas- existe un motivo para mantener la cooperación entre ambos grupos, y un elemento que refuerza el lazo identitario.

En efecto, las atrocidades perpetradas por la PMF en las áreas de mayoría sunita, durante la guerra contra el EI, con conocimiento del gobierno, agravaron la fractura sectaria. El gobierno permaneció en silencio frente a los delitos que las PMF cometieron sobre los sunitas, reforzando los sentimientos de marginación y sometimiento de dicha comunidad; emociones que el EI explotaba. Siguiendo a Bember (2021):

In spite of the horrendous actions that ISIS perpetrated against residents under its control, there is a risk in some areas that Sunnis would prefer the rule of ISIS rather than the ongoing repression and marginalisation they face in their daily lives (pp.9).

1.4 Conclusiones parciales

En el presente capítulo se indicó que Irak contiene en su interior a una pluralidad de grupos etno-sectarios, entre quienes se destacan los sunitas y los chiítas. Estos actores han atravesado momentos de tensión y distensión a lo largo de los años. Sin embargo, en el período bajo análisis (2006-2017) encontramos dos momentos de auge de la violencia sectaria: la guerra civil y el advenimiento del terrorismo.

Distintos actores vieron en ese contexto la posibilidad de ejercer una mayor influencia en Irak. Por lo tanto, durante esos años, el Gobierno Iraquí, la República Islámica de Irán y el Estado Islámico, se apoyaron en la fractura entre sunitas y chiítas para aumentar sus cuotas de poder y perseguir sus propios fines.

En base a lo desarrollado, se observa que el gobierno iraquí fue uno de los actores centrales a la hora de impedir la unidad nacional. Quienes encabezaron el gobierno, llevaron adelante una dominación chiita, otorgando importantes privilegios a dicha población. De esta manera, el gobierno iraquí profundizó e instrumentalizó el sectarismo desde el interior del Estado, privilegiando una identidad -la chiita- en detrimento de otra -la sunita-. Respecto a este último grupo, los líderes chiítas impulsaron políticas discriminatorias, excluyentes y opresivas e incluso se negaron a brindarles servicios básicos, tales como la seguridad, la salud o el suministro eléctrico.

La razón se debe a que la persistencia del sectarismo era funcional al objetivo de los gobernantes chiítas de mantenerse en el poder, aumentar sus cuotas de poder, y debilitar a todo posible rival. En palabras de Fannar Haddad (2014): Far from involving an attempt to escape the state, Iraq's sectarian divide is characterized by a struggle to own and define it (p.3).

De manera similar, la República Islámica de Irán se transformó en un poder sectario en Irak . El país persa instrumentalizó el sectarismo preexistente, con miras a aumentar su injerencia en Bagdad. Para ello, apeló al nexo chiita existente entre ambos países y se posicionó a sí mismo como defensor de dicha comunidad. En esta línea, el gobierno iraní brindó recursos económicos, logísticos y militares a terceros actores que actuaban como proxys iraníes en Irak, tales como las milicias chiitas y ciertos partidos políticos que mantenían lazos con Teherán.

La violencia sectaria derivada de las acciones del gobierno iraquí e iraní, despertó sentimientos de victimización y frustración en la población sunita del país. Los sunitas vivían en un estado constante de inseguridad, sujetos a los abusos de las instituciones estatales, como la policía iraquí o el ejército, e incluso del mismo gobierno.

Este escenario permitió el surgimiento y la expansión del Estado Islámico, quien apoyado en los sentimientos de opresión de los sunitas ganó poder en Irak. En efecto, no es posible entender el origen o la expansión del grupo terrorista sin analizar su vinculación con las dinámicas sectarias iraquíes. Precisamente, fue la discriminación sectaria operada por el gobierno y reforzada por la injerencia iraní, lo que le permitió al Estado Islámico cooptar a miles de sunitas a sus filas.

Al igual que en el caso del gobierno iraquí e iraní, el Estado Islámico realizó una instrumentalización del sectarismo, valiéndose de las tensiones existentes en Bagdad. Sin embargo, a diferencia de los dos casos previamente analizados, el grupo se apoyó en las identidades sunitas para realizar dicha instrumentalización.

A fin de cuentas, existen una pluralidad de actores, de diversa naturaleza, interesados en la continuidad del conflicto sectario entre sunitas y chiitas en Irak, lo que impide toda posibilidad de lograr la unidad nacional.

CAPÍTULO 2

Las tensiones entre sunitas y chiitas han existido de manera constante desde el surgimiento del Estado iraquí. Pese a dicha continuidad, es posible identificar ciertos momentos en los que la violencia entre ambas ramas del Islam se ha profundizado. En este sentido, ciertos sucesos nacionales e internacionales operaron como agravantes de las fracturas sectarias al interior de la sociedad iraquí.

El presente capítulo busca describir algunos de aquellos eventos acontecidos en el período bajo análisis. En consecuencia se analizará la incidencia que tres sucesos tuvieron en las dinámicas sectarias del país: i) la ocupación y posterior retirada norteamericana; ii) las elecciones parlamentarias de 2010; iii) la guerra en Siria. El capítulo se encuentra organizado en tres apartados, correspondientes a cada uno de los acontecimientos bajo análisis. Sobre el final, se realizará una evaluación preliminar de las conclusiones obtenidas a partir de lo elaborado en el presente capítulo

2.1 La ocupación y posterior retirada norteamericana

El 2003 se convirtió en un año clave en la historia iraquí, como también en el vínculo con Estados Unidos. El 20 de marzo de dicho año, el entonces presidente norteamericano, George W. Bush, lideró una coalición internacional con miras a derrocar a Saddam Hussein. La ofensiva se sustentó en acusaciones infundadas sobre la posesión de armas de destrucción masivas por parte del presidente iraquí y vínculos con el terrorismo internacional.

Con el propósito de derrocar al gobierno de Hussein, 150.000 tropas estadounidenses desembarcaron en Irak, acompañadas por 23.000 soldados de otras nacionalidades, involucrados en la campaña inicial. A partir de ese momento, comenzó la denominada “Guerra de Irak”, un enfrentamiento que se extendería más de lo planeado por las propias autoridades norteamericanas. En efecto, la guerra comenzó en el 2003 con el desembarco norteamericano en Bagdad, y finalizó casi una década más tarde, con el repliegue norteamericano hacia el 2011.

Cómo se expondrá a continuación, tanto la ocupación norteamericana como la posterior retirada de sus tropas profundizaron las fracturas sectarias del país. La injerencia estadounidense trastocó el endeble equilibrio existente en la sociedad iraquí, al introducir nociones de gobierno, ciudadanía y democracia ajenas al país. De manera similar, su posterior retirada, dejó al descubierto la vulnerabilidad del sistema que emergió post-2003 y el fracaso de los objetivos norteamericanos, vinculados a la construcción de un Estado-Nación iraquí sólido, resiliente y democrático.

2.1.1 La ocupación norteamericana en Irak

Tras la invasión estadounidense, Washington ha estado crecientemente involucrado en el desarrollo de las dinámicas internas de Bagdad. Los decisores políticos norteamericanos, percibían a Irak a través de lentes etno-sectarios, como un Estado tripartito conformado por chiitas, sunitas y kurdos. Dicha percepción ocasionó que las políticas impulsadas por Estados Unidos acentúen la fragmentación al interior de la sociedad, impidiendo la conformación de una única Nación iraquí (Al- Tikriti, 2008).

De esa manera, la injerencia norteamericana cumplió un rol fundamental a la hora de profundizar las dinámicas sectarias del país. Como se mencionó en el capítulo anterior, Estados Unidos participó en el diseño del sistema institucional que perpetró el sectarismo iraquí. La administración Bush buscó crear un gobierno iraquí basado en un sistema de reparto de poderes, bajo la creencia de que ello permitiría la coexistencia pacífica de los distintos actores que componen el mosaico iraquí. Bajo esa premisa, los consejeros norteamericanos participaron de la conformación del aparato político institucional iraquí, involucrándose en la redacción de la constitución iraquí, el diseño del sistema conocido como muhasasa ta'yfia y la emisión de órdenes como la ya mencionada des-baazificación. Todos estos elementos, diseñados y respaldados por Washington, fijaron el destino sectario del país.

Aún más, las autoridades de la ocupación norteamericana abolieron la armada iraquí y purgaron la burocracia del país. Estas acciones estaban destinadas a promover el secularismo y un equilibrio de poderes. Sin embargo, generaron el efecto contrario: crearon un vacío de poder que sería rápidamente ocupado por partidos y milicias sectarias (Gershman y Zunes, 2006).

Los grandes ganadores de este nuevo escenario político fueron los chiitas, quienes pasaron a encabezar los distintos gobiernos que emergieron tras la caída de Hussein. Estados Unidos respaldó a los gobiernos chiitas, brindándoles el apoyo necesario para que puedan asentarse y aumentar su poder. Washington se convirtió en un sostén fundamental para el gobierno iraquí, dotándolo del poder material del cual éste carecía. Para ello, le proporcionó a los gobiernos de turno cuantiosos montos para la reconstrucción del país, ayuda humanitaria e incluso militar. En efecto, se estima que desde el 2003 el gobierno norteamericano invirtió alrededor de \$800 billones en seguridad, ayuda humanitaria y otros medios de asistencia (Pfaff, 2020).

En cuanto a la cooperación militar, a lo largo de este período, Estados Unidos mantuvo alrededor de 150.000 soldados en Irak, que junto a 13.000 tropas de otros países aliados conformaron la Fuerza de Tarea Conjunta Combinada 7 -CJTF-7, por sus siglas en inglés-. Estas tropas norteamericanas se encargaron de mantener la seguridad en el nuevo escenario iraquí. Las fuerzas norteamericanas entrenaron al ejército y a la policía iraquí, proveyéndoles fondos, equipamiento y logística, con miras a reforzar sus endebles capacidades.

Sin embargo, en la práctica, el accionar norteamericano fortaleció las fuerzas sectarias presentes en Irak. La formación brindada por las fuerzas estadounidenses fue empleada por parte del gobierno y sus instituciones, de inclinación chiita, contra la minoría sunita del país. De esta manera, la ocupación norteamericana alimentó la fractura sectaria en Irak, en tanto aumentó las capacidades opresivas de las fuerzas chiitas del país. El efecto colateral fue el rechazo de la sociedad iraquí a la presencia norteamericana en Irak, en tanto se veía a Washington como un aliado de los represores chiitas.

Siguiendo a Al-Jabouri (2009):

U.S. leaders may not realize that by not doing more to ensure that incumbent parties stay away from influencing Iraqi Security Forces behavior, the United States risks training and arming security forces that will be the instrument for provoking, rather than preventing, future ethno-sectarian conflict (pp.1).

Los abusos cometidos por las instituciones estatales, tales como la policía o el ejército iraquí, sumado a las acciones del gobierno respaldado por Estados Unidos, derivaron en una insurgencia sunita. El “Despertar Sunita”, como se lo conoció, representó un desafío a la estabilidad política iraquí y a los objetivos norteamericanos vinculados al país.

Entre el 2004 y el 2007 los árabes sunnitas llevaron adelante operaciones de carácter civil y militar en contra del nuevo orden dominado por los chiitas, como también en rechazo a la ocupación norteamericana (Hashim, 2009). Dicha comunidad se rebeló contra la Autoridad de la Coalición Provisional -CPA-, que empoderaba a los chiitas en detrimento de su propia población sunnita. El fin que perseguía dicha minoría era entonces, expulsar a las fuerzas norteamericanas y recobrar el poder que solían poseer durante el régimen baazista.

Hacia el 2006 la insurgencia se transformó en un ‘conflicto sectario’ entre sunnitas y chiitas, que adquirió las características de una guerra civil. Las fuerzas de seguridad iraquíes no estaban en condiciones de poner fin al enfrentamiento por sí mismas. Ante dicha realidad, las tropas norteamericanas se involucraron en el conflicto, brindando apoyo al gobierno chiita en su objetivo de doblegar a la insurgencia. (Malkasian, 2008; Fearon, J, 2008).

En este contexto de escalada de la violencia, George W. Bush anunció una nueva estrategia de guerra que incluyó un “aumento” de tropas estadounidenses en Irak para combatir la insurgencia y sacar a Irak del borde de la guerra civil. En consecuencia, el presidente desplegó alrededor de 21.000 tropas adicionales en Bagdad. De modo que, para Octubre del 2007, aproximadamente 171.000 soldados norteamericanos se encontraban en Irak, junto a 12.000 de otras naciones. Los nuevos efectivos se desplegaron en Bagdad, capital del país, y en su área circundante, en donde los combates hacia la resistencia fueron más intensos

Además, Estados Unidos lanzó la “*Operación Phantom Phoenix*”, una importante ofensiva nacional contra las guerrillas de Al-Qaeda, y otras fuerzas insurgentes sunnitas. En el marco de la operación, dos bombarderos B-1 y cuatro aviones de combate F-16 atacaron más de 40 objetivos de Al-Qaeda (Graff, 2008). La insurgencia no era homogénea, y gran parte del componente sunnita de la misma se oponía también a las acciones del grupo terrorista. Sin embargo, los beligerantes compartían un objetivo común: expulsar a las fuerzas foráneas de Irak y a las fuerzas chiitas del gobierno.

La ayuda de las fuerzas norteamericanas fue central para que el gobierno iraquí ponga fin al “Despertar Sunnita”. Las atrocidades perpetradas por las fuerzas militares y policiales iraquíes acentuaron la disputa entre sunnitas y chiitas. El apoyo norteamericano brindado al gobierno contribuyó a la impunidad del gobierno iraquí y a los sentimientos de victimización y opresión

por parte de los sunitas. En otras palabras, el accionar de las fuerzas de ocupación norteamericanas fue un factor central a la hora de profundizar el sectarismo durante el período en cuestión.

Una vez terminada la guerra civil, la dinámica del vínculo estadounidense-iraquí comenzó a cambiar. En este sentido, en noviembre del 2008 Irak y Estados Unidos firmaron un acuerdo, conocido como “Acuerdo sobre el Estatuto de las Fuerzas entre Estados Unidos e Irak”, mediante el cual Washington se comprometía a terminar sus patrullajes en las calles iraquíes para mediados del 2009 y a retirar la totalidad de sus fuerzas para fines del 2011.

La implicancia fundamental del acuerdo era que permitía a las fuerzas norteamericanas permanecer en Irak durante otros tres años. De ahí que dicho documento se haya enfrentado a una gran resistencia por parte de la población iraquí. Parte de la sociedad salió a las calles al grito de “¡Sí, sí Irak!, ¡No, no a la ocupación!”. Los manifestantes incluso quemaron banderas de Estados Unidos, con la vana esperanza de evitar la firma del acuerdo (Ibrahim, 2009). Ello denota que, una vez más, la presencia norteamericana aumentó la polarización al interior de la sociedad iraquí.

2.1.2 La retirada norteamericana

En cumplimiento con el “Acuerdo sobre el Estatuto de las Fuerzas entre Estados Unidos e Irak”, en febrero del 2009 el presidente Barack Obama anunció que comenzaría a ejecutar la culminación de la misión estadounidense en Irak. Durante ese año, comenzó un repliegue parcial de tropas, restando tan sólo 50.000 efectivos hacia el 2010, que actuarían en calidad de consejeros y entrenadores de las fuerzas iraquíes.

Entre los motivos que fomentaron la retirada norteamericana de Irak se destaca el elevado número de bajas norteamericanas, durante la “Guerra de Irak”. Acorde al Pentágono, alrededor de 4.500 militares americanos fueron asesinados desde la invasión del 2003. El conocimiento de dichas cifras impulsó una demanda por parte de la sociedad norteamericana, respecto al regreso de sus compatriotas a suelo estadounidense (Al-Jazeera, 2011).

De manera similar, al interior de la sociedad iraquí, e incluso de las élites políticas, comenzaron a surgir divergencias respecto a la conveniencia de mantener la presencia norteamericana. Sin embargo, la razón primordial que fomentó la retirada norteamericana fue la negativa del gobierno iraquí, liderado por Nouri-Al Maliki, de garantizar inmunidad a las tropas estadounidenses. Washington exigía inmunidad respecto al enjuiciamiento en los tribunales iraquíes, algo que Al-Maliki no estaba dispuesto a otorgar, lo cual operó como un factor decisivo.

Consecuentemente, en octubre del 2011, Barack Obama declaró el fin de la guerra de Irak y anunció que todas las tropas restantes serían retiradas de Irak antes del fin del año. En sus palabras, “After nearly nine years, America’s war in Iraq will be over” (The Guardian, 2011). Finalmente, la evacuación fue completada, acorde a lo previsto, en diciembre del 2011.

No obstante, la ansiada evacuación norteamericana no trajo los resultados esperados por parte de la sociedad iraquí. De hecho, acorde a múltiples autores (Al-Jabouri, 2009; Bamber, 2021; Knights, 2014; Mousavi 2020) la retirada norteamericana de Irak, hacia el 2011, generó un aumento de las tensiones sectarias. En palabras de Bamber (2021): “The withdrawal of US interests furthermore contributed to an explosion of Iraqi sectarianism, as their presence had ‘acted as a stopgap on sectarianism” (pp.3).

Estados Unidos se retiró de Bagdad en el 2011 a sabiendas de que el aparato estatal y las fuerzas de seguridad se encontraban infestadas de influencias sectarias, y que aprovechaban su autoridad para oprimir a otras comunidades, como los sunitas. Las tensiones entre los sunitas y los chiitas se encontraban lejos de ser resueltas al momento de la evacuación.

A pesar de que el respaldo norteamericano fortalecía al gobierno de Al-Maliki, también operaba como un freno ante sus abusos sectarios. La salida norteamericana dejaba entonces al gobierno una mayor libertad para desarrollar sus políticas sectarias, sin límites, exento de la vigilancia del hegemon.

Por otra parte, el repliegue generó un vacío de seguridad, que dejó a Irak vulnerable a intervenciones por parte de otros actores. Como se indicó en numerosas ocasiones, tras la invasión norteamericana las fuerzas de seguridad iraquíes quedaron sumamente debilitadas e imposibilitadas de garantizar la protección de la población iraquí. Las fuerzas de ocupación

norteamericanas habían operado, en gran medida, como garantes de dicha seguridad, actuando de manera conjunta a dichas instituciones iraquíes. De modo que, tras la evacuación estadounidense, surgió un vacío de seguridad, e incluso de poder, que las autoridades iraquíes no estarían capacitadas para cubrir.

La República Islámica de Irán fue uno de los actores que ocupó gran parte del vacío dejado por las fuerzas estadounidenses. Desde el repliegue norteamericano, Teherán aumentó su ayuda en términos monetarios, logísticos y securitarios hacia el gobierno iraquí, transformándose en su principal aliado.

Durante décadas, la República Islámica de Irán había buscado disminuir la injerencia del “Gran Satán”, como denominaba a Estados Unidos, en Irak. De ahí que la retirada norteamericana haya resultado funcional a los objetivos iraníes, permitiéndole librarse del mayor obstáculo que encontraba para ejercer una mayor influencia en las dinámicas de su vecino iraquí.

Una vez que Washington se encontró fuera del tablero iraquí, Irán redobló sus vínculos con los actores chiitas iraquíes, lo cual coadyuvó a que se produzca un aumento de las tensiones sectarias en Bagdad. Al mismo tiempo, el vacío de poder que surgió tras la retirada precipitada de Estados Unidos fue visto como una oportunidad por parte de otro actor: el Estado Islámico. De hecho, autores como Mousavi (2020) consideran que una de las causas más importantes para el asentamiento del EI en Irak fue el repliegue norteamericano. Ello se debe a la mencionada imposibilidad de las fuerzas iraquíes de garantizar la seguridad del Estado por sí mismas. Sin el apoyo norteamericano, las endeblez fuerzas iraquíes no lograron resistir a la ofensiva terrorista y su resistencia fue superada rápidamente.

2.2 Las elecciones parlamentarias de 2010

Históricamente, las elecciones en Irak han sido vistas por los distintos grupos etno-sectarios como una instancia para ampliar sus privilegios al interior del país. Por ese motivo, los comicios han operado como agravantes de las divisiones preexistentes en la sociedad, convirtiéndose en épocas de auge del sectarismo.

En efecto, las elecciones parlamentarias de Irak del 2010 fueron uno de los sucesos que profundizaron la fractura entre sunitas y chiitas iraquíes. Estas elecciones fueron particularmente importantes, en tanto coincidieron con el proceso de retirada de las tropas norteamericanas de Irak. La relevancia radica en que el gobierno que surgiese de dichas elecciones, debería liderar al país de manera autosuficiente, sin el soporte del hegemon norteamericano, del cual Bagdad había gozado durante años. Quizás aún más importante es que, a causa de la retirada norteamericana, el gobierno electo tendría una mayor libertad para actuar sin condicionantes (Smith, 2010).

A continuación, se describe el contexto previo y la evolución de dicha instancia electoral, con miras a analizar en qué manera operó como un agravante del sectarismo. A los fines prácticos, se dividirán los sucesos en tres partes: el escenario político previo, el bloqueo parlamentario, y la conformación de un nuevo gobierno iraquí.

2.2.1 El escenario político camino a las elecciones

El 7 de marzo de 2010 tuvieron lugar en Irak elecciones parlamentarias. Los comicios estaban previstos para enero de dicho año, empero, por desacuerdos respecto al sistema de votación se postergaron cinco semanas. Por primera vez, se había adoptado un sistema de lista abierta, lo cual brinda mayor poder a los votantes individuales, en tanto les permitiría expresar su preferencia por una lista, y luego por un candidato particular al interior de ésta (Hiltermann, 2010).

En las elecciones del 2010 se decidió quienes serían los 325 miembros del Consejo de Representantes; órgano encargado de formar el nuevo gobierno. El parlamento debería elegir a un presidente, quien a su vez designaría un Primer Ministro, el cual tendría la difícil labor de formar un gobierno que integre a las distintas comunidades etno-sectarias del país.

Los partidos se organizaron en coaliciones que reflejaban el mosaico de actores existentes al interior de Irak. Entre los grupos más importantes que compitieron en la contienda electoral se destacaron: la Coalición del Estado de Derecho; la Alianza Nacional Iraquí; Iraqiya; y la Alianza Kurda.

La Coalición del Estado de Derecho y la Alianza Nacional Iraquí solían formar un único frente, denominado Alianza Unida Iraquí. Ésta última ganó las elecciones del 2005 y dio lugar al gobierno liderado por Nouri al-Maliki. No obstante, hacia el 2009 la Alianza Unida Iraquí se desagregó en los dos frentes mencionados.

Por un lado, se encontraba la Coalición del Estado de Derecho, liderada por el Primer Ministro chiíta, al-Maliki. Su intención fue presentar a la coalición como una alianza no sectaria, de carácter nacionalista. No obstante, pese a dicha narrativa, los iraquíes observaban a la Coalición con lentes sectarios, como un frente funcional a los intereses chiítas. En efecto, al-Maliki no logró incorporar a su alianza a partidos o figuras sunitas y kurdas de gran relevancia. Incluso los miembros no chiítas de su propio gabinete decidieron no formar parte de la coalición.

Por otra parte, se conformó la Alianza Nacional Iraquí, encabezada por Ammar Hakim. Se trató de una coalición de partidos principalmente chiítas, compuesta por miembros del Consejo Supremo Islámico de Irak, la Organización Badr y el Movimiento Saadrista, entre otros.

La población sunita respaldó a otra coalición, conocida bajo el nombre de Iraqiyya, también denominada Movimiento Nacional Iraquí. Se trataba de un grupo secular e inter-confesional, liderado por Ayad Allawi, un ex-Primer Ministro de identidad chiita que había logrado atraer a grupos de distintas confesiones con su discurso nacionalista. Precisamente, dicha capacidad de atracción le permitió constituirse en el principal rival para la coalición de al-Maliki.

Finalmente, la población Kurda se alineó detrás de la Alianza Kurda. Este frente aglutinaba a los dos partidos kurdos más importantes del país: la Unión Patriótica del Kurdistán (PUK), liderada por el entonces presidente Iraquí Jalal Talabani, y el Partido Democrático Kurdo (KDP), encabezado por Massoud Barzani, presidente del gobierno regional kurdo (Smith, 2010).

Desde sus inicios las elecciones estuvieron viciadas por el sectarismo. Durante la campaña electoral, la propaganda política estuvo atravesada por mensajes sectarios. Acorde a NBC News (2010), “Already, campaigning for the election is showing a sectarian slant, with banners and posters by candidates from both sides of the sectarian divide delivering thinly veiled sectarian barbs” (pp.4).

Aún más, el día del inicio de la campaña electoral, 13 de febrero, distintos líderes sunitas fueron víctimas de una serie de ataques con explosivos. La primera bomba golpeó la oficina política de Saleh al-Mutlaq, líder sunita perteneciente a la coalición Iraqiyya. La segunda bomba, se dirigió a un edificio situado al oeste de Bagdad, que albergaba a académicos sunitas y candidatos electorales de dicha comunidad. La tercera, tuvo como blanco de ataque a la sede de la Alianza Nacional y a sus líderes chiítas.

El sesgo sectario quedó en evidencia antes del inicio de los comicios, tras un fallo emitido por la Comisión de Rendición de Cuentas y Justicia -JAC por sus siglas en inglés-, mediante el cual prohibió la participación de 511 candidatos y quince partidos en las elecciones venideras. Si bien la lista contenía a representantes chiitas, pertenecientes a listas seculares, la mayoría de las figuras y partidos que se encontraban proscritos eran sunitas (Smith, 2010).

Los candidatos proscritos apelaron en la corte la decisión de la JAC. Sin embargo, dicha acción no logró los resultados esperados: el órgano judicial dictaminó que 145 candidatos continuaban fuera de la ley y reinstauró en la carrera electoral tan solo a 26 representantes. Los aproximadamente 300 líderes restantes ya habían aceptado, para ese entonces, su inhabilitación.

El motivo alegado por la JAC fue que dichas figuras y entidades tenían vínculos con el partido baazista. Para responder a las acusaciones de sectarismo, desde la entidad se justificó el fallo apoyándose en el ambiguo artículo 7 de la Constitución Iraquí que lee:

No entity or program, under any name, may adopt racism, terrorism, the calling of others infidels, ethnic cleansing, or incite, facilitate, glorify, promote, or justify thereto, especially the Saddamist Baath in Iraq and its symbols, regardless of the name that it adopts. This may not be part of the political pluralism in Iraq. This will be organized by law (Kaysi y Ottaway, 2010, pp.2).

El dictamen no resulta sorprendente teniendo en cuenta que la JAC surgió como la continuación de la Comisión de Des-baazificación. Como se indicó previamente, ésta última fue un órgano creado por la administración interina norteamericana, con el objetivo de prohibir a todos los antiguos miembros del partido baazista participar del proceso político. En otras palabras, la des-baazificación fue una herramienta política instrumentalizada por el gobierno iraquí para mantener a la población sunita lejos del poder político.

La JAC continuaría el objetivo de la Comisión de Des-baazificación e incurriría en los mismos vicios. Aquella entidad ha sido criticada por seguir una agenda sectaria, debido a sus vínculos con los distintos partidos chiítas iraquíes. Aún más, se ha denunciado que la República Islámica de Irán ejerce una gran influencia entre sus miembros, condicionando sus decisiones. Las alegaciones se sustentan en que la Comisión se encuentra liderada por Ali al-Lami, un chiíta que estuvo bajo custodia norteamericana entre el 2005 y el 2006, por la supuesta asistencia brindada a agentes iraníes en Irak (Katzman, 2011).

Por estos motivos, la decisión de la JAC de proscribir a centenas de candidatos fue vista por parte de la población sunita como una estrategia sectaria del gobierno iraquí para debilitar a los líderes de dicha comunidad. En efecto, entre las figuras suspendidas se encontraban destacados representantes sunitas. Uno de estos era el entonces Ministro de Defensa, Abdul-Kader al-Obeidi, un antiguo baazista, quien cambió sus lealtades en la década de 1990, volviéndose un detractor del régimen de Hussein (Smith, 2010).

Saleh al-Mutlaq fue otra de las figuras descalificadas, junto a Dhafir al-Ani, quienes eran el segundo y tercer candidato, respectivamente, de la lista del partido Iraqiyya. Dicha coalición fue la más afectada por las prohibiciones de la JAC, puesto que dos de sus líderes se encontraban imposibilitados de presentarse a los comicios. Además, ambas figuras eran representantes políticos sunitas de gran relevancia en el seno de la comunidad, por lo que su exclusión del proceso político enardeció al grupo (Smith, 2010).

La cólera empeoró cuando se incluyó en la lista al Frente Iraquí del Diálogo Nacional, uno de los partidos sunitas más importantes al interior de Iraqiyya, liderado por al-Mutlaq. A causa de la prohibición, al-Mutlaq anunció que su partido boicotearía las elecciones, y llamó a los sunnitas iraquíes a unirse a dicha acción. Su frente contaba en ese entonces con 11 escaños, siendo el segundo bloque sunita más grande en el parlamento, por lo que la adopción de una estrategia de boicot aumentaría notablemente las tensiones sectarias (NBC News, 2010).

El partido sunita que protestó las proscripciones electorales con mayor vehemencia fue el Partido Iraquí Islámico. Este grupo realizó una serie de acciones violentas que lo alejaron de la posición más moderada adoptada por sus homólogos, e incluso utilizó la protesta como un elemento para aumentar su atractivo (Kaysi y Ottaway, 2010).

En este contexto, el compromiso de la población sunita con el proceso político se vio en riesgo. Si bien el boicot propuesto por alguno de los líderes sunitas no se materializó, la percepción de que las elecciones eran injustas e ilegítimas invadió a la población sunita (Katzman, 2011).

De esa manera, comenzó un ciclo de violencia sectaria que se trasladó a las calles. En vísperas de las elecciones se registraron ataques en los colegios electorales, que continuaron el día de los comicios. En dicha ocasión, los ataques derivaron en la muerte de, al menos, 38 iraquíes (Smith, 2010). El resultado fue una disminución en la participación electoral, a comparación de años anteriores, tanto por el temor de los votantes a ser objeto de agresiones, como por la desilusión de los iraquíes respecto a la política.

2.2.2 El bloqueo parlamentario

Los comicios resultaron en una victoria parcial de Iiraqiyya, el grupo encabezado por Allawi. Ésta coalición logró hacerse con 91 escaños, convirtiéndose en la agrupación más grande al interior del Consejo de Representantes. El segundo lugar era ocupado por la Coalición del Estado de Derecho, encabezada por al-Maliki, con un total de 89 escaños. Por su parte, la Alianza Nacional Iraquí ocupó el tercer lugar, obteniendo 70 escaños. Finalmente, los partidos kurdos obtuvieron 43 escaños.

El Artículo 73 de la Constitución indica que el bloque que posea el mayor número de escaños posee la primera oportunidad de formar un gobierno. En virtud de ello, Allawi demandó que se le brindara la oportunidad de formar un gobierno. Sin embargo, este derecho no le fue concedido y su bloque tampoco logró recolectar el apoyo de los bloques chiítas para tal fin.

El panorama resultaba aún más complejo considerando que los grupos sunitas al interior de la coalición Iiraqiyya se rehusaban a todo compromiso que implique respaldar un nuevo gobierno encabezado por al-Maliki. En particular, temían las consecuencias que un segundo mandato de al-Maliki traería aparejadas para su comunidad, sin la presencia norteamericana que solía moderar sus prácticas sectarias (Katzman, 2011).

De esta manera, comenzó una etapa marcada por la imposibilidad de lograr un acuerdo entre las distintas alianzas para arribar al “mágico número” de 163 escaños, que se necesita para formar un gobierno. Cada facción buscaba obtener la mayor cantidad de concesiones por parte de quien encabezase el gobierno entrante. En palabras de Antony Shadid,

And so Iraq’s politicians settled into a long summer of bullying and flirting, brinkmanship and bargaining, all aimed at creating a coalition government with the minimum of 163 members needed to gain a majority in Parliament and name the next prime minister (2011, pp.1).

La tensión existente entre las élites se trasladó a la población, que no dudó en manifestar su descontento en las calles, avivando el sectarismo. De esta manera, hacia fines de abril, se sucedieron una serie de bombardeos en la ciudad de Sadr, un área chiíta en Bagdad, que resultaron en la muerte de 60 iraquíes (Smith, 2010). En mayo, se registraron 23 incidentes en la capital que causaron alrededor de 100 muertes, entre las cuales había víctimas de ambas confesiones.

Aún más, debido a la derrota parcial de su coalición, al-Maliki reforzó las prácticas autoritarias y sectarias, tensionando el ya endeble equilibrio existente entre las distintas confesiones. Ante el temor de verse obligado a abandonar el poder, desde el gobierno alentó la adopción de acciones destinadas a purgar a la comunidad sunita de la arena política, sobre todo a aquellos tras las filas de Allawi (Bamber, 2021).

Un ejemplo de dichas prácticas fue la decisión del gobierno de investigar a los candidatos sunitas que obtuvieron escaños parlamentarios tras la victoria de Iraqiyya. Dichas figuras, se convirtieron en objeto de investigación y algunos de ellos fueron recluidos en un régimen de incomunicación, en una cárcel de Bagdad. Otros se vieron obligados a exiliarse temporalmente ante el temor de las consecuencias que enfrentarían de continuar en el país (NBC News, 2010).

Acorde a los críticos de al-Maliki, el Primer Ministro chiíta utilizó las fuerzas de seguridad del Estado y los tribunales para eliminar a sus rivales políticos, especialmente a los sunitas, en un esfuerzo por doblegar a la coalición Iraqiyya triunfante. Ello quedó en evidencia posteriormente, cuando utilizó su influencia sobre los miembros del Poder Judicial para ordenar el arresto de su propio vicepresidente sunita, Tarik al-Hashimi, alegando cargos de terrorismo, o una redada en el hogar de su Ministro de Finanzas.

Las acciones explícitamente sectarias y opresivas de al-Maliki fueron el detonante para los sunitas. Las inhabilitaciones promulgadas por la JAC, la falta de voluntad política para permitirle a Allawi formar un gobierno, junto a la persecución ordenada por el gobierno iraquí a los representantes sunitas, generaron un aumento de la frustración de los sunitas para con el sistema político vigente.

El conjunto de los hechos mencionados le permitió a la comunidad sunita tomar conciencia de la dificultad de lograr cambios a través del canal político, en un sistema sectario y corrupto como lo era el iraquí. Desde entonces, los sunitas dejaron de privilegiar las soluciones institucionales, como la contienda electoral, y comenzaron a adoptar otras más radicales. Ciertamente, volcaron sus reclamos a las calles y recurrieron crecientemente a estrategias como las protestas o los ataques, para reclamar por sus derechos políticos y civiles.

Asimismo, estas razones explican que los sunitas hayan sido permeables a la narrativa del Estado Islámico, y coadyuvado en su asentamiento geográfico. En virtud de la falta de resultados a través del canal político, recurrir a una alternativa anti-estatal y no institucional, como lo era el grupo terrorista, parecía la única opción restante.

Mansour ilustra dicha desilusión a través de las siguientes palabras:

Many Sunnis believe that these policies instigated Sunni Arab oppression (muthloomiya) and caused today's disengagement, which is based on a lack of trust in the Shia-dominated central government. In just a few years, Maliki undid all the gains that were accomplished during the Sunni Awakening. This overcentralization partly facilitated the perfect storm for the Islamic State to rise from obscurity and seize control of Mosul and other provinces (2016, pp. 9).

2.2.3 El fin del bloqueo y el surgimiento de un nuevo gobierno

Luego de ocho meses de negociaciones, en noviembre del 2010 se formó un nuevo gobierno. El bloqueo fue superado, en parte gracias a la intervención norteamericana e iraní. En efecto, el respaldo a Al-Maliki situó a Washington y a Teherán en la misma vereda, reforzando su posición. Gracias al involucramiento iraní, al-Maliki recibió el apoyo de gran parte de los

líderes chiitas leales al clérigo al-Sadr, lo que le garantizó los votos necesarios para asegurarse otro término como primer ministro (Cepoi y Lazar, 2013). De manera similar, tras una conversación con el entonces presidente norteamericano, Barack Obama, Allawi también accedió a redirigir el apoyo de su bloque hacia la Coalición del Estado Derecho (Katzman, 2011).

El resultado fue un compromiso entre las distintas facciones etno-sectarias, que luego debía oficializarse en el recinto del Consejo de Representantes. El acuerdo, hasta el momento de carácter informal, implicaba un segundo mandato para Talabani como Presidente, quien a su vez designaría nuevamente a al-Maliki, como Primer Ministro.

A cambio de ello, se acordaron ciertas ganancias para Iraquiyya. En primer lugar, se estableció que se crearía un nuevo Consejo de Seguridad, y que éste sería encabezado por el líder de la coalición, Allawi. Asimismo, se acordó que Usama al-Nujaifi, otro representante de Iraquiyya, sería nombrado presidente del Consejo de Representantes. De manera similar, Rafi al-Issawi, miembro destacado de la coalición, fue designado Ministro de Finanzas. Finalmente, se accedió a readmitir a tres miembros de Iraquiyya que habían sido proscritos por la JAC, siendo uno de ellos Saleh al-Mutlaq, quien luego se convertiría en Vice Primer Ministro de Irak (Katzman, 2011)

Este último aspecto sería objeto de conflicto ya que, llegado el momento, el gobierno iraquí no cumplió la promesa de readmitir a los miembros de Iraquiyya, inhabilitados para participar en política. En efecto, más de 60 miembros del frente Iraquiyya abandonaron precipitadamente una reunión del Consejo de Representantes, tras afirmar que el acuerdo que tenían con el gobierno entrante no estaba siendo respetado, en tanto tres de los miembros más importantes del partido no habían sido reintegrados al sistema político, como se prometió (DW, 2011).

A pesar de dicha huelga de Iraquiyya, la sesión parlamentaria continuó y los representantes eligieron a Talabani, acorde al compromiso contraído. Tras su reelección Talabani se expresó, frente al parlamento, de la siguiente manera: "Hoy es el día de la victoria. La victoria de la verdadera voluntad iraquí" (BBC, 2010). Siguiendo lo acordado por las élites políticas, Talabani designó a Nouri al-Maliki como Primer Ministro y le entregó la tarea de formar un gobierno. Finalmente, el 21 de diciembre del 2010, Nouri al-Maliki presentó su gabinete al Consejo de Representantes, recibiendo la aprobación de este último.

2.3 La guerra en Siria

La guerra en Siria fue un conflicto armado que comenzó en el 2011 a partir de una serie de protestas hacia el régimen sirio, y mutó hasta adquirir las características de una guerra civil, con la participación de actores locales, regionales y extrarregionales.

El conflicto sirio generó importantes repercusiones a nivel regional e internacional, e Irak no ha sido la excepción. Este suceso, que aconteció al otro lado de la frontera, profundizó la fractura entre los sunitas y los chiitas iraquíes. Estos grupos vieron en el conflicto sirio un escenario ulterior de disputa de poder, y generaron una hermandad sectaria transnacional con sus pares sirios.

Resulta conveniente pasar revista al origen y posterior evolución de la denominada guerra en Siria, para luego analizar en profundidad de qué manera dicho suceso repercutió en las dinámicas sectarias iraquíes.

2.3.1 Origen y evolución del conflicto sirio

El origen de la guerra en Siria coincide con la Primavera Árabe, un proceso transnacional marcado por una ola de protestas que sacudió a diversos países de la región de Medio Oriente. En las revueltas, los manifestantes reclamaban por cambios políticos que dieran respuestas a la frustración, la corrupción y la opresión de la que eran objeto cotidianamente. Pese a las especificidades de cada proceso particular, había un reclamo generalizado por una democracia más plena, que incluyese no sólo mayores libertades políticas, sino también mayores posibilidades económicas (Paredes Rodriguez, 2021).

Siria se constituyó en uno de los países de la región más afectados por la Primavera Árabe. En dicho contexto, la población siria se movilizó, inicialmente de manera pacífica, en contra del gobierno encabezado por Bashar Al-Assad. El detonante fue el arresto, la tortura y el posterior asesinato de un adolescente, que realizó grafitis con mensajes contrarios al régimen. Dicha tragedia marcó el comienzo de una ola de revueltas, cuya primera manifestación tuvo lugar el 15 de marzo de 2011 (Norman, 2015).

Las manifestaciones aglutinaban un conjunto de demandas de diversa naturaleza, entre las que se destacaba la demanda por la democratización del régimen. El gobierno encabezado por Al-Assad se presentaba a sí mismo como democrático, permitiendo la participación controlada de algunos partidos políticos y las elecciones periódicas. Sin embargo, pese a dicha fachada democrática, se trataba de un régimen autoritario, absolutista, en el que no existía el pluralismo político.

A la falta de democracia, se sumaba el elemento sectario, que aumentaba el descontento de gran parte de la población. El Presidente sirio pertenece a una minoría religiosa denominada alauita, una rama chiíta que representa tan solo un 11% de la población del país. Al contrario, la mayoría de la población -alrededor de un 70%- se percibe como sunita. Por lo tanto, en Siria hay una minoría -los alauitas- que gobiernan sobre una mayoría -los sunitas-. (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2015).

Con el correr del tiempo, las protestas se extendieron a lo largo del país y adquirieron una mayor efervescencia. El gobierno sirio respondió a las revueltas con el uso de la fuerza. Al percibir que su propia seguridad se encontraba en riesgo, Al-Assad adoptó una solución militar, que se tradujo en una brutal represión de los manifestantes. El gobierno sirio encarceló, torturó a miles de manifestantes, y asesinó a otros tantos. Acorde a Middle East Eye (2015), más de 133.000 personas fueron asesinadas en manos de fuerzas leales al Presidente entre 2011-2015. Un 88% de ese total, estaría compuesto por civiles, incluyendo a niños y mujeres.

La violencia estatal llegó a uno de sus puntos máximos en agosto de 2013, cuando Bashar Al-Assad empleó armas químicas en un ataque perpetrado en el área Ghouta Oriental. Se trataba del gas sarín, el cual posee un potencial mortal en tanto opera sobre las transmisiones nerviosas a los órganos vitales. La oposición siria acusó al gobierno de haber utilizado además proyectiles de fósforo blanco; un elemento que se encuentra prohibido por la Convención de Armas Químicas, un tratado internacional que restringe el uso de dichas armas (Fisk, 2013; Kertzman, 2013). Durante dicho ataque, alrededor de 1.400 personas resultaron asesinadas (Norman, 2015).

A fin de cuentas, lejos de haber propiciado un cambio político, la revuelta siria generó un reforzamiento de los rasgos tiránicos y abusivos del gobierno. En palabras de Álvarez-Ossorio Alvariño:

La denominada Primavera Árabe en Siria no se ha traducido, por lo tanto, en un cambio político ni en una apertura democrática. Ha ocurrido más bien lo contrario, puesto que el régimen ha optado por enroscarse en su autoritarismo e intensificar la represión (2015, pp.158).

La contracara de la violencia estatal fue una radicalización de la insurrección. De esta manera, las protestas pacíficas se radicalizaron y adoptaron la violencia como regla. Para ese entonces, la Primera Árabe siria se había transformado en una verdadera guerra civil.

La mayor parte de la insurgencia siria estaba integrada por sunitas procedentes de zonas agrícolas o de suburbios urbanos, afectados por las reformas económicas impulsadas por el gobierno de Al-Assad. Con el correr del tiempo, la oposición se amplió para incluir a un mosaico de diversos actores. Entre estos actores se destacan: el frente *Jabhat al-Nusra* (una filial de Al-Qaeda en Siria) el Ejército Libre Sirio (ELS); tribus sunitas iraquíes; etc. Por encima de sus motivaciones particulares, todos ellos coincidían en el objetivo de deponer al régimen encabezado por Bashar al-Assad.

De modo que, la guerra siria no comenzó siendo un conflicto sectario, pero con el correr del tiempo se transformó en uno. El carácter sectario quedó en evidencia con los atentados contra los santuarios chiitas sirios, como el de Sayyda Zainab.

Aún más, los apoyos regionales que recibió cada bando denotaron la naturaleza sectaria del conflicto. Los países de mayoría sunita, como Arabia Saudita, Qatar o Turquía, intervinieron a favor de la oposición siria. Al contrario, la República Islámica de Irán se convirtió en uno de los principales sostenes del gobierno alauita-chiita de Al-Assad, a quien veía como un aliado vital por compartir una identidad sectaria similar. Teherán le proporcionó al gobierno sirio armamento, asesoramiento militar y logístico, como también grandes cantidades de combatientes leales al régimen.

En este contexto de guerra civil, se generó un vacío de poder que fue aprovechado por grupos terroristas para ganar terreno en Siria. En efecto, el Estado Islámico logró asentarse geográficamente en el país y extender sus operaciones en la región del Levante.

2.3.2 El legado de la guerra: el sectarismo transnacional

Las consecuencias de la guerra en Siria se han extendido más allá de Damasco, a lo largo de la región de Medio Oriente, e Irak no ha sido la excepción. El conflicto sirio presentó a Bagdad una serie de desafíos económicos, securitarios y políticos. En particular, la guerra siria afectó las dinámicas sectarias iraquíes, profundizando las tensiones entre la población sunita y chiita del país.

En virtud del conflicto, miles de iraquíes sunitas y chiitas se unieron a las fuerzas que luchaban en Siria, a favor o en contra del régimen de Bashar al-Assad. Ambas comunidades vieron la guerra que sucedía tras la frontera, con los mismos lentes sectarios con los que observaban el conflicto al interior de su propio país. Más aún, los iraquíes comenzaron a considerar que la guerra siria era una prolongación de la lucha sectaria al interior de Irak.

Por esta razón, un gran número de iraquíes sunitas traspasaron la frontera para ayudar a la oposición siria a derribar al gobierno alauita-chiita encabezado por Bashar Al-Assad. Los miembros de las tribus sunitas que previamente se habían alzado contra la ocupación norteamericana, levantaban ahora sus armas contra el régimen sirio que oprimía a sus hermanos sunitas.

Por otra parte, los grupos sunitas radicales como Al-Qaeda en Irak, enviaron a sus miembros a apoyar a sus contrapartes sirias, como lo es el Frente Al-Nusra. Además de enviar combatientes, éstos grupos proveyeron a la oposición siria con armas, municiones y logística, aumentando sus capacidades. (Recknagel y Ali Mandi 2013). Ello le permitió al régimen sirio ligar a la mayoría suní del país al yihadismo, argumentando que las revueltas eran protagonizadas por criminales y terroristas

La participación de dicha comunidad en el conflicto sirio fue motivada por la lealtad sectaria y la piedad religiosa. Las imágenes de la represión del gobierno hacia la insurgencia siria,

mayormente conformada por sunitas, despertó sentimientos de indignación e ira en sus pares iraquíes. Éstos últimos vieron en las acciones de Al-Assad una réplica de la opresión que sufren en manos de su propio gobierno, lo cual motivó la solidaridad sectaria transnacional (Murphy, 2012).

Además, los sunitas iraquíes vieron en el conflicto sirio una oportunidad. El triunfo de la insurgencia siria representaría la posibilidad de un cambio de poder a nivel regional, y una mejor posición relativa para los sunitas en la zona. Aún más, una victoria semejante brindaría a los sunitas la confianza suficiente para iniciar un proceso de sublevación similar replicado al interior de Irak y lograr un cambio de régimen favorable a su propia comunidad. En pocas palabras, la guerra en siria simbolizaba la esperanza de un cambio respecto a las condición de discriminación, opresión y exclusión a las que estaban sometidos los sunitas de Irak.

El objetivo de los sunitas iraquíes era entonces derribar al gobierno del presidente Bashar al-Assad. Dicha intención se oponía a los intereses de los chiitas, quienes se veían favorecidos por la presencia de un ala -rama ligada al islam chií- en el Poder Ejecutivo. De ahí que, ante la posibilidad de que el gobierno de Al-Assad sea destronado, se haya generado una una solidaridad chiita transnacional.

La República Islámica de Irán ejerció un rol fundamental en la conformación de dicha solidaridad sectaria. Teherán apeló a la hermandad chiíta para impulsar un proceso de reclutamiento de chiítas a lo largo de la región, dispuestos a defender el régimen sirio. De esta manera, logró enrolar en un combate ajeno a una pluralidad de musulmanes chiítas, entre los que se destacan los iraquíes, por ser los más numerosos (Smyth, 2015).

Las milicias chiitas iraquíes, apoyadas por la República Islámica de Irán, se involucraron rápidamente en el conflicto sirio. Entre dichos actores se destaca la participación de Asaib Ahl al-Haq (AAH); Organización Badr; Faylaq Waad al-Sadiq (FWS), etc. Todos estos actores operan como proxys de Irán, por lo que no resulta sorprendente que hayan desplegado sus tropas en Siria con gran celeridad, siguiendo los deseos de Teherán.

Además, se conformaron grupos nuevos, cuyos miembros son principalmente oriundos de Irak, dispuestos a participar del conflicto sirio. Uno de los casos más destacables es el del grupo denominado *Liwa Abu Fadl al-Abbas* -Lafa por sus siglas e ingles-. Lafa actuó dentro de

las filas pro-assad y se constituyó en una de las milicias más importantes del conflicto (Smyth, 2015). Su objetivo oficial era proteger los santuarios sagrados de Siria, como el emblemático Sayyida Zeinab. No obstante, también ha actuado en otros diversos escenarios, ante la necesidad del gobierno sirio de contar con tropas adicionales.

El ingreso de los chiitas iraquíes al conflicto sirio puede ser analizado desde múltiples aristas. En primer lugar, es necesario retomar la ya-mencionada idea de una solidaridad chiita transnacional. Se trata de un mensaje que ha sido instrumentalizado por distintos gobiernos, y en particular por la República Islámica de Irán, con miras a involucrar a los chiitas de la región de Medio Oriente en el conflicto sirio. Para ello, se apeló a nociones como la de “hermandad”, o la de “un destino común”.

De modo que, el accionar de la República Islámica de Irán fue factor crucial a la hora de enrolar a las comunidades chiítas iraquíes en el conflicto sirio. Sin embargo, pese al rol de Irán como facilitador de la presencia iraquí en Siria, éste no fue el único motivo, ni el más importante. Acorde al reporte de Chatham House:

Although Iraqi Shia mobilization was spearheaded by Iran, the Iraqi Shias needed little persuasion to join the battle. For the fighters who volunteered to travel to Syria, it was an existential battle against the same forces they were fighting at home. (2015, p.3).

A decir verdad, los chiítas iraquíes no necesitaron una gran persuasión de Irán para unirse al combate tras la frontera. En otras palabras, tenían sus propias motivaciones que los impulsaron a defender al régimen de Al-Assad. Los chiítas temían que la victoria de la oposición siria generase un cambio del equilibrio de poder al interior del país, donde los sunitas obtengan una posición privilegiada. Como se mencionó, un resultado semejante podría brindar a los sunitas iraquíes la confianza para emular el accionar de la oposición en Siria, e intentar hacerse con el gobierno. Ello implicaría una vuelta a los tiempos del régimen baazista, cuando la minoría sunita iraquí excluyó y oprimió a la mayoría chiíta -ahora en el poder-.

De manera que, para los iraquíes, lo que estaba en juego en Siria, excedía la estabilidad del régimen de Al-Assad. Al contrario, aquello que veían en peligro era su propia supervivencia. Hadi al-America, líder de la Organización Badr, lo expresó de la siguiente manera: “People think we are fighting in Syria for Assad. What they don’t understand is that we are fighting in Syria for ourselves” (Chatham House, p.3).

Por otra parte, los chiítas iraquíes temían que sus hermanos sirios y sus lugares sagrados, sean atacados por la insurgencia. En efecto, tras el ataque al santuario chiíta Sayyda Zainab, en el 2016, más de 10.000 chiítas se apuntaron como voluntarios para combatir a la oposición y defender el santuario. Dicho complejo de mezquitas alberga la tumba de Sayyda Zainab, por quién lleva el nombre. Se trata de la hija del cuarto califa de los Rashidun, primer imán chií, y nieta del Profeta Mahoma de su hija Fátima (Abdul-Zahra y Shrek, 2012).

El ataque al santuario Sayyida Zainab despertó un amargo recuerdo para los chiítas iraquíes: el bombardeo del 2006 del santuario chiíta al-Aslari, en la ciudad iraquí de Samarra. En este sentido, los símbolos religiosos fueron uno de los factores fundamentales a la hora de reclutar chiítas para el combate en Siria.

Públicamente, los líderes de las milicias afirman que los chiítas iraquíes se movilizaron en Siria únicamente con el propósito de proteger los santuarios de dicha comunidad. No obstante, la presencia se extendió más allá del sur de Damasco, a lo largo de distintas zonas del país. Un indicador de ello han sido las identificaciones de cuerpos de chiítas iraquíes que fallecieron durante combates con la oposición siria, encontrados en zonas lejanas al distrito del templo Sayyda Zainab (Hauslohner, 2013).

El elevado nivel de involucramiento de los combatientes chiítas iraquíes en Siria, despertó dudas sobre una posible complicidad del gobierno iraquí encabezado por Nouri Al-Maliki hasta el 2014. El Primer Ministro adoptó una posición dual respecto al conflicto sirio. Públicamente, mantuvo una postura neutral, llamando al diálogo entre al-Assad y la oposición Siria. Incluso, en diciembre del 2011 indicó que estaba dispuesto y preparado para mediar entre el gobierno sirio y los opositores, con la intención de ayudar a poner fin a la violencia. Al-Maliki expresó también la necesidad de que Siria logre un compromiso respecto al reparto de poder, similar al sistema iraquí, para poder asegurar la estabilidad del país. Aún más, se manifestó a favor de los deseos del pueblo sirio de obtener reformas que garanticen mayores libertades y democracia (Reuters Staff, 2012).

Sin embargo, el accionar personal del Primer Ministro difería en gran medida de sus declaraciones oficiales. En la práctica, Nouri- al Maliki se posicionó como un soporte fundamental de Bashar al-Assad. El gobierno iraquí actuó de manera tal que su voluntad de lograr la permanencia del régimen sirio, quedó en evidencia.

La razón de dicho accionar es la misma que impulsó a los chiítas iraquíes al combate: Al-Maliki temía que la derrota de Al-Assad empodere a los sunitas Irak lo suficiente como para formar una oposición que logre derribarlo del poder. De acuerdo al European Council on Foreign Relations (2013): “The Iraqi government now believes that a victory for the rebels in Syria will mean not just a post-Assad neighbour under the influence of hostile Gulf forces intent on destabilising Maliki’s rule, but also a resurgent al-Qaeda at home” (pp.1).

Un ejemplo de cómo Al-Maliki favoreció al régimen sirio se observa en relación al uso del espacio aéreo. Irak operó como un puente para la ayuda que la República Islámica de Irán brindaba a Siria. En efecto, el Primer Ministro permitió que Irán utilice el espacio aéreo iraquí para realizar viajes en los que -alegadamente- se transportaban armas, tropas y suministros destinados a las fuerzas de Al-Assad. Además, al-Maliki brindó asistencia médica y suministros a los combatientes sirios leales al gobierno a través de la frontera (European Council on Foreign Relations, 2013; Hauslohner, 2013).

Al-Maliki fue además acusado de brindar asistencia económica a su par sirio, en momentos donde la comunidad internacional buscaba asfixiar al régimen económicamente. De manera similar, los medios denunciaron que el Primer Ministro le permitió al régimen sirio acceder a petróleo iraquí a un precio inferior al del mercado, con un descuento de aproximadamente un 50 por ciento (European Council on Foreign Relations, 2013).

De manera similar, Al-Maliki no compartió la postura de la comunidad internacional respecto a demandar la dimisión de al-Assad, como tampoco secundó el aumento de sanciones aprobado por la Liga Árabe. Análogamente, Irak fue uno de los pocos países que no cerró ni reubicó su embajada en Damasco (Iddon, 2018). Finalmente, el gobierno iraquí hizo pocos esfuerzos para impedir el gran flujo de combatientes chiitas que viajaban a Siria, con miras a luchar a favor del régimen de Al-Assad.

El conjunto de acciones -y omisiones- del gobierno iraquí aumentó la tensión ‘sectaria’ en Irak. A los ojos de la población sunita, Al-Maliki no actuaba con neutralidad en relación al conflicto sirio, sino que favorecía al régimen. Del mismo modo que oprimía a los sunitas iraquíes en el plano interno, con su accionar el Primer Ministro contribuía a la opresión de los

sunitas sirios. Naturalmente, esta visión generaría un aumento del rechazo y la frustración de dicha comunidad respecto al propio gobierno y la comunidad chiita a la que éste pertenecía.

En palabras de Rawlings (2013),

La guerra civil en curso en Siria, con la que Irak comparte una frontera de 600 km (375 millas), ha exacerbado el conflicto sectario (...) a coalición de al-Maliki en el parlamento está usando "el manto del sectarismo" para guiar las medidas de seguridad a corto plazo, que van desde exigir públicamente protección para los chiítas en áreas sunitas hasta llamar a una milicia chiíta para defender Bagdad de al- Qaeda (pp.2).

La consecuencia fundamental de lo desarrollado en estas líneas fue un aumento de las tensiones entre chiítas y sunitas en Irak. Existe una conexión entre el aumento del sectarismo en Irak y la guerra en Siria.

En este sentido, la posibilidad de un triunfo en siria impulsó a la minoría sunita iraquí para desafiar a su propio gobierno chiíta, lo que se tradujo en un aumento de las revueltas internas (Al-Qarawee, 2014; Hauslohner, 2013). Envalentonados por la revuelta siria, y con el apoyo de grupos como Al-Qaeda, los sunitas iraquíes avivaron nuevamente el conflicto sectario. Estos grupos comenzaron a ganar terreno a partir del 2011, con la retirada de tropas norteamericanas y el inicio de la revuelta en Siria.

En efecto, desde abril del 2011 se sucedieron ataques y bombardeos en mezquitas sunitas y chiitas, como también en diversas ciudades del país. En particular, fueron numerosos los ataques suníes contra el gobierno y contra civiles chiítas durante el 2011 (Hill, 2011).

Posteriormente, el mes de mayo del 2013, Irak experimentó uno de los picos más altos de violencia sectaria, registrando un total de más de 1000 iraquíes muertos. Ese mes, se sucedieron múltiples ataques violentos que fueron adjudicados a las fuerzas sunitas, dejando tras de sí alrededor de mil muertos. El gobierno de Al-Maliki respondió utilizando la represión, aumentando el saldo de víctimas (Markey, 2013).

En el transcurso de dicho año, 2013, se registraron bombardeos y explosiones en distritos chiitas cerca de Bagdad. Dichos episodios de violencia sectaria continuaron durante los meses venideros, agravándose con la posterior llegada del EI en el 2014. Tres de esos episodios, en

agosto, septiembre y octubre, arrebataron alrededor de 80, 30 y 50 vidas de iraquíes chiítas, respectivamente (Aljazeera, 2013; Salaheddin y Schreck, 2013; Rawlings, 2013). Se trató de uno de los años de violencia sectaria más pronunciados, tras la guerra civil del 2006-2007

Finalmente, la guerra en Siria reforzó el sectarismo transnacional. Los lazos sectarios se extendieron más allá de las fronteras nacionales, las identidades sectarias se fortalecieron y adquirieron nuevas dimensiones geográficas, volviendo aún más difícil construir una identidad iraquí, En palabras de Al-Qarawee (2014) “Transnational communal solidarities are increasingly threatening the notion of national identity, while regional regimes appear ready to use such solidarities as internal and external instruments, regardless of their fragmenting effects” (pp.12)

2.4 Conclusiones parciales

En el presente capítulo se describieron tres sucesos que operaron como agravantes de la fractura sectaria existente en Irak, a saber: la ocupación y posterior retirada norteamericana; las elecciones parlamentarias de 2010; y la guerra en Siria.

En el caso de las elecciones de marzo del 2010, se trató de un acontecimiento interno, dónde los propios actores domésticos fueron los culpables de profundizar las tensiones sectarias. En efecto, el temor del Primer Ministro Al-Maliki de abandonar el gobierno, lo llevó a impulsar prácticas discriminatorias, con el fin de debilitar a sus rivales políticos. Quienes sufrieron dichos abusos con mayor vehemencia, fueron los líderes y representantes de la comunidad sunita. Éstos se vieron marginados del proceso político, e incluso imposibilitados de participar en los comicios por una decisión de la Comisión de Rendición de Cuentas y Justicia, un órgano netamente dominado por chiítas.

Naturalmente, las acciones incitadas por el gobierno iraquí, aumentaron los sentimientos de opresión y exclusión de la comunidad sunita. En ese contexto, debido a la imposibilidad de lograr soluciones a través del canal político, éste grupo recurrió a soluciones más radicales tales como: las protestas, los ataques violentos, e incluso la alianza con grupos terroristas.

La fractura sectaria se profundizaría aún más un año después, luego de las elecciones parlamentarias, con la retirada de las tropas norteamericanas de Irak. Tras casi una década de ocupación, Estados Unidos anunció que retiraría a sus efectivos del país. Durante aquellos años de ocupación, Washington respaldó al gobierno chiíta, liderado por Nouri al-Maliki con el objetivo de lograr una cierta estabilidad en el país. El apoyo norteamericano permitió fortalecer las capacidades de las instituciones iraquíes, especialmente de la policía y el ejército. Sin embargo, las nuevas competencias fueron instrumentalizadas por el gobierno iraquí como un arma sectaria contra la minoría sunita del país.

Pese a que la presencia norteamericana coadyuvó a profundizar el sectarismo, su retirada de manera precipitada empeoró la situación. La salida norteamericana dejó al gobierno iraquí fortalecido, y con total libertad para aumentar sus abusos sectarios. Sin la mirada del hegemón, al-Maliki profundizó sus acciones discriminatorias y opresivas hacia la comunidad sunita iraquí. Además, a causa de la retirada estadounidense surgió un vacío de poder que fue explotado por otras fuerzas sectarias tales como la República Islámica de Irán o el Estado Islámico.

De manera simultánea a la retirada norteamericana, en Siria comenzaba un proceso de revueltas contra el régimen de Bashar al Assad. El conflicto se recrudeció al punto de convertirse en una guerra, conocida como la “guerra siria”. Este suceso, que aconteció más allá de la frontera, fue otro de los eventos que profundizó el sectarismo al interior de Irak. Tanto los iraquíes sunitas como los chiitas se involucraron en el conflicto sirio, aunque en bandos opuestos. Además, el conflicto sirio favoreció el surgimiento de un sectarismo de tipo transnacional, generando la sensación de hermandad entre las confesiones de ambos lados de las fronteras.

En suma, cada uno de estos acontecimientos acentuó la disputa entre sunitas y chiitas al interior de Irak. A causa de estos sucesos, el sectarismo iraquí dejó de estar confinado a las fronteras nacionales y comenzó a estar ligado a eventos que sucedían más allá de Irak, o bien que incluían la participación de actores regionales y extrarregionales. De manera que, las posibilidades de lograr una unidad nacional resultaban aún más remotas.

CAPÍTULO 3

En el presente siglo, Irak devino en un escenario de una compleja competición geopolítica, entre distintos actores que se valieron de la disputa entre sunitas y chiítas para el logro de sus propios objetivos. De ese modo, el Estado iraquí quedó sujeto a agendas externas, ajenas a las problemáticas e intereses nacionales.

Un escenario semejante supone una serie de secuelas negativas, para la nación que se encuentra intervenida. En el presente capítulo, se plantea que la consecuencia fundamental de la mencionada instrumentalización del sectarismo fue la transformación de Irak en un Estado fallido. Por lo tanto, en esta sección se analizarán los rasgos que caracterizan a un Estado Fallido, concibiéndolos como consecuencias de la instrumentalización del sectarismo, operada por el gobierno iraquí, la República Islámica de Irán y el Estado Islámico, respectivamente.

3.1 Irak, un Estado Fallido

El concepto de ‘Estado Fallido’ da cuenta de las problemáticas y deficiencias de ciertos Estados para responder a las demandas de sus ciudadanos. Alude a un proceso multidimensional, a largo plazo, donde el fracaso estatal es el punto final (Callejas y Sebastian, 2015).

Diversos autores han elaborado el concepto de ‘Estado Fallido’, destacando distintos matices, aunque manteniendo un cierto núcleo pétreo. A los fines del presente trabajo, se abordará dicho término a partir de la conceptualización de Robert Rotberg (2002), acorde a quién los Estados se encuentran diseñados para proveer una serie de bienes políticos a sus ciudadanos, tales como: seguridad, infraestructura, un sistema financiero, un sistema jurídico, libertades políticas, etc. El conjunto de dichos bienes políticos, se constituye en distintos criterios acorde a los cuales los Estados-Nación pueden ser clasificados como fuertes, débiles, fallidos o colapsado

Los Estados fuertes son aquellos que mantienen el control de todo su territorio y logran suministrar a su población de una gran cantidad de los bienes políticos mencionados, en particular, de la seguridad (Rotberg, 2002).

Los Estados débiles, denotan una performance mixta, exhibiendo fortalezas en ciertos aspectos y debilidades en otros. Son entidades típicamente fuertes, pero que se encuentran temporalmente debilitadas por antagonismos internos, defectos de gestión, infraestructuras insuficientes, etc. En general, suelen estar gobernados por déspotas, electos o no (Rotberg, 2002).

Por su parte, los Estados se convierten en ‘fallidos’ cuando incumplen la provisión de dichos bienes en una escala considerable. En sus palabras:

Nation-states fail because they are convulsed by internal violence and can no longer deliver positive political goods to their inhabitants. Their governments lose legitimacy, and the very nature of the particular nation-state itself becomes illegitimate in the eyes and in the hearts of a growing plurality of its citizens (2002, pp.1).

Al definirlos, menciona que una característica de éste tipo de Estados, es su elevada conflictividad interna, que puede adoptar una multiplicidad de expresiones. En ese sentido, considera que:

Failed states are tense, deeply conflicted, dangerous, and contested bitterly by warring factions. In most failed states, government troops battle armed revolts led by one or more rivals. Occasionally, the official authorities in a failed state face two or more insurgencies, varieties of civil unrest, different degrees of communal discontent, and a plethora of dissent directed at the state and at groups within the state (2002. pp.4).

En suma, el Estado Fallido es un Estado que no posee la capacidad o la voluntad para desempeñar las funciones que le competen. No obstante, este tipo de Estados se distingue de los colapsados, los cuales son una mera expresión geográfica y poseen un absoluto vacío de autoridad. En ellos, la totalidad de los bienes políticos se obtienen a través de medios privados y *ad hoc*, en tanto el Estado es incapaz de actuar como tal.

El presente capítulo sugiere que, producto de la instrumentalización del sectarismo operada por el gobierno iraquí, Irán y el EI, Irak mutó de la categoría de “Estado débil” a la de “Estado

Fallido”. A causa de la injerencia de dichos actores, las capacidades del Estado iraquí disminuyeron, siendo aún menos capaz de garantizar a su población con una cantidad considerable de bienes políticos, resultando en una elevada conflictividad interna.

En otras palabras, como resultado de la ‘instrumentalización’ de las identidades, Irak devino en un ‘Estado Fallido’. Como tal, este comenzó a exhibir una serie de características negativas que singularizan a dichas entidades, a saber: la pérdida de la seguridad interna y externa; un aumento de la violencia interna; el surgimiento de mafias locales ligadas a grupos religiosos o etnias que ejercen el poder de hecho; la debilidad institucional; la imposibilidad de brindar servicios básicos y bienes políticos a la sociedad; alta corrupción; etc. (Jaureguiberry, 2008).

A continuación, se analizarán dichos rasgos propios de los ‘Estados Fallidos’, a la luz de la realidad iraquí en el periodo de estudio, entendiéndolos como las consecuencias de la instrumentalización del sectarismo realizada por los actores previamente mencionados.

3.1.1 Imposibilidad de garantizar la seguridad interna y externa

La definición del Estado Fallido de Rotberg (2002) parte de la idea de un Estado incapaz de garantizar a su población ciertos bienes políticos. Si bien existen una pluralidad de bienes, acorde al autor, ninguno es tan importante como la provisión de seguridad. En efecto, plantea que:

The state’s prime function is to provide that political good of security—to prevent cross-border invasions and infiltrations, and any loss of territory; to eliminate domestic threats to or attacks upon the national order and social structure; to prevent crime and any related dangers to domestic human security; and to enable citizens to resolve their disputes with the state and with their fellow inhabitants without recourse to arms or other forms of physical coercion. The delivery of a range of other desirable political goods becomes possible when a reasonable measure of security has been sustained. (2002, pp.3).

El Estado Iraquí no ha podido, en el período analizado, cumplir la condición primaria de garantizar los estándares mínimos de seguridad a su población (The World Bank Group, 2017). Los órganos estatales, destinados a mantener la ley y el orden, se han debilitado y por lo tanto,

han dejado de funcionar o bien se utilizan para fines distintos a los que se crearon; tornando la tarea de garantizar la seguridad aún más difícil (Mendoza Pinto, 2005).

Las fuerzas de seguridad iraquíes se han probado débiles y poco efectivas a la hora de mantener la seguridad interna o impedir amenazas externas. Dichas fuerzas se encuentran divididas, atravesadas por el sectarismo, lo que se evidencia en su composición mayoritariamente chiíta. El resultado fue un aparato de seguridad deliberadamente no representativo de la composición sectaria de la población (Collombier et al, 2018). De ahí que, dichas fuerzas hayan estado más preocupadas por la seguridad de la comunidad chiíta que por las de otras poblaciones, como la sunita. El efecto colateral, fue el surgimiento de una pluralidad milicias tribales, las cuales se apoyaron en la ineficiencia de la seguridad iraquí para justificar su existencia (Alaadin, 2017).

La debilidad del Estado iraquí en términos securitarios derivó en la pérdida del monopolio de la fuerza. Este recurso es uno de los elementos centrales en la definición clásica del Estado. En efecto, Max Weber considera que el Estado Moderno es aquella autoridad que reivindica con éxito el monopolio legítimo de la fuerza, en un territorio determinado (Jaureguiberry 2008). De modo que, la violencia es considerada un instrumento fundamental para asegurar la convivencia pacífica y el acatamiento de normas, deviniendo parte de lo político institucional.

El monopolio de la violencia presupone dos condiciones: que el Estado despoje a los distintos individuos o grupos del uso de la violencia para la resolución de diversas contiendas; y que en caso de ser necesario, para lograr dicho fin, el Estado acuda a la violencia, imponiéndose coactivamente sobre la voluntad de los demás (Gallego Garcia, 2003).

La pérdida de éste monopolio por parte del Estado iraquí fue causada en gran medida por la instrumentalización del sectarismo por parte de la República Islámica de Irán y el Estado Islámico. Dichos actores disputaron la autoridad del Estado iraquí como el único habilitado para ejercer la fuerza, y comenzaron a emplear la violencia de manera independiente. Por su parte, el endeble Estado iraquí no pudo despojar a dichos actores del uso de la fuerza. De modo que, las dos condiciones necesarias para que exista un monopolio estatal de la violencia, mencionadas en el apartado anterior, fueron vulneradas por Teherán y el EI.

En el caso de la República Islámica de Irán, el uso de la violencia se realizó a través de sus *proxys*, las milicias chiítas, entre las que se destacan las PMF. Teherán instrumentalizó el

sectarismo para ganar cuotas de poder al interior de Irak y hacer uso de la fuerza, sin grandes cuestionamientos por parte de los gobiernos de turno. Bajo el liderazgo iraní, las milicias chiítas perpetraron crímenes sobre la población sunita iraquí, y recurrieron a la violencia para imponer sus intereses, con total impunidad. De hecho, las PMF han adquirido grandes cuotas de autonomía al interior de Irak, al punto de convertirse en proveedores de seguridad alternativos al Estado (Mansour, 2018).

Sin embargo, las PMF no son el único grupo paramilitar que hizo uso de la fuerza por fuera del control estatal. Al contrario, ante la imposibilidad del Estado iraquí de proveer seguridad a toda la población, han surgido una multiplicidad de actores, que hacen uso de la violencia de manera cotidiana, y erosionan el monopolio Estatal.

Uno de los actores que más notablemente disputó el monopolio de la fuerza fue el Estado Islámico. El EI hizo de la violencia su herramienta privilegiada y se levantó en armas contra una multiplicidad de enemigos, entre ellos, el propio Estado iraquí. Como se mencionó *ut supra*, el grupo terrorista logró asentarse territorialmente y aumentar sus capacidades con el lema ‘permanecer y expandirse’ gracias a una instrumentalización de la disputa entre sunitas y chiítas. La presencia del EI le costó al Estado Iraquí la pérdida de control de grandes partes de su territorio, evidenciando la debilidad del aparato de seguridad de éste último.

Precisamente, el fracaso del gobierno a la hora de brindar seguridad a toda su población, junto a los abusos sufridos por ésta durante años, le permitieron al EI acumular grandes cuotas de poder y disputar el monopolio estatal de la violencia. En este sentido, el gobierno iraquí también coadyuvó a la erosión del monopolio estatal de la violencia, al hacer caso omiso a las demandas de los sunitas e incluso facilitar su exclusión y opresión. En pocas palabras, el gobierno iraquí empujó a los sunitas a los brazos del EI.

Además, la debilidad de las fuerzas armadas iraquíes le impide controlar sus fronteras y prevenir amenazas transnacionales. El país comparte alrededor de 2260 millas de frontera terrestre con países como Irán, Jordania, Kuwait, Arabia Saudita, Siria y Turquía; como también una costa de 36 millas. Posee 17 puntos de entrada terrestre, seis aéreos y cinco marítimos, que deben ser supervisados constantemente por autoridades como la Dirección del Puerto de Entrada (POED) o la Dirección de Cumplimiento de Fronteras (DBE) (Oluic, 2009).

La seguridad fronteriza es vital para que el Estado pueda ejercer su plena soberanía y evitar que la violencia desestabilice a su población. Pese a que Irak contaba con policías fronterizos, brigadas y órganos de control, éstas fuerzas eran tan inefectivas como la propia armada iraquí. Por este motivo, la resistencia ofrecida por dichas fuerzas ante las amenazas externas ha sido endeble y fácilmente superada. En consecuencia, no ha logrado mantener el control de sus fronteras y ha fracasado a la hora de mantener la seguridad externa.

Así, Irak no ha logrado detener el flujo transfronterizo de combatientes extranjeros, material de guerra ni el contrabando que ingresaba a través de su frontera. En particular, la frontera siria era la más problemática, ya que poseía múltiples rutas que eran utilizadas por los terroristas para ingresar a Irak, tal como lo hizo el EI.

En efecto, la pérdida del control de las fronteras por parte del gobierno iraquí fue revelada cuando los militantes sunitas aliados con el Estado Islámico capturaron los cruces hacia Siria y Jordania. Los cruces de Anbar y de Qaim, ciudad que limita con Siria, como también el aeropuerto de la ciudad norteña de Tal Afar, cayeron en manos de los rebeldes hacia fines de junio del 2014. A través de dichos pasos fronterizos el Estado Islámico transportó armas y combatientes al interior de Irak, sin que el gobierno iraquí y sus deterioradas fuerzas armadas pudiesen impedirlo (BBC, 2014).

Una vez más, las acciones sectarias del gobierno iraquí y de terceros actores como la República Islámica de Irán, fueron una de las causas principales por las que las fuerzas iraquíes no lograron disuadir las amenazas externas. En efecto, el Cuerpo de la Guardia Revolucionaria iraní y las Fuerzas Quds iraníes representan otros ejemplos de actores que violaron las fronteras iraquíes. Esas fuerzas traspasaron combatientes entrenados en el extranjero, ayuda letal y municiones a través de las fronteras, con miras a armar a sus *proxys* chiítas en Irak. Ese tipo de acciones, con objetivos sectarios, disminuyeron aún más las posibilidades del Estado iraquí de garantizar la seguridad interna y externa. (Oluic, 2009). Cabe recordar que Teherán ha vulnerado las fronteras iraquíes para utilizar al país como un puente hacia Siria. Dado que Irán no posee un cruce fronterizo con Damasco, utilizó a Irak como el corredor para transportar militantes, tecnología y municiones. Ello fue particularmente visible durante la guerra en Siria, dónde Irán utilizó a Irak como un puente para trasladar recursos a las fuerzas leales a Bashar al-Assad.

3.1.2 Incremento de la violencia doméstica y consecuente aumento de los desplazados internos

Rotberg (2002) considera que el aumento de la violencia doméstica es un indicador del fracaso estatal. Esa violencia puede adoptar una multiplicidad de expresiones, entre las que se destacan las guerras civiles por motivos étnicos o religiosos, siendo ésta última la más notable en el caso iraquí.

El aumento de la violencia se encuentra estrechamente ligado al punto anterior, a saber: la imposibilidad del Estado de garantizar la seguridad de su población. Frente a esa situación, los individuos comenzaron a aliarse con grupos armados, o entidades que rivalizaban entre sí y con el Estado, generando un clima marcado por la ausencia de la ley y la violencia constante. En su reporte, The World Bank Group advirtió de esta problemática en Irak de la siguiente manera:

Massive economic and social dislocation and poor governance have also given rise to a web of organized crime, which sustains many of the parties involved in today's conflicts. In the current Iraqi context, crime serves both as a safety valve and a safety net and is "closely linked to non-state forms of governance, whether these provide security when the state fails to do so or provide services when the state marginalizes or neglects certain populations" (2017, pp.27).

La injerencia de terceros actores, quienes armaron a determinados grupos, empeoró el panorama. La República Islámica de Irán brindó a las milicias chiítas iraquíes un sinnúmero de recursos y medios, que le permitieron ejercer actos de violencia contra la población sunita. De esa manera, *proxys* iraníes perpetraron atrocidades contra las comunidades sunitas, convirtiéndose en uno de los principales culpables del aumento de la violencia en Bagdad.

De manera similar, con la llegada del EI, la violencia se volvió moneda corriente en Irak. Aquellos que se sumaron a las filas del EI contaban ahora con un potencial mayor de destrucción, lo que explica el aumento de los ataques y asesinatos. La denominada "Guerra contra el Estado Islámico" tuvo un costo humano elevado, cobrándose decenas de miles de vidas. Acorde a Iraq Body Count, tan solo los ataques perpetrados por el EI generaron alrededor de 26.000 muertes de civiles entre el 2014 y el 2017.

Simultáneamente, millones de iraquíes optaron por salir a las calles para exhibir su descontento respecto al gobierno de turno. Como se indicó previamente, las protestas fueron en aumento desde el 2011, con ocasión de la ‘Primavera árabe’, y no cesaron en los años venideros. Si bien las demandas eran variadas, siempre existió un reclamo de la población sunita por la ‘instrumentalización del sectarismo’ por parte del gobierno iraquí. Dicha comunidad se manifestó en contra de las acciones discriminatorias del gobierno, ya mencionadas, tales como: la distribución selectiva de servicios; los abusos de las milicias chiítas; la discriminación en el empleo; etc.

Con el tiempo, las protestas se volvieron más violentas, como también lo hizo la respuesta del gobierno. En efecto, la represión y los encarcelamientos fueron tácticas comúnmente adoptadas por el gobierno iraquí, para abordar el aumento de las manifestaciones. De ese modo, se comenzó a ver a los propios conciudadanos como rivales, y como una amenaza a la propia estabilidad del gobierno. De modo que, las calles se volvieron el epicentro de la violencia.

Según Rotberg (2002), la violencia ejercida desde el gobierno es común en los Estados fallidos, quienes terminan transformándose en un “Estado Criminal”. En sus palabras: “In most failed states, regimes prey on their own constituents. Driven by ethnic or other intercommunal hostility, or by the governing elite’s insecurities, they victimize their own citizens or some subset of the whole that is regarded as hostile” (pp. 6).

Lo desarrollado deja en evidencia que, la instrumentalización del sectarismo por parte del gobierno iraquí, el EI y la República Islámica de Irán generó un aumento de la violencia al interior de Irak. El apoyo brindado por dichos actores a determinados grupos, permitió que el conflicto entre sunitas y chiítas se mantenga en el tiempo, e incluso aumente en intensidad.

Aún más, si bien el conflicto sectario estuvo presente desde el surgimiento del Estado Iraquí, con la injerencia de los actores mencionados, éste se agravó. En ese sentido, resulta útil retomar el concepto de Fanar Haddad (2011) de *aggressive sectarianism*, definido en la introducción. A causa de la instrumentalización del sectarismo, la búsqueda de la preeminencia por parte de cada identidad dejó de realizarse de manera moderada, como sucede en un escenario de *assertive sectarianism*. Al contrario, la competencia entre las identidades comenzó a revestir

un carácter violento y provocativo, propio de un *aggressive sectarianism*, que se tradujo en actos de violencia física.

La consecuencia de lo desarrollado en éstas líneas fue el aumento de las muertes civiles en Irak. Si bien es difícil calcular el número real de víctimas, es posible observar que en el período bajo análisis (2006-2007) el número de muertes civiles ha sido elevado, alcanzando picos de más de 25.000 en ciertos años. Dichos picos coinciden con momentos de auge del ‘sectarismo’ en los que terceros actores fomentaron la violencia entre sunitas y chiitas. Tal fue el escenario en el 2006-2007, con la guerra civil y las acciones discriminatorias del gobierno iraquí y de los proxys iraníes. Otro ejemplo se encuentra en el período 2014-2015 con la llegada del Estado Islámico, y las posteriores acciones sectarias ejecutadas por las fuerzas armadas iraquíes con el apoyo de Teherán.



Gráfico 1: Muertes civiles causadas por la violencia en Irak

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Iraq Body Count: <https://www.iraqbodycount.org/database/>

El aumento de la violencia trajo aparejado una problemática adicional: una ola de personas desplazadas internas -en adelante IDPs, por sus siglas inglés-. Nuevamente, la instrumentalización del sectarismo se constituyó en un causante fundamental para explicar el aumento de los IDPs. En efecto, muchos de ellos eran árabes sunnitas que se veían forzados a desplazarse de las históricas áreas mixtas, dónde solían convivir con comunidades chiítas, hacia

áreas mayoritariamente sunitas. Las razones detrás de dichos desplazamientos eran las acciones abusivas de las milicias chiítas, respaldadas por Teherán, y la complicidad del gobierno iraquí, que les permitía actuar con total impunidad y autonomía.

No obstante, la mayor ola de desplazados fue causada por la violencia perpetrada por el EI. En efecto, desde el 2014 se registraron alrededor de tres millones de IDPs y 11 millones necesitaron de asistencia humanitaria (Alaadin, 2017). La mayor parte del desplazamiento forzado de personas tuvo lugar en las cinco gobernaciones afectadas por Daesh, y solo las localidades de Anbar, Salahaddin y Ninawa representan el 90 por ciento de las familias desplazadas (The World Bank Group, 2017).

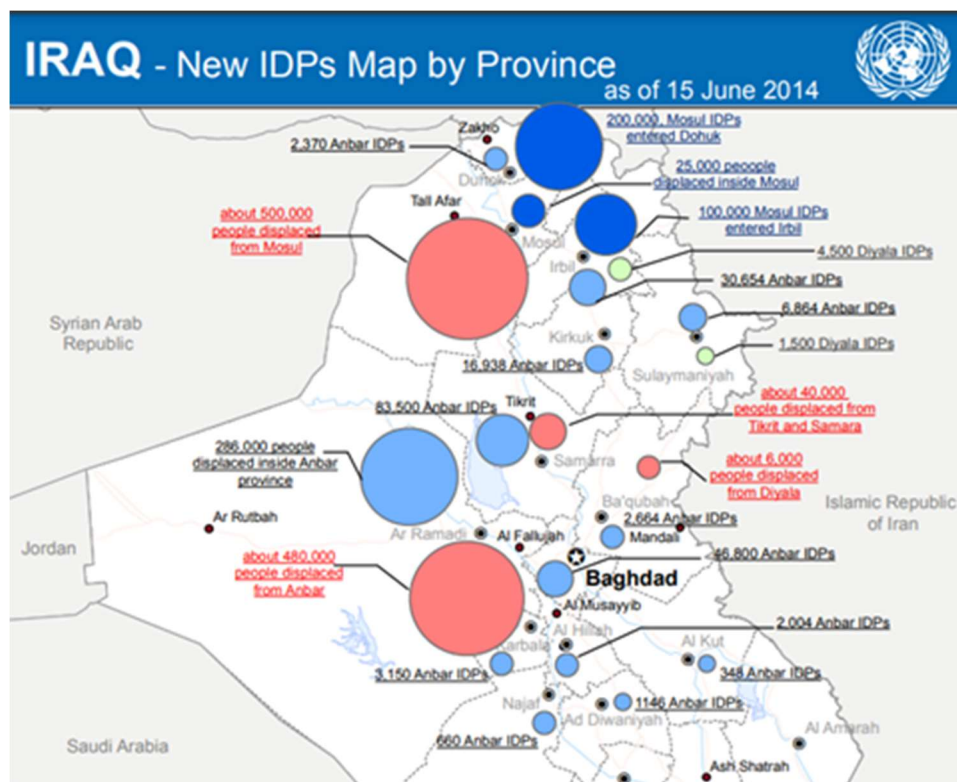


Gráfico 2: Desplazados Internos en Irak por provincia hacia mediados de junio del 2014
Fuente: Misión de Asistencia de las Naciones Unidas de Irak (UNAMI). Disponible en: <http://undispatch.com/map-day-iraqs-new-idps/>

La decisión de abandonar sus hogares, para quienes vivían en áreas bajo control del EI, no fue fácil. Si bien el grupo terrorista representaba un peligro inminente, muchas veces la alternativa estatal era vista como una seria amenaza, especialmente para los sunitas. En palabras de Salihy:

In addition to the very probable risk to their lives if caught by IS, civilians also feared what awaited on the other side. They often cited what befell others from retaken areas as the reason they were hesitant to flee until it became absolutely necessary (...) The tragedy of it is that in some cases this was true. During the military operations to retake Fallujah and its surroundings, war crimes and gross human rights violations including extrajudicial executions and other unlawful killings, torture and enforced disappearances were committed by PMU militias, and possibly members of Iraqi security forces, against residents fleeing areas to the north of the city. (2019, pp. 87-88).

Pese a la culminación de las operaciones militares contra el EI, en diciembre del 2017, muchos IDPs rehusaron volver a sus hogares. Entre los motivos, se destaca el temor a un nuevo ataque del grupo terrorista, aunque también los daños sufridos a sus propiedades durante el combate y la pérdida de sus antiguos empleos (Dodge et al, 2018).

El resultado fue un cambio en la composición demográfica de ciertas regiones iraquíes, tornándolas más homogéneas en términos sectarios. Desde entonces, aumentó la percepción de que existen grandes beneficios al vivir en una comunidad homogénea. Sin embargo, la consecuencia negativa es esta relocalización aumenta la segregación sectaria, y por ende obstaculiza aún más el acercamiento entre ambas comunidades, con miras a lograr la unidad iraquí (Dodge et al, 2018).

3.1.3 Debilidad institucional y corrupción elevada

De acuerdo con Rotberg (2002), los Estados Fallidos se caracterizan también por poseer instituciones débiles, que funcionan de manera defectuosa. En ese sentido, el autor señala:

Failed states exhibit flawed institutions. That is, only the institution of the executive functions. If legislatures exist at all, they are rubber-stamping machines. Democratic debate is noticeably absent. The judiciary is derivative of the executive rather than being independent, and citizens know that they cannot rely on the court system for significant redress or remedy, especially against the state. The bureaucracy has long ago lost its sense of professional responsibility and exists solely to carry out the orders of the executive and, in petty ways, to oppress citizens. The military is possibly the only

institution with any remaining integrity, but the armed forces of failed states are often highly politicized, devoid of the esprit that they once demonstrated (2002, pp.6)

Vinculado a este punto, los ‘Estados Fallidos’ se conforman como terrenos fértiles para el surgimiento de la corrupción. Si bien la corrupción florece en muchos estados, en los Estados fallidos o fracasados lo hacen en una escala destructiva (Rotberg, 2002).

Dichas descripciones se asemejan en gran medida, sino totalmente, a la realidad iraquí. En efecto, aquí se plantea que otra de las consecuencias de la instrumentalización del sectarismo operada por el gobierno iraquí, fue el florecimiento de la corrupción y el consecuente debilitamiento de las instituciones estatales.

En Irak la corrupción ha sido definida como una enfermedad endémica, por su extensión a lo largo de todas las áreas del Estado. Además, el caso iraquí es particular porque la corrupción posee una base sectaria, lo que lo distingue de otros Estados que también adolecen dicha problemática.

Siguiendo a Abdullah (2017), la corrupción en Irak ha adoptado tres formas: el clientelismo; las prácticas rentistas (rent-seeking) y la protección de la corrupción. El clientelismo consiste en intercambiar los fondos estatales, principalmente a través de salarios, a cambio del apoyo político de ciertos individuos o grupos. Por su parte, las prácticas rentistas incluyen un conjunto de acciones que surgen de una situación de monopolio artificial. Finalmente, la protección de la corrupción busca prevenir que los perpetradores de las acciones ilegales sean llevados a la justicia

No resulta difícil encontrar ejemplos de dichas prácticas corruptas en el escenario iraquí. De hecho, las mismas en general se han vinculado a acciones sectarias impulsadas desde el gobierno. Los gobernantes de turno han otorgado sistemáticamente empleos públicos y ascensos a cambio del apoyo en las urnas. Los políticos en Irak, necesitaban construir redes de apoyo para ganar las elecciones, y los empleos públicos fueron utilizados como una herramienta para tal fin. El resultado fue que las instituciones estatales quedaron atestadas de chiítas afines al gobierno (Abdullah, 2017).

En pocas palabras, la afiliación sectaria se transformó en un pre-requisito para adquirir un empleo público. El reclutamiento se basó en la identidad religiosa y política de las personas, antes que en sus aptitudes y capacidades. Ello implicó contratar a personas que no se encontraban calificadas para desarrollar su labor, pero que cumplían el requisito sectario.

Aún más, una gran parte de la nómina pública corresponde a los denominados “*ghost employees*” o “*ghost soldiers*”. Como su nombre lo indica, los empleados fantasma son funcionarios que reciben salarios pero que no existen, es decir, que no prestan los servicios por los que reciben su estipendio (Alaadin, 2017). Se trata de otra de las prácticas sectarias instrumentalizadas por el gobierno iraquí, con miras a ampliar su base de apoyo entre la comunidad chiíta,

La consecuencia, fue una fuerza pública incompetente, incapaz de llevar a cabo sus obligaciones (Collombier et al, 2018). Ello explica por qué la corrupción contribuyó a la debilitación de las instituciones públicas: al estar conformadas por personas no capacitadas, las instituciones se volvieron inefectivas a la hora de realizar sus labores y cumplir con las demandas de la población.

Uno de los ámbitos donde la debilidad institucional se torna más evidente es el de los servicios. Las instituciones han exhibido una imposibilidad de proveer a la población iraquí de servicios básicos como la seguridad, el agua potable, la electricidad o la salud. En efecto, la politización de las instituciones estatales y el saqueo de los recursos estatales han socavado la prestación efectiva y equitativa de los servicios, exacerbando así la crisis de legitimidad, los desafíos a la autoridad estatal y, en última instancia, la espiral de violencia que vemos hoy en Irak (The World Bank Group, 2017).

De modo que, la instrumentalización del sectarismo por parte del gobierno iraquí resultó no sólo en niveles elevados de corrupción, sino también en unas instituciones débiles, incapaces de cumplir sus funciones para con la población.

Además, se han registrado denuncias respecto a la solicitud de sobornos por parte de las autoridades iraquíes para garantizar servicios básicos, licencias laborales, o préstamos gubernamentales. Aún más, las autoridades han tendido a otorgar concesiones a aquellas compañías pertenecientes a comunidades sectarias o partidos políticos afines. En general, se

les ha otorgado privilegios artificiales de monopolio, mediante los cuales éstas pueden eliminar fácilmente a su competencia (Abdulah, 2017).

Al-Marashi se refirió a dicha problemática, de la siguiente manera:

When a politician in Iraq is awarded a ministerial post, that ministry is filled with political loyalists rather than talented technocrats. Those loyalists down the hierarchy then can reward themselves by accepting bribes or creating their own niches of patronage within the ministry. There are civil servants who demand bribes from citizens for completing the simplest administrative task, or members of the armed forces or paramilitary forces who extract payments from citizens at checkpoints. (2015, pp.6).

Naturalmente, estas prácticas debilitan aún más a las endeble instituciones iraquíes, reduciendo su capacidad de acción al mínimo. El panorama empeora por la ya mencionada “protección a la corrupción” que impide que los perpetradores de dichas prácticas corruptas sean juzgados por sus actos. En la práctica, se conformó un sistema de mutua inmunidad entre miembros de una misma comunidad sectaria, que trabajan al interior de las instituciones anti-corrupción, y que impiden que sus pares sean juzgados por delitos de corrupción. Abdullah (2017) describe dicha problemática, de la siguiente manera:

(...) Corruption in Iraq is so pervasive that it even penetrates the attempts to repress it. Indeed, behind the outward manifestations of (primary) corruption, there lies a web of corrupt networks which exist to protect the perpetrators of corruption from being brought to justice. These corrupt networks are embedded within the very organizations that have been ostensibly established to root out corruption, such as the Integrity Commissions. So, resources that have been set aside for reducing corruption are actually being manipulated to shield the corrupt from being identified and punished (pp.149).

En este sentido, el poder legislativo y el judicial han tendido a operar como títeres del ejecutivo, antes que como brazos independientes. Esto le ha permitido al gobierno iraquí subvertir las normas democráticas y restringir la participación en el proceso político, evitando las consecuencias provenientes de los otros poderes.

Como resultado de lo expresado en éstos párrafos, Irak ha tenido un desempeño negativo en distintos indicadores internacionales que miden los niveles de corrupción y de gobernabilidad.

Uno de ellos, es el Índice de Percepción de la Corrupción (IPC), que es un ranking popular para medir la percepción de la corrupción del sector público en distintos países del globo. En dicho ranking se le otorga un puntaje a cada país, a partir de una variedad de datos recopilados de instituciones como el Banco Mundial o el Foro Económico Mundial. La puntuación alude al nivel de corrupción del país en una escala de 0 a 100, dónde 0 significa muy corrupto y 100 muy limpio. Además, el ranking indica la clasificación del país, es decir, su posición en relación a los demás países analizados en el índice.

En el período analizado en el presente trabajo (2006-2017), Irak ha tenido un desempeño negativo en el IPC, con un puntaje menor a 20, ubicándose año tras año entre los países con uno de los mayores niveles de corrupción.



Gráfico 3: Percepción de la corrupción en Irak

Fuente: elaboración propia en base al Índice de Percepción de la Corrupción: <https://www.transparency.org/en/cpi/2022>

3.1.4 Crisis de legitimidad

Otra de las características que permiten calificar a un Estado como fallido, es la pérdida de legitimidad. Rotberg (2002) se refirió a dicha problemática en los siguientes términos:

Once the state's capacity to secure itself or to perform in an expected manner recedes, and once what little capacity remains is devoted almost exclusively to the fortunes of a few or to a favored ethnicity or community, there is every reason to expect less and less loyalty to the state on the part of the excluded and disenfranchised. When the rulers are perceived to be working for themselves and their kin and not for the state, their legitimacy, and the state's legitimacy, plummets (pp.9).

La legitimidad alude a la relación Estado-sociedad, al vínculo del gobernante con la ciudadanía; es co-construida. Para que exista legitimidad, debe haber confianza de la población en las instituciones, en el gobierno, y en los procesos estatales. Además, el gobierno debe ser percibido como representativo por gran parte de la población. Existe también un elemento constructivista que hace a la legitimidad: una dinámica entre las creencias de la población sobre cómo el poder estatal debe ser ejercido, y la efectiva experiencia de dichas personas en el Estado (McCullough y Papoulidis, 2020).

En Irak, ninguna de dichas condiciones parece estar presentes. La población percibe al Estado como una entidad dominada por la comunidad chiíta, no representativa del resto de la población iraquí. La instrumentalización del sectarismo operada por el gobierno iraquí, en favor de los chiítas, generó una pérdida de confianza por parte de los sunitas, respecto al gobierno y a las instituciones estatales. De ahí que, el gobierno ya no sea visto como su legítimo protector y/o representante, como el legítimo poseedor del poder, sino más bien como usurpadores del mismo. De esta manera, la legitimidad del Estado se erosionó respecto a gran parte de la sociedad, generando una crisis de representación.

Siguiendo a Eriksson y Grief (2023), podemos afirmar que en Irak aconteció una pérdida de legitimidad de *input* y de *output*. La legitimidad de *input* refiere a la autorización, la representación y la participación; libertades escasas en Irak. Por su parte, la legitimidad de *output* se vincula a la calidad y efectividad de los resultados, los cuales tampoco son positivos en Irak. Como se mencionó en el apartado previo, la debilidad de las instituciones, junto a la corrupción, impidió una distribución de los servicios básicos equitativa y de calidad. Ésta inadecuada provisión de servicios fue en efecto uno de los factores fundamentales a la hora de erosionar la legitimidad del gobierno.

De esta manera, el pacto entre la ciudadanía y el gobierno se quebró, dando como resultado un clima de creciente ingobernabilidad. En este sentido, a medida que la pérdida de legitimidad se profundizó, el gobierno encontró mayores obstáculos para lograr la obediencia civil, el acatamiento de las normas y el respeto del Estado de derecho. Otros indicadores de la crisis de legitimidad son el incremento de las protestas de los iraquíes; la contestación de los resultados electorales; el aumento de la violencia política; la disminución de la participación electoral; etc. (Gilley, 2006).

La crisis de legitimidad posee efectos negativos sobre la gobernanza, a saber:

States that lack legitimacy devote more resources to maintaining their rule and less to effective governance, which reduces support and makes them vulnerable to overthrow or collapse. Within the ruling elite, doubts about legitimacy undermine self-esteem, which creates splits that accelerate this process (Gilley, 2006, pp.499).

A causa de lo desarrollado en estas líneas, los sunitas comenzaron a transferir sus lealtades a otras figuras de autoridad alternativa, a saber: líderes sectarios, tribales e incluso grupos terroristas como el EI. Éste último desafió la legitimidad del gobierno iraquí, al pronunciarse como un Estado y buscar consolidar su presencia en Irak como legítima (Kan, 2015).

Muchos sunitas crearon un lazo identitario más fuerte con el EI que con su propio Estado iraquí, y por ese motivo se incorporaron a la cruzada del grupo terrorista para convertirse en la única entidad nacional legítima. En efecto, el EI fue percibido como la auténtica autoridad por un gran número de iraquíes, principalmente sunitas. Ello se debe a que el grupo logró desempeñar funciones otrora pertenecientes al Estado, de manera más eficiente que aquel. En este sentido, el EI brindó seguridad, servicios básicos, oportunidades económicas e incluso un sentido de pertenencia, a quienes se unieron a sus filas.

3.1.5 Ausencia de identidad nacional

Estrechamente vinculado al punto anterior, la crisis de legitimidad, se encuentra la ausencia de identidad nacional. La misma, cumple un rol crucial a la hora de determinar la estabilidad y la

robustez de los Estados. En efecto, los sistemas políticos legítimos suelen ser constituidos alrededor sociedades cohesivas y unidas (Kaplan, 2009).

Tal como se mencionó en la introducción, en el presente trabajo se aborda el concepto de identidad desde una perspectiva relacional, definida a partir de la interacción y contraposición a un “Otro”. Pese a que la pluralidad de identidades es un rasgo común al interior de los Estados-Nación, el problema surge cuando dichas identidades rivalizan entre sí, buscando imponerse y subyugar a las demás. Es decir, la pluralidad de identidades se torna en un elemento pernicioso cuando impide el surgimiento y mantenimiento de una identidad colectiva, a nivel nacional.

Este es el escenario de los Estados Fallidos, dónde la crisis de legitimidad suele traer aparejada la erosión de la identidad nacional y su reemplazo por formas alternativas y excluyentes de socialización (Jaureguiberry 2008). Los Estados que no poseen una identidad común ni una sociedad cohesiva no gozan de legitimidad, ni poseen una gobernanza lo suficientemente fuerte para lograr un adecuada desarrollo político y económico (Kaplan, 2009).

En el caso iraquí, los lazos sectarios y étnicos se convirtieron en la identidad privilegiada por los individuos, en tanto la población tiende a sentirse más representada por líderes locales o sectarios, antes que por el gobierno de turno. Este punto, socava aún más la legitimidad del gobierno, en tanto los lazos que lo unen a su pueblo se tornan prescindibles y, por ende, más débiles.

Una vez más, la instrumentalización del sectarismo iraquí, operada por distintos actores, representó uno de los mayores obstáculos para la conformación de una identidad nacional. Actores como el Estado Islámico, o la República Islámica de Irán, con su aspiración de constituir una media luna chiíta, ofrecen a los iraquíes identidades alternativas a la nacional. Se trata de identidades sectarias, y por ende parciales, que compiten entre sí, alejando toda posibilidad de lograr una nación iraquí. En pocas palabras, la identidad nacional iraquí se deterioró aún más a medida que los grupos comenzaron a buscar refugio e identificarse en tribus, sectas o afiliaciones religiosas (Al-Rahim, 2023).

El resultado fue la imposibilidad de lograr una narrativa nacional, que engloba la totalidad de los actores que conforman el mosaico iraquí. Los gobiernos se concentraron en el proceso de

“*state building*”, olvidándose de la importancia del “*nation-building*” para lograr tal fin. El proceso de “*nation building*” implica la necesidad de lograr una cohesión político-social en el proceso de reconstrucción del Estado, es decir, de lograr cierta unidad y sentimiento de comunidad (Lemay-Hébert, 2009). En otras palabras, implica construir una identidad nacional, algo en lo que los gobiernos iraquíes fallaron sistemáticamente.

En este sentido, el accionar sectario de Teherán y del EI instauró el supuesto de que Irak no posee una única identidad nacional, común a todos los iraquíes, sino más bien una multiplicidad de ellas. Aún más, dichos actores difundieron la premisa de que dichas identidades son irreconciliables, fomentando su continua rivalidad. Incluso, buscaron presentar a dichas identidades como excluyentes, para impedir toda iniciativa de unión de los iraquíes. Resulta útil retomar la definición de Hernandez de la Fuente (2012) sobre sectarismo, exployada en la introducción, quien señala que el carácter excluyente de las identidades, junto a la legitimidad única de las creencias del grupo, son los rasgos sobresalientes del sectarismo.

Sin embargo, no sólo los actores externos contribuyeron a la ausencia de una identidad nacional, sino que el propio gobierno iraquí hizo lo propio. Como se mencionó previamente, el gobierno iraquí defendió la vigencia de mecanismos institucionales sectarios tales como el muhasasa ta’yfia, la constitución del 2005, y la comisión de des-baazificación, entre otros. Cabe recordar, que dichos mecanismos parten de la premisa de la existencia de múltiples identidades etno-sectarias en Irak, en función de las cuales debe ser distribuido el poder. El gobierno iraquí utilizó dichos mecanismos para beneficiarse a sí mismo, y a la comunidad chiíta con la que posee afinidad sectaria, perpetuando las divisiones al interior de la sociedad.

Al Qarawee se refirió a dicha problemática, de la siguiente manera:

The institutionalization of communal identities this way leads to reproduce societal divisions rather than overcoming them, making national community less imaginable. (...) In practice this system has nourished the idea that communal identity is a social organization which is ‘real’ more than the ‘national’ community itself; the latter is rendered meaningless without the former. It makes ‘sectarian’ identity a self-sufficient socio-political “entity”, and the state and its power-sharing formula will guarantee the continuity of sectarian institutions (Al-Qarawee, 2014).

La crisis de legitimidad y la ausencia de una identidad nacional se convirtieron en obstáculos para la gobernabilidad. Un ejemplo fue la huida de los soldados iraquíes que fueron comandados a defender la gran ciudad de Mosul, cuando se encontraba al borde del colapso por la llegada del Estado Islámico. Los soldados huyeron porque carecían de un sentido de nación, de una identidad nacional, y no veían a su Estado como uno digno de ser defendido con su vida (Erlend, 2004).

3.2 Conclusiones parciales

En el presente capítulo se analizaron las principales consecuencias de la instrumentalización del sectarismo por parte del gobierno iraquí, la República Islámica de Irán y el Estado Islámico. Se sugirió que, el efecto fundamental ha sido la transformación de Irak en un “Estado Fallido”, es decir, un Estado incapaz de cumplir las funciones que le competen y por ende, de proveer a su población con los bienes políticos esenciales (Rotberg, 2002).

En efecto, en el período bajo análisis, Irak presentó una serie de secuelas negativas, propias de todo Estado Fallido. En primer lugar, el Estado iraquí fue incapaz de garantizar la seguridad interna y externa a la totalidad de su población. La imposibilidad de garantizar dicha seguridad le costó a Irak la pérdida del monopolio de la violencia y de parte de su territorio, en manos de terceros actores; es decir, le costó soberanía.

Los tres actores mencionados -el gobierno iraquí, Teherán y el EI- tuvieron un rol fundamental, a la hora de propiciar la pérdida del monopolio de la fuerza del Estado iraquí. El EI, desafió de manera directa dicha prerrogativa estatal, privilegiando la violencia como su herramienta principal, y presentándose a sí mismo como una alternativa al Estado federal. La República Islámica de Irán, también coadyuvó a erosionar el monopolio estatal, aunque lo hizo de manera indirecta, a través de sus proxys chiítas, quienes comenzaron a emplear la fuerza más allá del control estatal, a favor de los intereses de la población chiíta. Finalmente, el gobierno iraquí, con sus acciones sectarias, debilitó a las fuerzas armadas iraquíes, tornándolas incapaces de impedir la contestación del monopolio estatal.

En consecuencia, una pluralidad de actores comenzaron a hacer uso de la fuerza, por sus propios medios, de manera autónoma, sin autorización del Estado. El resultado fue un aumento

de la violencia entre comunidades sectarias, e incluso entre éstas y el Estado. La violencia adquirió niveles históricos, tornándose parte de la cotidianeidad en Irak. Ello se evidencia en el aumento de las protestas, de muertes civiles y de los desplazados internos.

Lejos de generar un cambio, éste escenario de caos y violencia fue visto como una oportunidad por los tres instrumentadores del sectarismo. Se produjo entonces un proceso de difusión del poder, otrora perteneciente al Estado, hacia actores no estatales, como el Estado Islámico o las milicias chiítas *proxys* de Irán.

Aún más, cómo sucede en todo ‘Estado fallido’, las instituciones en Irak se debilitaron y la corrupción se extendió. Dicha debilidad institucional implicó que el Estado no pueda garantizar a la totalidad de su población servicios básicos tales como el agua, la electricidad, o el empleo. Por su parte, la corrupción favoreció tan sólo a la población chiíta, de afinidad sectaria con el gobierno. Dicha comunidad se vio beneficiada con empleos públicos, ascensos, y servicios de calidad, a cambio de mantener su lealtad sectaria respecto a los líderes políticos. De ahí que, la corrupción y la debilidad institucional sean, en gran medida, una consecuencia de la instrumentalización del sectarismo por parte del gobierno iraquí. De manera inversa, la comunidad sunita se vio aún más discriminada, y excluida de todos los ámbitos del estado.

Ésta fue una de las razones que motivó el surgimiento de una crisis de legitimidad al interior de la sociedad iraquí. Aquellos que no se veían beneficiados por las acciones sectarias del gobierno, respaldadas por Teherán, perdieron la fé en las instituciones públicas. Aún más, dejaron de ver al gobierno como su legítimo representante, y comenzaron a verlo como su principal opresor y un ilegítimo usurpador del poder.

La crisis de legitimidad, característica de los ‘Estados fallidos’, se tradujo en la ausencia de una identidad nacional. Producto de las acciones gubernamentales, las identidades al interior de cada grupo se reforzaron, en detrimento de la unidad nacional. Incluso se extendió la percepción de que dichas identidades eran irreconciliables, y mutuamente excluyentes. Ésto favoreció a Teherán, quien buscaba crear una identidad transnacional chiíta, como forma alternativa de socialización. Asimismo, favoreció al Estado Islámico, quien logró crear un sentimiento de pertenencia al interior de la comunidad chiíta, y generó un fuerte lazo identitario con miembros de dicha comunidad.

En consecuencia, la politización de las identidades por parte del gobierno iraquí, Irán y el EI, obstruyó el proceso de construcción de la nación iraquí, transformándolo en un “unfinished business”. Es decir, impidió la creación de una identidad nacional, que englobe a todos los iraquíes independientemente de su afiliación sectaria.

En suma, la instrumentalización del sectarismo llevó a que Irak se transforme en un ‘Estado fallido’, con secuelas negativas en el plano político, securitario, social, e identitario, entre otros.

CONCLUSIONES

Desde su surgimiento, el Estado iraquí se constituyó en el hogar de un mosaico diverso de grupos etno-sectarios. Entre esta pluralidad, se destacan los sunitas y chiítas iraquíes como las principales comunidades sectarias del país. Inicialmente, la división entre ambos grupos se debió a fundamentos teológicos, respecto a quién debía suceder al profeta Mahoma. Sin embargo, la expresión moderna del sectarismo se vincula más bien a las dinámicas político-institucionales y, principalmente, a la competencia por el poder.

La disputa entre sunitas y chiítas fue vista por distintos actores como el escenario propicio para aumentar sus cuotas de poder al interior del Estado iraquí. En este sentido, el presente trabajo se ordenó a partir de un interrogante general, a saber: ¿De qué manera distintos actores gubernamentales y no gubernamentales realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak y cuáles fueron las consecuencias en el período 2006-2017?

La hipótesis de la cual se partió sostiene que, en dicho período, distintos actores -como el propio gobierno iraquí, la República Islámica de Irán y el Estado Islámico- realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak, de manera directa o indirecta a través del uso de proxys, privilegiando una identidad sectaria en detrimento de otra. A tal efecto, recurrieron a acciones sectarias tales como: la exclusión sistemática de determinados grupos; la opresión y la discriminación basada en fundamentos religiosos; la promoción de sentimientos de mutua amenaza y la incitación deliberada de la violencia entre ambas confesiones. Como resultado, Irak devino en un ‘Estado Fallido’, incapaz de cumplir las funciones que le competen y brindar un mínimo de bienes políticos a su población.

A lo largo de estas páginas, se ha buscado constatar la plausibilidad de dicha hipótesis. Con ese propósito, la presente tesina se estructuró en tres capítulos, diseñados con el objetivo de abordar distintas aristas de dicha hipótesis y, eventualmente, comprobar su validez.

En el *primer capítulo* se planteó que los principales actores que realizaron una instrumentalización del sectarismo en Irak fueron: el gobierno iraquí, la República Islámica de Irán y el Estado Islámico. En este sentido, el apartado inicial permitió observar de qué manera

cada uno de dichos actores realizó una manipulación de las identidades religiosas, con miras a aumentar su propia influencia al interior de Irak.

Cómo se desarrolló previamente, el gobierno iraquí llevó adelante una dominación marcadamente chiíta, beneficiando a los miembros de dicha comunidad mediante la otorgación de empleos públicos, servicios de calidad, y mayores oportunidades económicas y políticas. El objetivo perseguido con dichas acciones sectarias, era hacerse con una base de apoyo lo suficientemente grande, como para consolidar su poder y mantenerse en el gobierno. De manera inversa, los gobernantes de turno adoptaron políticas discriminatorias, excluyentes y opresivas hacia la comunidad sunita. Para ello, el gobierno iraquí se valió no solo de herramientas institucionales -como la ley de des-baazificación-, sino también de prácticas no democráticas, tales como los arrestos arbitrarios, la inhabilitación política, el exilio forzado, etc.

La República Islámica de Irán fue otro de los actores que realizó una instrumentalización del sectarismo en Irak, con miras a aumentar su propio poder. De manera similar al caso anterior, la comunidad beneficiada por dichas acciones sectarias fue la chiíta, con la cual Teherán compartía un nexo identitario. Sin embargo, en el caso iraní, dicha instrumentalización fue realizada de manera indirecta, a través de *proxys*, entre ellos: las PMF, milicias chiítas y partidos políticos respaldados por el gobierno iraní. Desde Teherán, se fortaleció a éstos proxys con recursos económicos, logísticos y militares. Estos elementos serían comúnmente empleados para oprimir y subyugar a las comunidades sunitas, avivando intencionalmente la violencia sectaria entre ambos grupos. Aún más, en su instrumentalización del sectarismo, Irán buscó infundir un sentimiento de amenaza dentro de la comunidad chiíta iraquí, respecto a sus connacionales sunitas.

Finalmente, el Estado Islámico fue otro de los actores que se benefició de la disputa entre ambas ramas del islam. La particularidad se encuentra en que, a diferencia de los dos ejemplos anteriores, el EI favoreció con su accionar sectario a la minoría sunita iraquí y discriminó y oprimió a la mayoría chiíta. En efecto, el grupo terrorista pudo brindarle a la población sunita niveles mínimos de seguridad, ciertos servicios básicos e incluso un sentido de pertenencia; algo en lo que el gobierno iraquí fracasó sistemáticamente. El EI alimentó los sentimientos de opresión y victimización que existían en dicha comunidad respecto al gobierno. Indujo percepciones de amenaza y de peligro constante en las mentes de dicho grupo, para poder

cooptar a sus miembros con mayor facilidad. De esta manera, a través de su aparato propagandístico, persuadió a miles de sunitas de que el gobierno iraquí, y sus seguidores chiítas, eran infieles y por ende debían ser combatidos.

Posteriormente, en el *segundo capítulo*, se describieron ciertos sucesos que profundizaron las divisiones sectarias en el país, a saber: la ocupación y posterior retirada norteamericana; las elecciones parlamentarias del 2010 y la guerra en Siria. A través de una descripción de dichos acontecimientos, este capítulo permitió observar ejemplos explícitos de cómo los tres actores mencionados realizaron una instrumentalización de la disputa entre sunitas y chiítas. Además, en la descripción de los sucesos comienzan a esbozarse algunas de las consecuencias de la instrumentalización del sectarismo, que serán trabajadas con mayor detalle posteriormente, en el tercer capítulo.

El primer escenario descrito corresponde a las elecciones parlamentarias de marzo de 2010. Estos comicios representaron uno de los momentos en los que el gobierno iraquí intensificó sus acciones sectarias con mayor vehemencia. Como se indica en este apartado, el gobierno iraquí, con el objetivo de mantenerse en el poder, excluyó a numerosos contendientes del proceso electoral, principalmente pertenecientes a la comunidad sunita. Estos líderes se vieron impedidos de participar en las elecciones debido a prácticas antidemocráticas promovidas por el gobierno. Una de las principales herramientas utilizadas fue la ley de desbaazificación, aunque también se recurrió a acusaciones de terrorismo, detenciones y amenazas.

Las acciones discriminatorias del gobierno iraquí se agravaron meses después, tras la retirada de las tropas estadounidenses de Irak. Si bien la ocupación norteamericana favoreció el sectarismo, su precipitada salida sólo empeoró el panorama. La razón se encuentra en que, la retirada estadounidense le brindó al gobierno iraquí una mayor libertad para llevar a cabo sus abusos sectarios, ya que desde entonces no habría una fuerza externa que supervise y modere sus acciones. Al mismo tiempo, la retirada profundizó el vacío de seguridad preexistente, lo que dejó a Irak vulnerable a intervenciones de terceros actores. A partir de entonces, se observa un aumento gradual de las acciones del EI en Irak, quien rápidamente comenzó a ganar apoyo entre miembros de la comunidad sunita y los incitó a realizar actos de violencia. Del mismo modo, con su rival fuera del país, la República Islámica de Irán intensificó sus tácticas sectarias y su interferencia en Bagdad, reforzando sus vínculos con los actores chiítas iraquíes.

El conflicto sirio fue otro evento que exacerbó la disputa sectaria dentro de Irak. Después del estallido del conflicto, tanto los sunitas como los chiítas iraquíes cruzaron la frontera para involucrarse en la guerra siria, pero lo hicieron en bandos opuestos. Esta decisión fue en gran parte resultado de la persuasión ejercida por actores externos como el EI, y la República Islámica de Irán. El grupo terrorista envió a sus miembros sunitas a apoyar a los combatientes en Siria, utilizando consignas de lealtad sectaria y piedad religiosa. El gobierno iraní también apeló a la solidaridad sectaria, aunque, en este caso, fue para reclutar a aquellos chiítas iraquíes dispuestos a defender al régimen sirio de Bashar al-Assad. Por su parte, si bien el gobierno iraquí intentó mantener una apariencia de neutralidad, en la práctica su favoritismo sectario fue evidente, ya que proporcionó recursos médicos, logísticos y armamentísticos a los combatientes leales al gobierno chiíta de al-Assad.

Finalmente, el *tercer capítulo* permitió analizar las consecuencias de las acciones sectarias llevadas a cabo por el gobierno iraquí, Irán y el EI. En esa línea, se partió de la premisa de que, producto de la instrumentalización del sectarismo realizada por terceros actores, Irak se convirtió en un ‘Estado fallido’, según los parámetros establecidos por Robert Rotberg (2002). Se trata de un Estado fragmentado, incapaz de responder a las demandas de sus ciudadanos y de proveerles con un estándar mínimo de bienes políticos. Como tal, Irak comenzó a exhibir una serie de características negativas, tales como: falta de seguridad, debilidad institucional, niveles elevados de violencia, crisis de legitimidad, ausencia de identidad nacional, etc.

Por tal motivo, una de las consecuencias más notables que produjo la instrumentalización del sectarismo en Irak, fue la pérdida del monopolio de la violencia del Estado. Actores como el EI o los *proxys* iraníes, disputaron dicha prerrogativa estatal y comenzaron a hacer uso de la fuerza de manera autónoma, más allá del control estatal. En relación a ese punto, el Estado iraquí ha fracasado a la hora de garantizar la seguridad interna y externa. Las fuerzas de seguridad fueron atravesadas por el fenómeno sectario, y acusadas de proteger tan sólo a un segmento de la población: la comunidad chiíta.

Dichas falencias en términos securitarios explican los aumentos de violencia que experimentó el país en el período bajo análisis, como también el notable incremento en el número de desplazados internos. Como se indicó en numerosas ocasiones, el EI, el gobierno iraquí e Irán, incitaron deliberadamente la violencia entre ambas confesiones religiosas. El motivo se debe a que los momentos de conflicto representaban los escenarios más propicios para que estos

actores persuadan y manipulen a los grupos sectarios, con miras a aumentar sus propias cuotas de poder.

Además, como en todo ‘Estado fallido’, las instituciones iraquíes tornaron débiles, corruptas e ineficientes a la hora de prestar sus servicios. Una vez más, la instrumentalización del sectarismo fue una de las principales razones del deterioro institucional. En efecto, la causa principal se encuentra en las acciones discriminatorias del gobierno iraquí, el cual asignó cargos en las instituciones y empleos públicos, en base a un requisito sectario -la lealtad chiíta- antes que en función de la capacidad, el mérito o la equidad.

Este tipo de acciones tendenciosas y excluyentes, resultaron en la pérdida de la legitimidad del gobierno en el resto de las comunidades, como la sunita. El Estado y sus instituciones fueron percibidos como un aparato de dominación chiíta, en lugar de ser representativos de toda la población. Como consecuencia de esta crisis de legitimidad, las distintas comunidades sectarias comenzaron a transferir sus lealtades a autoridades y líderes alternativos, en detrimento de la “nación” iraquí. Un claro ejemplo de ello se encuentra en el caso del EI, quien brindó a la población sunita una identidad alternativa a la nacional. De manera similar, la República Islámica de Irán fomentó la idea de un vínculo chiíta transnacional como una alternativa de socialización no-nacional.

En suma, el primer y segundo capítulo detallan las distintas maneras en las que el gobierno iraquí, la República Islámica de Irán y el EI realizaron una instrumentalización del sectarismo entre los años 2006-2007. Por su parte, el tercer capítulo analiza cuáles fueron las consecuencias de dicha instrumentalización, en el período señalado. De modo que, luego de un exhaustivo análisis de la información presentada en cada una de las secciones, es posible confirmar de manera concluyente la hipótesis planteada.

BIBLIOGRAFÍA

- Abadi, H. (2016). Countering Daesh Propaganda: Action-Oriented Research for Practical Policy Outcomes. *The Carter Center*.
https://www.cartercenter.org/resources/pdfs/peace/conflict_resolution/countering-isis/counteringdaeshpropaganda-feb2016.pdf
- Abdelal, R., Herrera, Y. M., Johnston, A.I. y McDermott, R. (Eds.). (2009). *Measuring Identity: A Guide for Social Scientists*. Cambridge University Press.
- Abdullah, S. (2017). *Clientelism, Rent-seeking and Protection: A study of corruption in Iraq after 2003* [Tesis doctoral, Newcastle University]
<https://theses.ncl.ac.uk/jspui/handle/10443/3719>
- Abdullah, S. (2018). After IS, Iraq's Major Challenge is Corruption. *Washington Institute*. <https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/after-iraqs-major-challenge-corruption>
- Abdul-Zahira, Q. y Schreck, A. (2012). Iraqi Shites Fear for their Syrian brethren. *The Times of Israel*. <https://www.timesofisrael.com/iraqi-shiites-fear-for-their-brethren-in-syria/>
- Akbarzadeh, S. (2017). Iran's Uncertain Standing in the Middle East. *The Washington Quarterly*. 40(3), 109-129.
- Aladdin, R. (2013). Fragility and Resilience in Irak. *Istituto Affari Internazionali (AIA)*, 17(33) <https://www.iai.it/sites/default/files/iaiw1733.pdf>
- Alaaldin, R. (2018). Sectarianism, Governance, and Iraq's Future. *Brookings Doha Center Analysis Paper*, (24), 1-28.
- Al-Habahbeh, O. (2013). Intensifying sectarian tensions, a threat of civil war, and media which adds fuel to the fire. *Media Support Org*.

<https://www.mediasupport.org/10-years-after-the-war-iraqs-media-caught-in-sectarian-crossfire/>

Al-Jabouri, N. (2009) Iraqi Security Forces after U.S. Troop Withdrawal: An Iraqi Perspective. *Institute for National Strategic Studies National Defense University*, (245).

Al-Marashi, I. (2015). Endless battle: Fighting systemic corruption in Iraq. *Aljazeera*.
<https://www.aljazeera.com/opinions/2015/8/11/endless-battle-fighting-systemic-corruption-in-iraq>

Al-Qarawee, H. (2014). *A Critical Look At Iraqi Nationalism and Sectarianism* / Entrevistado por Wing, J.

Al-Qarawee, H. (2014). *Iraq's sectarian crisis: a legacy of exclusion*. Carnegie Endowment for International Peace.

https://carnegieendowment.org/files/iraq_sectarian_crisis.pdf

Al-Rahim, R. (2023). Unfinished Business: Nation Building in Iraq Since 2003. *Arab Center Washington DC*. <https://arabcenterdc.org/resource/unfinished-business-nation-building-in-iraq-since-2003/>

Al-Shadeedi, H. y Van Veen, E. (2020). Iraqi politics after Saddam Hussein: the birth of a sectarian democracy. En Al-Shadeedi, H. y Van Veen, E. (Eds.). *Iraq's Adolescent Democracy: Where to go from here*. (pp. 8-12). *Clingendael Institute*.
<https://www.jstor.org/stable/resrep25691.6>

Al-Tikriti, N. (2008). US Policy and the Creation of a Sectarian Iraq. *Middle East Institute* <https://www.mei.edu/publications/us-policy-and-creation-sectarian-iraq>

Álvarez-Ossorio Alvarino, I. (2015). El enroque autoritario del régimen sirio: de la revuelta popular a la guerra civil. *CIDOB d'Àfers Internacionals*, (109), 157-176

- Al-Zarqawi, A. (2004). Coalition Provisional Authority English translation of terrorist Musab al Zarqawi letter. *United States Government in Iraq*. <https://2001-2009.state.gov/p/nea/rls/31694.htm#>
- Arango, T. y Ghazi, Y. (2012). Iraqi Sects Join Battle in Syria on Both Sides. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2012/10/28/world/middleeast/influx-of-iraqi-shiites-to-syria-widens-wars-scope.html>
- Ashour, O. (2015). Why Does the Islamic State Endure and Expand?. *Istituto Affari Internazionali (IAI)*. <https://www.iai.it/sites/default/files/iaiw1552.pdf>
- Barack Obama announces total withdrawal of US troops from Iraq (2011). *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/world/2011/oct/21/obama-us-troops-withdrawal-iraq>
- Bamber, M. (2021). Views: Sectarianism, Authoritarianism, and the Rise of ISIS in Iraq. *Rowaq Arabi*. <https://cihrs-rowaq.org/views-sectarianism-authoritarianism-and-the-rise-of-isis-in-iraq/?lang=en>
- Barnett, M. (1999) Culture, Strategy and Foreign Policy Change: Israel's Road to Oslo. *European Journal of International Relations*, 5(1), 5-36
- Beehner, L. (2005) Why Sunnis Don't Support Iraq's Constitution. *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/background/why-sunnis-dont-support-iraqs-constitution>
- Benraad, M. (2014). Al-Maliki Looks at a Third Term in Iraq. *Al Jazeera Centre for Studies*. <https://studies.aljazeera.net/en/reports/2014/04/201442211509688896.html>
- Bettati, M. (2022) La Política Exterior de la República Islámica de Irán Hacia Irak (2014-2020). [Tesis de grado, Universidad Nacional de Rosario]. <https://rehip.unr.edu.ar/xmlui/handle/2133/23728>

- Bilgehan Özpek, B. (2014) Maliki and the Security Sector in Iraq. *The Middle East Institute*. <https://www.mei.edu/publications/maliki-and-security-sector-iraq>
- Boghani, P. (2014). In Their Own Words: Sunnis on Their Treatment in Maliki's Iraq. *PBS*. <https://www.pbs.org/wgbh/frontline/article/in-their-own-words-sunnis-on-their-treatment-in-malikis-iraq/>
- Boris, A. y Juri, L.A (2021). *Irak a 10 años de la Primavera Árabe*. En Paredes Rodríguez, R. (Ed.) *A diez años de la Primavera Árabe: los desafíos de una región convulsa*. UNR Editora, (1), .9-27
- Callejas, Z. y Sebastián, J. (2004). La teoría del Estado Fallido: entre aproximaciones y disensos. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 9(1), 87-110.
- Cepoi, E. y Lazar, M. (2013). The Iranian influence in Iraq: between strategic interests and religious rivalry. *Studia Politica: Romanian Political Science Review*, 13(2), 273-285. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-447113>
- Cochrane Sullivan, M. (2009) Iran's Soft Power in Iraq. *Critical Threats*. <https://www.criticalthreats.org/analysis/irans-soft-power-in-iraq>
- Collombier, V. (Ed.) (2019). Armed conflicts and the erosion of the state: the cases of Iraq, Libya, Yemen and Syria. *MENARA Working Papers*, (22).
- Cordesman, A., Khazai, S. (Eds.). (2014). *Iraq in Crisis*. CSIS.
- Daoud, S. (2018). Iraq: Eroded Institutions, Sectarianism and Iranian Influence. *Arab Reform Initiative*. <https://www.arab-reform.net/publication/iraq-eroded-institutions-sectarianism-and-iranian-influence/>
- Dawood, I. (2016). Moats, Walls, and the Future of Iraqi National Identity. *Istituto Affari Internazionali Italia (IAI)*, 16(28). <https://www.iai.it/sites/default/files/iaiwpl628.pdf>

Deadly suicide bombings hit Iraq (2013). *Aljazeera*.

<https://www.aljazeera.com/news/2013/9/29/deadly-suicide-bombings-hit-iraq>

Dodge, T. (2018). Iraq and Muhasasa Ta'ifia; the external imposition of sectarian politics. *The Foreign Policy Center*. <https://fpc.org.uk/iraq-and-muhasasa-taifia-the-external-imposition-of-sectarian-politics/>

Dodge, T., Kaya, Z., Luchtenberg, K., Mathieu-Comtois, S., Saleh, B., Van den Toorn, C. Turpin-King, A y Watkins, J. Iraq Synthesis Paper Understanding the Drivers of Conflict in Iraq. *LSE Middle East Centre*.

<https://www.lse.ac.uk/ideas/Assets/Documents/Conflict-Research-Programme/crp-synthesis-paper/Iraq-synthesis-paper-understanding-the-drivers-2018.pdf>

Elrashidy, D. (2016) *The Construction of Sectarianism: How Intermedics shaped "Other"ing in Iraq and Syria* [Master's Thesis, the American University in Cairo].

AUC Knowledge Fountain. <https://fount.aucegypt.edu/etds/349>

Eriksson, J. y Grief, I. (20023). The Iraqi state's legitimacy deficit: input, output and identity-based legitimacy challenges. *Global Policy*, 14(2), 363-372.

Esfandiary, D. y Tabatabai, A. (2017). Cooperating with Iran to Combat ISIS in Iraq. *The Washington Quarterly*, 40(3), 129-146

Esfandiary, D. y Tabatabai, A. (2015). Iran's ISIS policy. *Chatam House, International Affairs*, 91(1), 1-15.

https://www.chathamhouse.org/sites/default/files/field/field_publication_docs/INTA9_1_1_01_Esfandiary_Tabatabai.pdf

Fearon, J. (2007). Iraq 's Civil War. En Martson, D. y Malkasian, C.

Counterinsurgency in Modern Warfare. *Bloomsburry Collections*, 29-35.

Fisk, R. (2013). Siria y el gas sarín. *Rebellion*. <https://rebellion.org/siria-y-el-gas-sarin/>

- Fuller, G. (2003). Islamist Politics in Iraq after Saddam Hussein. *United States Institute for Peace*, (108). <https://www.usip.org/sites/default/files/sr108.pdf>
- Gallego Garcia, G. (2003). Sobre el monopolio legítimo de la violencia. *Nuevo Foro Penal* (66), 72-120
- Gengler, J. (2016). The political economy of sectarianism in the gulf. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://www.jstor.org/stable/resrep12965>
- Gershman, J.; Zunes, S. (2006). The U.S. Role in Iraq's sectarian violence. *Foreign Policy in Focus*. https://fpif.org/the_us_role_in_iraqs_sectarian_violence/
- Gilley, B. (2006). The meaning and measure of state legitimacy: Results for 72 countries. *European Journal of Political Research*, (45), 499-525.
- Graff, P (2008) Atentado suicida con bomba mata a 49 en funeral en Irak. Reuters. <https://www.reuters.com/article/internacional-irak-sol-idLTAN1743052520080417>
- Guzansky, Y. (2011). "Made in Iran": The Iranian Involvement in Iraq. *Strategic Assesment*. 13(4).
- Haddad, F. (2014). 'Marked' for Exclusion: The problem of pluralism, state-building and communal identities in Iraq and the Arab world. *The Middle East Institute*. <https://www.mei.edu/publications/marked-exclusion-problem-pluralism-state-building-and-communal-identities-iraq-and>
- Haddad, F. (2016). Shia-Centric State-Building and Sunni Rejection in post-2003 Iraq. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://carnegieendowment.org/2016/01/07/shia-centric-state-building-and-sunni-rejection-in-post-2003-iraq-pub-62408>
- Haddad, F. (2013). Sunni-Shia Relations After the Iraq War. *United States Institute for Peace*. <https://www.usip.org/sites/default/files/PB160.pdf>

- Haddad, F. (2011). *Sectarianism in Iraq: antagonistic visions of unity*. Hurst Publishers.
- Hashim, A. (2009). *Iraq's Sunni Insurgency*. *Routledge*, (1).
- Hauslohner, A. (2013). Sectarian attacks in Iraq stoked by spillover from Syrian war. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/world/2013/may/21/iraq-sectarianism-syrian-war-sunni>
- Hauslohner, A. (2013). Sectarianism in Iraq stoked by the Syrian War. *The Washington Post*. https://www.washingtonpost.com/world/middle_east/sectarianism-in-iraq-stoked-by-syrian-war/2013/05/16/b74161da-bc98-11e2-9b09-1638acc3942e_story.html
- Healy, J. (2011) Arrest Order for Sunni Leader in Iraq Opens New Rift. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2011/12/20/world/middleeast/iraqi-government-accuses-top-official-in-assassinations.html>
- Hernández de la Fuente, D. (2012). Concepto y problemática social del sectarismo: reflexiones para el trabajo social a partir de modelos históricos. *Revista Internacional De Trabajo Social Y Ciencias Sociales*, (3)
- Hill, C. (2011). The Arab Spring 's unintended consequences. *Aljazeera*. <https://www.aljazeera.com/opinions/2011/10/1/the-arab-springs-unintended-consequences>
- Hiltermann, J. (2010). Elections in Iraqi Kurdistan: Results and Implications. *International Crisis Group*. <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/gulf-and-arabian-peninsula/iraq/elections-iraqi-kurdistan-results-and-implications>
- Houda Abadi, H. (2016). Countering Daesh Propaganda: Action-Oriented Research for Practical Policy Outcomes. *The Carter Center*.

https://www.cartercenter.org/resources/pdfs/peace/conflict_resolution/countering-isis/counteringdaeshpropaganda-feb2016.pdf

Ibrahim, A. (2009). Regional Consequences of the Syrian Conflict on Lebanon, Jordan, and Iraq. *STIMSON*. <https://www.stimson.org/2022/regional-consequences-of-the-syrian-conflict-on-lebanon-jordan-and-iraq/>

Iddon, P. (2018). A history of Iraq-Syria relations. *The New Arab*.
<https://www.newarab.com/analysis/history-iraq-syria-relations>

Iran ‘sent soldiers to fight in Iraq’ (2014). *Al-Jazeera*.
<https://www.aljazeera.com/news/2014/8/23/iran-sent-soldiers-to-fight-in-iraq>

Iraq Body Count. <https://www.iraqbodycount.org/database/>

Iraq: Campaign of Mass Murders of Sunni Prisoners Set International Inquiry Into Massacres by Security Forces, Allied Militias (2014). *Human Rights Watch*.
<https://www.hrw.org/news/2014/07/11/iraq-campaign-mass-murders-sunni-prisoners>

Iraq crisis: Media coverage split along sectarian lines (2013).
BBC. <https://www.bbc.com/news/world-middle-east-27884167>

Iraq says ready to mediate with Syrian opposition (2011). *Reuters*.
<https://www.reuters.com/article/us-iraq-syria-maliki-idUSTRE7B20P420111203>

Iraq stands on the brink of civil war, “violence seems out of control”, Special Representative tells security council. (2006). *UN Press*.
<https://press.un.org/en/content/security-council?page=629>

Iraq Systematic Country Diagnostic (2017). *World Bank Group*.
<https://documents.worldbank.org/en/publication/documents-reports/documentdetail/542811487277729890/iraq-systematic-country-diagnostic>

Iraq’s Maliki says backs Syrian people’s wish for reform (2012). *Reuters*.
<https://www.reuters.com/article/us-syria-crisis-iraq-idUSBRE88D1E520120914>

- Jamail, D. (2013). Maliki's Iraq: Rape, executions and torture. *Al Jazeera*.
<https://www.aljazeera.com/news/2013/3/19/malikis-iraq-rape-executions-and-torture>
- Jaureguiberry, A. (2008). *Los Estados fallidos, el fenómeno del state-building, y los condicionantes externos e internos*. [Tesis de Maestría, Universidad del País Vasco].
- Jawaad, S. (2013) The Iraqi Constitution: Structural Flaws and Political Implications. *LSE Middle East Centre Paper Series*, (01).
https://constitutionnet.org/sites/default/files/the_iraqi_constitution-structural_flaws_and_political_implications.pdf
- Kan, I. (2015). ISIL in pursuit of legitimacy?. *Aljazeera*. Disponible en:
<https://www.aljazeera.com/features/2015/1/5/isil-in-pursuit-of-legitimacy>
- Kaplan, S. (2009). Identity in Fragile States: Social cohesion and state building. *Society for International Development*, (4), 466-472.
- Katzman, K. (2011). Iraq: Politics, Elections, and Benchmarks. *CRS, Reports for Congress*. <https://apps.dtic.mil/sti/citations/ADA501419>
- Katzman, K. (2009). Iran's Activities and Influence in Iraq. *CRS, Reports for Congress*. <https://apps.dtic.mil/sti/pdfs/ADA501453.pdf>
- Katzman, K. (2016). Iran's Foreign Policy. En Beck, L., Iranian Foreign Policy: context, regional analyses, and U.S. Interests. *Nova Science Publishers*, 1-41.
- Katzman, K. (2006). Iran's influence in Iraq. *CRS Report for Congress*.
<http://www.militaerbibliothek.de/public/documents/iran/78337.pdf>.
- Kaysi, D. y Ottaway, M. (2010). De-Baathification As a Political Tool: Commission Ruling Bans Political Parties and Leaders. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://carnegieendowment.org/2010/01/26/de-baathification-as-political-tool-commission-ruling-bans-political-parties-and-leaders-pub-24778>

Kaysi, D. y Ottaway, M. (2010). Shi'i Politics: Preparing for Victory and for the Next Battle. *Carnegie Endowment for International Peace*.

<https://carnegieendowment.org/2010/02/26/shi-i-politics-preparing-for-victory-and-for-next-battle-pub-40261>

Kertzman, F. (2013). El gas sarín, el arma química más mortal. *Semana*.

<https://www.semana.com/mundo/articulo/el-gas-sarin-arma-quimica-mas-mortal/355666-3/>

Knights, M. (2016). The Future of Iraq's Armed Forces. *Al-Bayan Center for Planning and Studies*, (8).

Knights, M. ISIL's Political-Military Power in Iraq. *Combating Terrorism Center at West Point*, (7). <https://ctc.westpoint.edu/isils-political-military-power-in-iraq/>

Kullab, S (2023). Corruption, deep disparity mark Iraq's oil legacy post-2003. *AP News*. <https://apnews.com/article/iraq-oil-basra-us-invasion-corruption-disparities-b155140f9e9f9a2c962c4513cb7b1730>

Ladier-Fouladi, M. (2022). Iran-Iraq Relations and Pan-Shia Strategies. *Hal Open Science*. <https://hal.science/hal-03913440>

Lemay-Hébert, N. (2009). Statebuilding without Nation-building? Legitimacy, State Failure and the Limits of the Institutional Approach. *Routledge*, (1).

Luizard, J. (2023). Daesh and Sunnis in Iraq: perception within the Sunni community in Iraq, acquaintances and antagonisms. *Centre Français de Recherche sur l'Irak*.

<https://cfri-irak.com/en/article/daesh-and-sunnis-in-iraq-perception-within-the-sunni-community-in-iraq-acquaintances-and-antagonisms-2022-10-14>

Luomi, M. (2008). Sectarian identities or geopolitics? The regional shia-sunni divide in the Middle East. *The Finnish Institute of International Affairs*, (56).

https://www.files.ethz.ch/isn/48033/08_Sectarian_Identities_or_Geopolitics.pdf

Malik, H. (2021). Understanding Iran's vast media network in the Arab Countries.

The Washington Institute. <https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/understanding-irans-vast-media-network-arab-countries>

Malkasian, C. (2008). Counterinsurgency in Iraq: May 2003-January 2007. En

Martson, D. y Malkasian, C. Counterinsurgency in Modern Warfare. *Bloomsburry Collections*, 15-27.

Mandi, A. y Recknagel, C. (2013). Iraqi Volunteers Join Both Sides of War In Syria.

Radio Free Europe Radio Liberty. <https://www.rferl.org/a/syria-iraqi-fighters-rebels-government/24996149.html>

Mansour, R. (2016). The Sunni Predicament in Iraq. *United States of America*.

<https://policycommons.net/artifacts/430540/the-sunni-predicament-in-iraq/1401597/>

Mansour, R (2018). More than militias: iraq's popular mobilization forces are here to

stay. *War on Rocks*. <https://warontherocks.com/2018/04/more-than-militias-iraqs-popular-mobilization-forces-are-here-to-stay/>

Markey, P. (2013). More than 1.000 killed in Iraq violence in May. *Reuters*.

<https://www.reuters.com/article/us-iraq-violence-idUSBRE95004P20130601>

Mccullough, A. y Papouldis, J. (2020). Why we need to rethink our understanding of

state legitimacy to address fragility. *Development for Peace*.

<https://blogs.worldbank.org/dev4peace/why-we-need-rethink-our-understanding-state-legitimacy-address-fragility>

Media in Iraq accused of contributing to sunni-shiite division (2013). *Media diversity*.

<https://www.media-diversity.org/media-in-iraq-accused-of-contributing-to-sunni-shiite-division/>

Mendoza Pinto, J. (2005). Los Estados Fallidos - Estados Desestructurados: una amenaza a la seguridad internacional o un pretexto para la injerencia de las grandes potencias. *Revista Política y Estrategia*, (18), 83-98.

Misión de Asistencia de las Naciones Unidas de Irak (2014).

<http://undispatch.com/map-day-iraqs-new-idps/>

Monthly civilian deaths from violence, 2003 onwards. Iraq Body Count.

<https://www.iraqbodycount.org/database/>

Mousavi, S. (2020). A Constructivist Analysis of the Formation of ISIS in Iraq and its Challenges and Opportunities for Iran. *Journal of Contemporary Research on Islamic Revolution*, 2(6) https://jcrir.ut.ac.ir/article_78963.html

Multidimensional Poverty Analysis Iraq 2022 (MDPA). *Sida*.

<https://cdn.sida.se/app/uploads/2022/04/20145015/MDPA-Iraq-2022.pdf>

Murphy, D. (2012). Weapons flowing from Iraqi Sunnis to Syria's rebels?. *The Christian Science Monitor*. [https://www.csmonitor.com/World/Security-](https://www.csmonitor.com/World/Security-Watch/Backchannels/2012/0402/Weapons-flowing-from-Iraqi-Sunnis-to-Syria-s-rebels)

[Watch/Backchannels/2012/0402/Weapons-flowing-from-Iraqi-Sunnis-to-Syria-s-rebels](https://www.csmonitor.com/World/Security-Watch/Backchannels/2012/0402/Weapons-flowing-from-Iraqi-Sunnis-to-Syria-s-rebels)

Nader, A. (2015). What Are the Iranians Doing in Iraq?. *News Week*.

<https://www.newsweek.com/what-are-iranians-doing-iraq-303107>

Nasr, V. (2006). When the Shiites Rise. *Foreign Affairs*.

<https://www.foreignaffairs.com/articles/iran/2006-07-01/when-shiites-rise>

New chaos in Iraq (2011). *Deutsche Welle*. <https://www.dw.com/en/iraqs-power-sharing-deal-thrown-into-doubt-after-sunni-walkout/a-6219609>

Norman, J.(2015). Explainer: the Syrian war in one short, easy read. *The*

Conversation. <https://theconversation.com/explainer-the-syrian-war-in-one-short-easy-read-50866>

Nouri Maliki reappointed Iraqi prime minister (2010). *BBC*.

<https://www.bbc.com/news/world-middle-east-11732158>

Nuruzzaman, M. (2019). *Contemporary Shia-Sunni Sectarian Violence*. Oxford University Press.

Oluic, S. (2009). Iraq's Border Security, *Combating Terrorism Center at West Point*, (1). <https://ctc.westpoint.edu/iraqs-border-security-key-to-an-iraqi-endstate/>

Paredes Rodriguez, R. (2021). *Introducción*. En Paredes Rodriguez, R. (Ed.) *A diez años de la Primavera Árabe: los desafíos de una región convulsa*. UNR Editora, (1), 301-333

Pfaff, A. (2020). *The Future of US-Iraq Relations*. Atlantic Council.

<https://www.atlanticcouncil.org/in-depth-research-reports/report/the-future-of-us-iraq-relations/>

Priego Moreno, A (2014). El Estado Islámico ¿Segunda parte de al Qaeda o algo nuevo?. *Razón y Fe*, (1393), 491-504.

https://www.academia.edu/9050207/El_Estado_Isl%C3%A1mico_Segunda_parte_de_AlQaeda_o_algo_nuevo

Rabi, U. y Friedman, B. (2017). *Weaponizing Sectarianism in Iraq and Syria*. Foreign Policy Research Institute.

<https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0030438717300340?via%3Dihub>

Rabushka, A. (2007). *Resolving Shia, Sunni, and Kurdish Claims Over Oil Revenue in Iraq*. Hoover Institution. <https://www.hoover.org/research/resolving-shia-sunni-and-kurdish-claims-over-oil-revenue-iraq>

Rawlings, N. (2013). Iraq 's Months of Sectarian Violence May Lead to a Civil War.

TIME. <https://world.time.com/2013/10/01/iraqs-months-of-sectarian-violence-threaten-to-trigger-a-civil-war/>

Recknagel, C.; Ali Mandi, S. (2013) Iraqi Volunteers Join Both Sides Of War In

Syria. Radio Free Europe. <https://www.rferl.org/a/syria-iraqi-fighters-rebels-government/24996149.html>

Ricotta, J. (2016). The Arab Shi'a Nexus: Understanding Iran's Influence in the Arab World. *The Washington Quarterly*.

<https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/0163660X.2016.1204414>

Robinson, K. (2022). How Much Influence Does Iran Have in Iraq?. *Council on*

Foreign Relations. <https://www.cfr.org/in-brief/how-much-influence-does-iran-have-iraq>

Rotberg, R. (2002). Failed States in a World of Terror. *Foreign Affairs*, 81(4), 127-140.

Rotberg, R. (2002). *The Failure and Collapse of Nation-States*. En Rotberg, R. When States Fail: causes and consequences. *Princeton University Press*, 1-45.

Rotberg, R. (2003). Failed States, Collapsed States, Weak States: Causes and Indicators in State Failure and state Witness in a time of terror. *Brookings Institution Press*, 1-25.

Saduzadeh, R. y Sardania, K. (2017). The Internet and Its Potentials for Networking and Identity Seeking: A Study on ISIS, Terrorism and Political Violence. *Routledge*, 31(6).

Salaheddin, S. y Schreck, A. (2013). Explosions rock Baghdad area, at least

80 dead. USA. *Today*. <https://www.usatoday.com/story/news/world/2013/08/28/iraq-attacks/2712163/>

Salihi, R. (2019). *Terror and Torment: The Civilian Journey to Escape Iraq's War Against the "Islamic State"*. En Ed Eriksson, J. y Khaleel, A (Eds.) *Iraq After Isis: the Challenges of Post-War Recovery*. *Palgrave Macmillan*, 79-99

Shadid, A. (2011). Iraq 's Last Patriot. *The New York Times Magazine*.

<https://www.nytimes.com/2011/02/06/magazine/06ALLAWI-t.html>

Shanahan, R. (2004). Shi'a Political Development in Iraq: The Case of the Islamic Da'wa Party. *Third World Quarterly*, 25(5), 943-954.

<http://www.jstor.org/stable/3993703>

Smith, B. (2010). The parliamentary election in Iraq, March 2010. *Library House of Commons*.

<https://researchbriefings.files.parliament.uk/documents/SN05380/SN05380.pdf>

Smith, J. (2007). Saddam's pre-war ties to al-Qaeda discounted. *NBC News*. n:

<https://www.nbcnews.com/id/wbna17970427>

Smyth, P. (2015). Iraqi Shiite Foreign Fighters on the Rise Again in Syria. *The Washington Institute for Near East Policy*.

<https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/iraqi-shiite-foreign-fighters-rise-again-syria>

Solimani, A. (2013). Iraq Sunni unrest prompts TV channel licence suspension. *BBC*.

<https://www.bbc.com/news/world-middle-east-22329641>

Sunni group drops out of Iraq national elections (2010). *NBC News*.

<https://www.nbcnews.com/id/wbna35494321>

Sunni militants 'seize Iraq's western border crossings' (2014). *BBC*.

<https://www.bbc.com/news/world-middle-east-27966774>

Syria: the view from Iraq (2013). *European Council on Foreign Relations*.

https://ecfr.eu/article/commentary_syria_the_view_from_iraq136/

Tejerina, B. y Garcia Martín, J. (2013) La mirada del otro. La construcción de la identidad nacional, los estereotipos y la imagen de lo vasco : del enigma a la complejidad. *Open Editions Journal*. <https://journals.openedition.org/amnis/3287>

The World Bank Group (2017). Iraq Systematic Country Diagnostic. <https://documents1.worldbank.org/curated/en/542811487277729890/pdf/IRAQ-SCD-FINAL-cleared-02132017.pdf>

Timeline: US in Iraq (2007). *Aljazeera*. <https://www.aljazeera.com/news/2007/1/11/timeline-us-in-iraq>

Transparency International. Corruption Perceptions Index. <https://www.transparency.org/en/cpi>

Troop numbers: Foreign soldiers in Iraq (2011). *Aljazeera*. <https://www.aljazeera.com/news/2011/12/14/troop-numbers-foreign-soldiers-in-iraq>

Update on Accountability in Iraq: Limited progress towards justice for human rights violations and abuses by ‘Unidentified Armed Elements’ (2022). *Office of the United Nations High Commissioner for Human Rights*.

<https://www.ohchr.org/en/documents/country-reports/update-accountability-iraq-limited-progress-towards-justice-human-rights>

Valbjorn, M. (2020). Sectarian Identity Politics and Middle East international relations in the post-Arab Uprising decade -from ‘whether’ to ‘how’, ‘where’, ‘when’, and for ‘whom’. En *POMEMPS Studies*, (38).

What Do We Know About The Election Crisis in Iraq? (2010). *Radio Free Europe, Radio Liberty*. https://www.rferl.org/a/What_Do_We_Know_About_The_Election_Crisis_In_Iraq_/1942557.html

Zgryziewicz, M. (2015) Daesh information campaign and its influence. Results of the study. *NATO Strategic Communications Centres of Excellence*.

<https://stratcomcoe.org/publications/daesh-information-campaign-and-its-influence/156>

Zinn, C. (2016). Consequences of Iraqi De-Baathification. *Cornell International Affairs Review*, (9), 80-100.

https://journals.library.cornell.edu/tmpfiles/CIAR_9_2_2.pdf

100.000 civilians killed by Assad forces since 2011: report (2015). *Middle East Eye*.

<https://www.middleeasteye.net/news/100000-civilians-killed-assad-forces-2011-report>